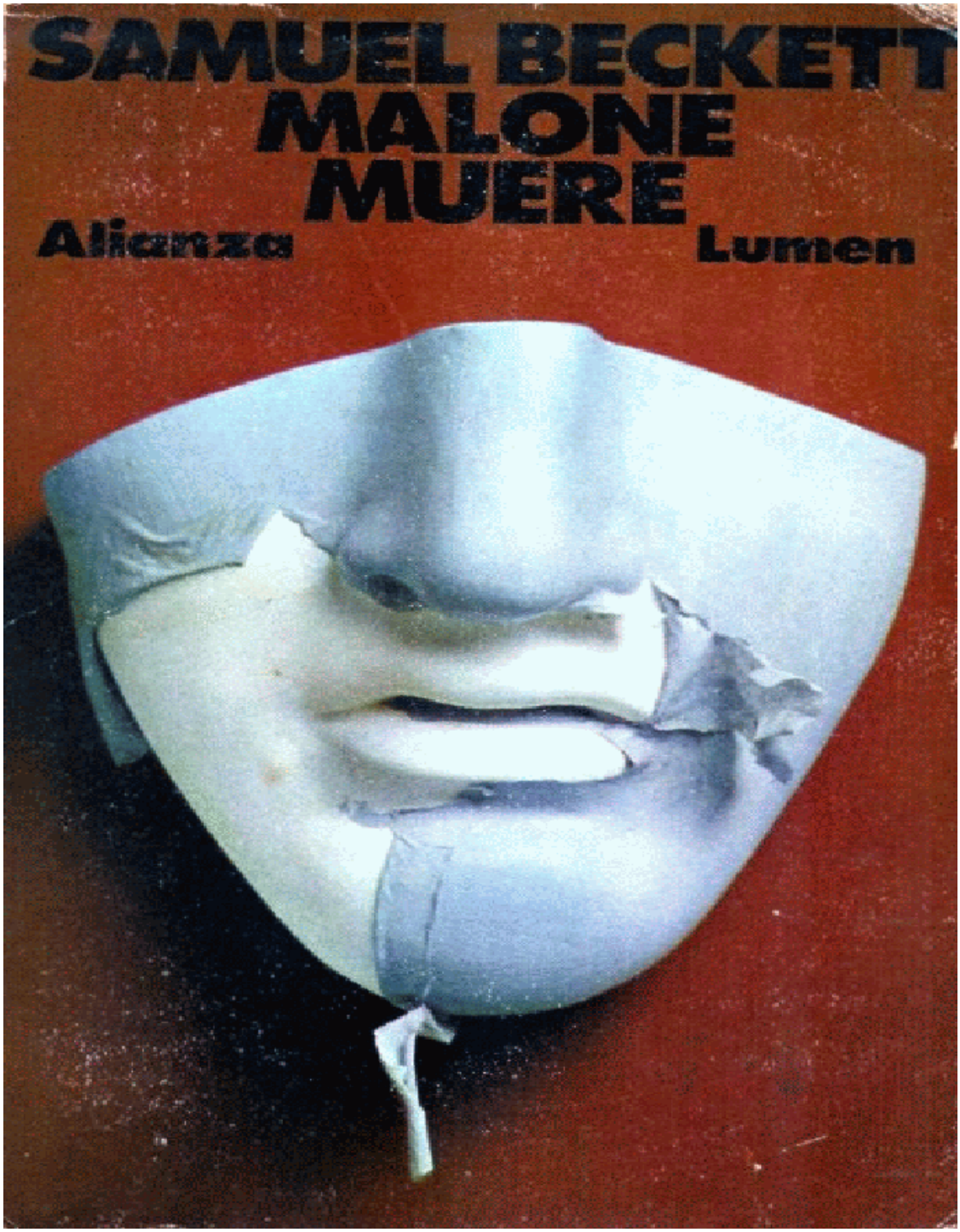
MALONE MUERE
Samuel Beckett



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Pronto, a pesar de todo, estaré por fin completamente muerto. El próximo mes, quizá. Será, pues, abril o mayo. Porque el año acaba de empezar, mil pequeños indicios me lo dicen. Tal vez me equivoque y deje atrás San Juan e incluso el 14 de julio, fiesta de la Libertad. Qué digo, tal como me conozco, soy capaz de vivir hasta la Transfiguración o hasta la Asunción. Pero no creo, no creo equivocarme al decir que dichas fiestas, este año, se celebrarán sin mí. Tengo esa sensación, la tengo desde hace algunos días, y espero no engañarme. Pero, ¿en qué se diferencia de aquellas que me confunden desde que existo? No, esta clase de preguntas no me preocupa; en lo que a mí respecta, ya no necesito ser original. Moriría hoy mismo, si quisiera, con sólo proponérmelo, si pudiera querer, si pudiera proponérmelo. Pero mejor dejarme morir, sin precipitar las cosas. Algo debe de haber cambiado. No quiero ya inclinarme, ni en un sentido ni en otro. Seré neutral e inerte. Me resultará fácil. Sólo hay que tener cuidado con los sobresaltos. Por otra parte, me sobresalto menos desde que estoy aquí. Evidentemente, aún siento de vez en cuando impulsos de impaciencia. Y de ellos debo defenderme ahora, durante quince días o tres semanas. Sin exagerar nada desde luego, llorando o riendo tranquilamente, sin exaltarme. Sí, por fin seré natural, sufriré todavía, después menos, sin sacar conclusiones, me escucharé menos, no seré frío ni caliente, seré tibio, moriré tibio, sin entusiasmo. No me miraré morir, eso lo falsearía. ¿Acaso me he visto vivir? ¿Acaso me he quejado alguna vez? Entonces, ¿por qué alegrarme ahora? Estoy contento, es inevitable, pero no hasta el punto de batir palmas. Siempre estuve contento, a sabiendas de que sería recompensado. Y aquí está ahora mi viejo deudor. ¿Es esto una razón para agasajarle? Ya no responderé a las preguntas. Intentaré también no formulármelas. Podrán enterrarme, no me verán ya en la superficie. Hasta entonces me contaré historias, si puedo. No serán las mismas historias de otras veces, eso es todo. Serán historias ni buenas ni malas, apacibles, no habrá en ellas fealdad ni belleza, ni fiebre. Apenas si tendrán vida, como el artista. ¿Qué digo? No importa. Espero proporcionarme mucha satisfacción, cierta satisfacción. Estoy satisfecho, eso es todo, estoy preparado, se me reembolsa, ya no siento ninguna necesidad. Dejadme decir para empezar que no perdono a nadie. Os deseo a todos una vida atroz y luego las llamas y los hielos de los infiernos y un honroso recuerdo en las execrables generaciones venideras. Basta por esta tarde.

Esta vez sé adónde voy. No es ya la noche de hace mucho, de hace poco. Ahora se trata de un juego; jugaré. Hasta hoy no supe jugar. Deseaba hacerlo, pero sabía que era imposible. Sin embargo, a menudo lo intenté. Lo alumbraba todo, miraba bien a mi alrededor, me ponía a jugar con lo que veía. Las personas y las cosas sólo piden jugar; algunos animales, también. Empezaba bien: todos venían a mí, contentos de que quisiera jugar con ellos. Si decía: “Ahora necesito un jorobado”, aparecía uno en el acto, orgulloso de la hermosa joroba que justificaba

su actuación. Por su mente no cruzaba la idea de que yo pudiera pedirle que se desnudara. Pero yo no tardaba en encontrarme nuevamente solo, sin luz. Por eso renuncié a querer jugar e hice míos para siempre lo informe y lo inarticulado, las hipótesis vanas, la oscuridad, el largo camino a tientas, el escondrijo. Tal es el fundamento del que desde hace casi un siglo no me he, por así decirlo, separado. Ahora esto cambiará; no quiero hacer otra cosa que jugar. No, no voy a empezar con una exageración. Pero desde ahora jugaré durante gran parte del tiempo, la mayor parte, si puedo. Pero quizá no tenga más éxito que antes. Quizá me encuentre abandonado como antes, sin juguetes, sin luz. Entonces jugaré solo, fingiré contemplarme. Me anima el hecho de haber sido capaz de concebir semejante proyecto.

Durante la noche he tenido que reflexionar sobre mi empleo del tiempo. Creo que podré contarme cuatro historias, cada una sobre un tema distinto. Una sobre un hombre, otra sobre una mujer, la tercera sobre cualquier cosa, y la última sobre un animal, un pájaro tal vez. Creo no olvidar nada. Estaría bien. Quizá ponga al hombre y a la mujer en la misma historia, hay tan poca diferencia entre un hombre y una mujer, quiero decir entre los míos. Es posible que no tenga tiempo para terminar. Por otro lado, tal vez termine demasiado pronto. Heme aquí de nuevo en mis viejas aporías. Pero ¿son verdaderas aporías? No lo sé. Que yo no termine, no importa. ¿Y si debiera terminar demasiado pronto? Tampoco importa. Porque entonces hablaré de las cosas que aún quedan en mi poder; es un proyecto muy viejo. Será una especie de inventario. De todos modos, debo dejarlo para el último momento, para tener la seguridad de no haberme equivocado. Por otra parte, lo haré indudablemente, pase lo que pase. Sólo necesitaré como máximo un cuarto de hora. Es decir, si quisiera podría tomarme mucho más tiempo. Pero, si en el último momento me faltara tiempo, me bastaría un breve cuarto de hora para redactar mi inventario. Desde ahora quiero ser claro sin ser maniático; forma parte de mis proyectos. Es evidente que puedo expirar de repente, de un momento a otro. ¿No sería mejor, pues, hablar ya de mis pertenencias, sin esperar más? ¿No sería más prudente? ¿Aunque, en caso necesario, debiera hacer las correcciones en el último momento? La razón me aconseja eso. Pero la razón, ahora, tiene poco poder sobre mí. Todo coincide para alentarme. Pero morir sin dejar un inventario, ¿puedo resignarme realmente a esa posibilidad? Ya me estoy poniendo pedante de nuevo. Hay que suponer que me resigno, puesto que voy a correr el riesgo. Durante toda mi vida he evitado hacer este balance diciéndome: “Demasiado pronto, demasiado pronto.” Pues bien, aún es demasiado pronto. Durante toda mi vida he soñado en el instante en que, seguro al fin, en la medida en que uno puede estarlo antes de haberlo perdido todo, podría trazar raya y sumar. Este instante parece inminente. Por tanto, no perderé mí sangre fría. Así, pues, primero mis historias, y en último lugar, si todo va bien, mi inventario. Empezaré, para salir de ello, por el hombre y la mujer. Será la primera historia, no hay materia para dos historias. Sólo

habrá, pues, tres historias: la que acabo de citar; después, la del animal; después, la de la cosa, una piedra seguramente. Todo está perfectamente claro. Acto seguido me ocuparé de mis pertenencias. Si al terminar vivo aún, haré cuanto sea necesario para tener la seguridad de no haberme equivocado. Está decidido. Antes no sabía a dónde iba; sin embargo, sabía que llegaría, sabía que alcanzaría este largo camino oscuro. ¡Dios mío, cuántas aproximaciones! Bien. Ahora hay que jugar. Me cuesta acostumbrarme a la idea. La vieja niebla me llama. Ahora hay que decir lo contrario. Porque presiento que no llegaré al final de este camino perfectamente señalado. Pero conservo la esperanza. Me pregunto si en este momento estoy en trance de perder tiempo o de ganarlo. Antes de empezar mis historias, he decidido recordar brevemente mi situación actual. Creo que hago mal. Es una debilidad. Pero me la permitiré. A continuación jugaré con mucho más ardor. Por otra parte, estará en consonancia con el inventario. La estética es, pues, algo para mí, determinada estética. Ya que deberé adoptar una actitud seria para hablar de mis pertenencias. Así, pues, he aquí el tiempo que me queda dividido en cinco. ¿Cinco qué? No lo sé. Supongo que todo se divide en sí mismo. Si me abandono a la reflexión, estropearé mi muerte. Debo decir que hay algo atractivo en esa perspectiva. Pero estoy sobre aviso. Desde hace algunos días todo me parece atractivo. Volvamos a los cinco. Situación actual, tres historias, inventario; eso es todo. No hay que excluir algunos intermedios. Es un programa. Sólo me apartaré de él en la medida en que no pueda actuar de otro modo. Está decidido. Sé que cometo una falta grave. No importa.

Situación actual. Esta habitación parece ser mía. De lo contrario, no me explico que me permitan permanecer en ella. Desde hace tiempo. A menos que cualquier potencia lo quiera así. Esto es un tanto inverosímil. ¿Por qué las potencias habrían cambiado respecto a mí? Mejor será adoptar la explicación más sencilla, aunque lo sea poco, aunque no esclarezca gran cosa. No es preciso demasiada luz; una luz débil permite vivir en lo extraño, una lucecita fiel. Quizá heredé esta habitación a la muerte de la persona que la ocupó antes que yo. En todo caso, no voy a romperme la cabeza. No es una habitación de hospital ni de manicomio, se nota. He escuchado con atención a diversas horas del día, y jamás he oído algo sospechoso o extraño, sino los ruidos tranquilos del hombre en libertad: levantarse, acostarse, hacer la comida, ir y venir, llorar y reír, o nada. Y al mirar por la ventana comprendo, por determinados indicios, que no me hallo en una casa de reposo. No, es una habitación de un particular corriente en una casa normal. No recuerdo cómo llegué. En una ambulancia, en todo caso en un vehículo. Un día me encontré aquí, en la cama. Habiendo perdido el conocimiento en algún lugar, a la fuerza me beneficio de un hito en mis recuerdos, que sólo se reanudan desde el momento de mi despertar aquí. En cuanto a los sucesos determinantes del síncope y a los cuales entonces no debí ser insensible, nada inteligible queda de

ellos en mi mente. Pero, ¿quién no ha sufrido olvidos semejantes? Son frecuentes al día siguiente de una borrachera. A veces me ha divertido inventar estos sucesos. Pero sin llegar a divertirme de verdad. Jamás he logrado precisar, para hacer de él un punto de partida, el último recuerdo anterior a mi despertar aquí. Andaba, evidentemente, toda mi vida he andado, salvo en los primeros meses y desde que estoy aquí. Pero al final del día ignoraba dónde había estado y en qué había pensado. ¿De qué podría, pues, acordarme, y con qué? Recuerdo un clima. Mi juventud, tal como la reencuentro por momentos, es más variada. Entonces aún no sabía desenvolverme bien. He vivido en una especie de coma. Para mí, perder el conocimiento no significaba una gran pérdida. Pero quizá me golpearon, quizá en un bosque; sí, ahora que digo bosque, recuerdo vagamente un bosque. Todo esto pertenece al pasado. Y es el presente lo que debo establecer, antes de ser vengado. Es una habitación normal. He conocido pocas habitaciones, pero esta me parece normal. En el fondo, si no me sintiera morir, podría creerme ya muerto, en trance de expirar o en una de las moradas celestiales. Pero noto que tengo los días contados. Hace sólo seis meses experimentaba más la sensación de ultratumba. Si me hubieran pronosticado que un día me sentiría vivir así, hubiera sonreído. No se habría notado, pero yo hubiera sabido que sonreía. Recuerdo perfectamente aquellos últimos días: han dejado en mí más recuerdos que los treinta mil precedentes. Lo contrario hubiera sido menos sorprendente. Cuando haya hecho el inventario, si mi muerte no es inminente, escribiré mis memorias. Vaya, he hecho un chiste. Bien, bien. Hay un armario en el cual jamás he curioseado. Mis pertenencias están en un rincón, revueltas. Puedo hurgar en ellas con mi largo bastón, acercarlas a mí, devolverlas de nuevo a su lugar. Mi cama está junto a la ventana. Permanezco vuelto hacia ella gran parte del tiempo. Veo tejados y el cielo; si me esfuerzo mucho, alcanzo a ver un poco de calle. No veo campos ni montañas. Sin embargo, están cerca. Al fin y al cabo, yo qué sé. Tampoco veo el mar, pero lo oigo cuando está tormentoso. Puedo ver una habitación de la casa de enfrente. A veces suceden cosas raras. Las personas son raras. Quizá se trate de anormales. Ellos también deben de verme: mi cabezota hirsuta contra el cristal. Jamás he tenido tanto pelo como ahora, ni tan largo; lo digo sin miedo a que me contradigan. Pero por la noche ellos no me ven, porque no enciendo la luz. Desde que estoy aquí me he interesado un poco por las estrellas. Pero no logro reconocerlas. Una noche, al observarlas, me vi de repente en Londres. ¿Es posible que haya llegado hasta Londres? ¿Y qué tienen que ver las estrellas con esta ciudad? En desquite, me he familiarizado con la Luna. Ahora conozco bien sus cambios de fase y de órbita, sé más o menos las horas en que puedo buscarla en el cielo y las noches en que no aparecerá. ¿Qué más? Las nubes. Son muy variadas, realmente ofrecen una gran variedad. Y toda clase de pájaros. Vienen hasta el alféizar de mi ventana, ¡piden comida! Es enternecedor. Golpean el cristal con su pico. Nunca les he dado nada. Pero vuelven

siempre. ¿Qué esperan? No son buitres. No sólo me permiten estar aquí, ¡sino que además se ocupan de mí! Explicaré cómo lo hacen. La puerta se entreabre, una mano deja un plato sobre la mesilla colocada en la habitación a tal efecto, coge el plato de la víspera, y la puerta se cierra de nuevo. Todos los días, probablemente a la misma hora, hacen eso por mí. Cuando quiero alimentarme engancho la mesa con mí bastón y la aproximo a mí. Va con ruedas, se desliza hacia mí tambaleándose a un lado y a otro, chirriando. Cuando ya estoy harto, la empujo de nuevo hacia la puerta. Es sopa. Deben de saber que ya no tengo dientes. Como término medio me la como una vez de cada dos, una vez de cada tres. Cuando mi bacín está lleno lo pongo sobre la mesa, junto al plato. Entonces me quedo veinticuatro horas sin bacín. No, tengo dos bacines. Todo está previsto. Estoy desnudo en la cama, salvo las mantas, cuyo número aumento o disminuyo según las estaciones. Nunca tengo calor, nunca tengo frío. No me lavo, pero tampoco me ensucio. Si me noto sucio en alguna parte, froto el lugar con el dedo humedecido con saliva. Si uno desea resistir, lo esencial es alimentarse y eliminar. Bacín, rancho, he aquí los polos. Al principio las cosas sucedían de otro modo. La mujer entraba en la habitación, se afanaba a mi alrededor, se preocupaba por mis necesidades, mis deseos. Incluso terminé por hacérselos comprender, mis necesidades y mis deseos. Me costó. Ella no entendía. Hasta que un día encontré los términos, el tono, adecuados a su caso. La mitad de todo esto debe de ser obra de la imaginación. Fue ella quien me proporcionó este largo bastón. Está provisto de un gancho. Gracias a él puedo hurgar incluso en los rincones más apartados de mi habitáculo. ¡Cuánto debo a los bastones! Casi he olvidado los golpes que me transmitieron. Es una mujer vieja. No sé por qué es buena conmigo. Sí, llamémosle bondad, sin sutilezas. Desde su punto de vista es bondad. Creo que aún es más vieja que yo. Pero menos bien conservada, a pesar de su movilidad. Quizá, en cierto modo, forma parte de la habitación. En tal caso no requiere un estudio aparte. Pero no hay que excluir el hecho de que haga lo que hace por caridad o por un sentimiento menos general de piedad o de afecto hacia mí. Todo es posible, acabaré por creerlo. Pero resulta más cómodo suponer que me ha sido entregada junto con la habitación. Ahora sólo veo de ella la mano descarnada y una parte de la manga. Ni siquiera eso, ni siquiera eso. Tal vez haya muerto, precediéndome, y quizá sea otra la mano que ahora dispone y limpia la mesa. Debo decir que no sé cuánto tiempo llevo aquí. Sé únicamente que era ya muy viejo antes de llegar. Me digo nonagenario, pero no puedo probarlo. Tal vez sea sólo quincuagenario, o cuadragenario. Hace una eternidad que no llevo la cuenta, de mis años quiero decir. Sé el año de mi nacimiento, no lo he olvidado, pero ignoro hasta qué año he llegado. Pero creo estar aquí desde hace bastante tiempo. Pues sé muy bien lo que pueden contra mí, al abrigo de estos muros, las distintas estaciones. Esto no se aprende en uno o dos años. Diría que en un abrir y cerrar de ojos han transcurrido días enteros. ¿Queda algo por añadir? Quizá algunas

palabras respecto a mí. Mi cuerpo es lo que se llama, quizá a la ligera, impotente. No es ya capaz de nada, por así decirlo. A veces añoro poder arrastrarme. Pero soy poco dado a la nostalgia. Mis brazos, una vez colocados en su sitio, pueden aún realizar un esfuerzo, pero me cuesta dirigirlos. Probablemente la médula roja ha palidecido. Tiemblo un poco, pero sólo un poco. El crujido del somier forma parte de mi vida; no quisiera que cesara, es decir, no quisiera que se atenuara. Es sobre la espalda, o sea, prosternado, no, vuelto al revés, como estoy mejor; así soy menos huesudo. Permanezco de espaldas, pero con la mejilla contra la almohada. En cuanto abro los ojos, ahí están de nuevo el cielo y el humo de los hombres. Veo y oigo muy mal. La estancia sólo está iluminada por reflejos, y todos mis sentidos apuntan hacía mí. Mudo, oscuro e insípido, no existo para ellos. Estoy lejos de los ruidos de sangre y de aliento, en lo secreto. No hablaré de mis sufrimientos. Sumergido en ellos hasta lo más profundo, no siento nada. Es allí donde muero, a escondidas de mi carne estúpida. Lo que se ve, lo que grita y se agita son los restos. Se ignoran. En alguna parte de semejante confusión el pensamiento se encarniza, lejos también. También me busca, como desde siempre, allí donde no estoy. Tampoco sabe ya calmarse. Estoy harto. Que vaya a otro con su rabia de agonizante. Durante este tiempo me sentiré en paz. Esa parece ser mi situación.

El hombre se llama Saposcat. Como su padre. ¿Nombre de pila? No lo sé. No lo necesitará. Sus familiares le llaman Sapo. ¿Quiénes? No lo sé. Algunas palabras acerca de su juventud. Es imprescindible.

Era un muchacho precoz. Estaba poco dotado para los estudios y no comprendía la utilidad de los que le obligaban a seguir. Asistía a las clases con el pensamiento en otra parte, o vacío.

Asistía a las clases con el pensamiento en otra parte. Pero le gustaba el cálculo. Pero no le gustaba el modo en que se lo enseñaban. Era el uso de los números concretos lo que le gustaba. Todo cálculo le parecía una pérdida de tiempo, si no se precisaba la naturaleza de la unidad. Se dedicaba, en público y en privado, al cálculo mental. Y las cifras que maniobraban en su cabeza la poblaban de colores y de formas.

¡Qué aburrimiento!

Era el primogénito. Sus padres eran pobres y enfermizos. Con frecuencia les oía hablar de lo que era preciso hacer para vivir mejor y tener más dinero. Se sorprendía cada vez por la vaguedad de sus propósitos y no le extrañaba que a nada condujeran. Su padre era dependiente en una tienda. Le decía a su mujer: “He de encontrar una colocación para poder trabajar por las noches y el sábado por la tarde.” Añadía con voz agonizante: “Y el domingo.” Su esposa respondía: “Pero si trabajas todavía más, enfermarás.” Y el señor Saposcat reconocía

que, en efecto, haría mal en no descansar el domingo. Eran al menos personas hechas. Pero él no estaba enfermo hasta el punto de no poder trabajar las noches de los días laborables y el sábado por la tarde. "¿Trabajar en qué?", decía su mujer. "Quizá de escribiente", contestaba él. "¿Y quién se ocupará del jardín?", preguntaba su mujer. La vida de los Saposcat estaba llena de axiomas, uno de los cuales establecía la criminal absurdidad de un jardín sin rosas, con el césped y las alamedas descuidados. "Si plantara legumbres", decía él. "Resulta más barato comprarlas", decía ella. Sapo escuchaba estas conversaciones con asombro. "Piensa en el precio del abono", decía su madre. Durante el silencio que seguía, el señor Saposcat reflexionaba, con la aplicación que caracterizaba todos sus actos, sobre la carestía del abono que le impedía ofrecer a los suyos una vida más desahogada, esperando que su mujer se excusara, a su vez, por no rendir el máximo de cuanto era capaz. Pero ella se dejaba convencer con facilidad de que no podía dar mucho más de sí sin poner su vida en peligro. "Piensa en los honorarios del médico que economizamos", decía el señor Saposcat. "Y los gastos de farmacia", decía su mujer. No les quedaba otra solución que trasladarse a una casa más modesta. "Pero ya vivimos bastante estrechos", decía la señora Saposcat. Y se daba por sobreentendido que lo estarían cada año más y más, hasta el día en que la marcha de los mayores, compensando la llegada de los recién nacidos, estableciera una especie de equilibrio. Después la casa, poco a poco, se iría vaciando. Y por fin se quedarían solos, con sus recuerdos. Entonces podrían cambiarse de casa. El estaría jubilado, ella sin fuerzas. Alquilarían una quinta en el campo, donde, aunque ya no necesitarían abono, podrían permitirse el lujo de comprar carros enteros. Los hijos, sensibles a los sacrificios recibidos, les prestarían ayuda. Así, en pleno ensueño, acababan los conciliábulos la mayoría de las veces. Diríase que los Saposcat encontraban la fuerza de vivir en la perspectiva de su impotencia. Pero a veces, antes de llegar a este punto, se detenían a considerar el caso de su hijo mayor. "¿Qué edad tiene?", preguntaba el señor Saposcat. Su mujer suministraba el informe; él estaba convencido de que esto le incumbía a ella. Ella se equivocaba siempre. El señor Saposcat repetía varias veces, en voz baja y con asombro, la cifra equivocada, como si se tratara del alza de un artículo de primera necesidad, como la carne. Y al mismo tiempo buscaba en el aspecto de su hijo un atenuante a lo que acababa de descubrir. ¿Se trataba al menos de un pedazo de buena calidad? Sapo miraba el rostro de su padre, triste, atónito, afectuoso, decepcionado, esperanzado a pesar de todo. ¿Meditaba sobre el paso implacable de los años, o en el tiempo que su hijo tardaría en convertirse en un hombre asalariado? A veces expresaba con laxitud su pesar por no ver en su hijo mayores prisas por decidirse a ser útil. "Es mejor que prepare sus exámenes", decía su mujer. A partir de un tema dado, sus cerebros pensaban al unísono. No tenían, pues, una conversación propiamente dicha. Usaban las palabras como el maquinista se sirve de las banderas o de la linterna. O bien se

decían: “Apeémonos aquí.” Una vez señalado su hijo, se preguntaban con tristeza si no sería propio de los espíritus superiores fracasar en el escrito y cubrirse de ridículo en el oral. No siempre se contentaban con contemplar en silencio el mismo paisaje. “Por lo menos, su salud es buena”, decía el señor Saposcat. “No tanto”, decía su mujer. “Pero no tiene nada grave”, decía él. “A su edad, sería el colmo”, decía ella. Ignoraban por qué estaba destinado a una profesión liberal. Eso se daba por sentado. Era, por tanto, inconcebible que resultara inepto. Preferentemente, le veían médico. “Nos asistirá cuando seamos viejos”, decía la señora Saposcat. Y su marido contestaba: “Más bien le veo cirujano”, como si a partir de determinada edad las personas no pudieran operarse.

¡Qué aburrimiento! Y a eso llamo jugar. Me pregunto si, a pesar de mis precauciones, no estaré hablando de mí. ¿Seré incapaz, hasta el fin, de mentir sobre otra cosa? Siento amontonarse ese negro, instalarse esa soledad, en los cuales me reconozco; me siento llamado por esta ignorancia que podría ser hermosa y que sólo es cobardía. No sé muy bien lo que me digo. No es así como se juega. Pronto no sabré de dónde sale mi pequeño Sapo, ni lo que espera. Tal vez sería mejor dejar esta historia y pasar a la segunda, o incluso a la tercera, la de la piedra. No, sería igual. Bastaría prestar más atención. Reflexionaré sobre lo que digo antes de avanzar. Cada vez que me amenace la ruina, me detendré para examinarme tal cual soy. Es justamente lo que deseaba evitar. Pero, sin duda, no hay otro medio. Después de este baño de cieno podré admitir mejor un mundo en el cual yo no sea una mancha. ¡Qué manera de razonar! Abriré los ojos, me miraré temblar, engulliré mi sopa, contemplaré el hatillo de mis pertenencias, daré a mi cuerpo las viejas órdenes que sé es incapaz de ejecutar, consultaré mi conciencia caduca, estropearé mi agonía para vivirla mejor, lejos ya del mundo que por fin se dilata y me permite pasar.

He intentado reflexionar sobre el principio de mi historia. Hay cosas que no comprendo. Pero no importa demasiado. Sólo me queda continuar.

Sapo no tenía amigos. No, eso no marcha.

Sapo se sentía a gusto entre sus compañeros, sin ser exactamente querido. Resulta raro que el mal estudiante sea un solitario. Boxeaba y luchaba bien, era rápido en las carreras, se burlaba de los profesores y a veces incluso les respondía con insolencia. ¿Rápido en las carreras? Bueno. Un día, agobiado por preguntas, exclamó: “¡Le digo a usted que no lo sé!” Pasaba la mayor parte del tiempo en el colegio a causa de los castigos y retenciones, y con frecuencia no regresaba a casa hasta las ocho de la noche. Se sometía con filosofía a tales vejaciones. Pero no se dejaba golpear. La primera vez que un maestro, agotada su capacidad

de dulzura y de razonamiento, avanzó hacia Sapo palmeta en mano, este se la arrancó de las manos y la arrojó por la ventana, que estaba cerrada a causa del frío invernal. Había motivo suficiente para expulsarlo. Pero Sapo no fue expulsado entonces ni más tarde. Pensaré con cabeza clara las razones por las cuales Sapo no fue expulsado si merecía tanto serlo. Pues quiero que en su historia no exista la menor sombra posible. Una sombra insignificante, en sí misma, por el momento, no es nada. No se piensa más en ella; se continúa, en la claridad. Pero conozco la sombra, se acumula, se hace más densa, de pronto estalla y lo engulle todo.

No he podido averiguar por qué no fue expulsado. Me veo obligado a dejar esta cuestión en suspenso. Trato de no alegrarme. Pronto alejaré a mi Sapo de esta indulgencia incomprensible, lo haré vivir como si hubiera sido castigado según sus méritos. Daremos la espalda a esta nubecilla, pero no la perderemos de vista. No cubrirá el cielo sin que lo sepamos, no levantaremos de pronto los ojos, en pleno campo, lejos de todo abrigo, a un cielo ennegrecido. Esto es lo que he decidido. No veo otra solución. Trato de hacer lo mejor.

A los catorce años era un muchacho regordete, sonrosado. Tenía las articulaciones gruesas, por lo cual su madre decía que un día seria aún más alto que su padre. Curiosa deducción. Pero lo más asombroso era su enorme cabeza redonda, con los cabellos rubios, duros e hirsutos como los pelos de una brocha. Incluso sus maestros reconocían que poseía una cabeza inteligente, y les era tanto más penoso no lograr nada en ella. “Un día nos sorprenderá a todos”, decía su padre cuando estaba de buen humor. El cráneo de Sapo era el motivo de que se hubiera forjado esa opinión y de que pudiera mantenerla contra viento y marea. Pero no soportaba la mirada de su hijo y evitaba encontrarla. “Tiene tus mismos ojos”, decía su mujer. Entonces el señor Saposcat tenía prisa por quedarse a solas y poder examinar sus ojos frente al espejo. Apenas eran azules. “En más claro”, decía la señora Saposcat.

Sapo amaba la Naturaleza, se interesaba…

—¡Qué desastre!

Sapo amaba la Naturaleza, se interesaba por los animales y las plantas y levantaba gozoso los ojos al cielo, día y noche. Pero no sabia observar estas cosas, las miradas que les prodigaba no le enseñaban nada acerca de ellas. Confundía los pájaros entre sí, y los árboles; no conseguía distinguir unos cereales de otros. No relacionaba los azafranes con la primavera ni los crisantemos con el otoño. El Sol, la Luna, los planetas y las estrellas no le planteaban problemas. Aceptaba con una especie de alegría el hecho de no comprender las cosas extrañas y a veces hermosas que le rodearían toda su vida y cuyo

conocimiento le tentaba a veces, al igual que todo cuanto aumentara el murmullo: “Eres un memo.” Pero le gustaba el vuelo del gavilán y sabía distinguirlo entre todos los otros. Inmóvil, seguía con la mirada los lentos vuelos planeados, la espera temblorosa, las alas que se elevan para caer a plomo, el ascenso violento, fascinado por tanta precisión, arrogancia, paciencia, soledad.

No abandonaré todavía. He terminado mi sopa y he empujado la mesita hacia su sitio, junto a la puerta. Una de las dos ventanas de la casa de enfrente acaba de iluminarse. Cuando digo dos ventanas me refiero a las que puedo ver siempre, sin levantar la cabeza de la almohada. A decir verdad, no se trata de dos ventanas enteras, sino de una entera y parte de la otra. Es esta última la que acaba de iluminarse. Durante un momento he visto a la mujer yendo y viniendo. Después ha corrido las cortinas. Hasta mañana no volveré a verla, quizá su sombra de vez en cuando. No siempre corre las cortinas. El hombre aún no ha llegado. He ordenado algunos movimientos a mis piernas, a mis pies. Los conozco tan bien, que he pedido sentir el esfuerzo que hacían para obedecerme. Con ellos he vivido el breve espacio de tiempo que abarca todo un drama, entre el mensaje recibido y la respuesta desolada. A los perros viejos les llega la hora en que al oír el silbido del dueño que parte al amanecer, con el bastón en la mano, ya no pueden abalanzarse tras él. Entonces se quedan en su caseta, o en su cesto, aunque no estén atados, y escuchan unos pasos que se alejan. También el hombre está triste. Pero el aire libre y el sol le consuelan en seguida, y hasta el anochecer no se acuerda de su viejo amigo. Las luces de la casa le dan la bienvenida y un débil ladrido le obliga a decir: “Ya es hora de sacrificarlo.” Bonito fragmento. La continuación será todavía mejor. Rebuscaré un poco en mis pertenencias. Después esconderé la cabeza bajo las mantas. Después todo irá mejor para Sapo y para el que le sigue, para el que sólo quiere seguirle y dejarse guiar por él, por caminos claros y transitables.

La apacibilidad y los silencios de Sapo no gozaban de mucha aceptación. En medio del bullicio, en la escuela y en casa, se quedaba inmóvil en su sitio, casi siempre de pie, y miraba de frente con sus ojos claros, fijos como los de una gaviota. Los demás se preguntaban en qué soñaba durante tantas horas. Su padre le creía turbado por el despertar de la sexualidad. “A los dieciséis años, yo también era así”, decía. “A los dieciséis años te ganabas la vida”, decía su mujer. “Es cierto”, decía el señor Saposcat. Los maestros de Sapo juzgaban aquella actitud como un puro y simple embrutecimiento. Sapo se quedaba boquiabierto y respiraba por la boca. Es incomprensible por qué esta expresión resulta incompatible con los pensamientos eróticos. Pero, efectivamente, más que con chicas, soñaba consigo mismo, en su vida, en su futuro. Razón suficiente para dejar boquiabierto a un muchacho clarividente y sensible, y para taparle temporalmente las narices. Pero, para mayor

seguridad, me tomaré un pequeño descanso.

Esos ojos de gaviota me asustan. Me recuerdan a un viejo náufrago, no recuerdo cuál. Evidentemente, es un detalle. Pero me he vuelto miedoso. Conozco estas frases que parecen insignificantes y que, una vez aceptadas, pueden corromper toda una lengua. *Nada es más real que nada.* Salen del abismo y no paran hasta arrojarnos a él. Sin embargo, esta vez sabré defenderme.

Entonces él lamentaba no haber querido aprender el arte de pensar, empezando por replegar el dedo corazón y el anular a fin de posar mejor el índice sobre el sujeto y el meñique sobre el verbo, como exigía su profesor de latín, y sin prestar atención, o muy poca, al tumulto de dudas, deseos, fantasías y temores que bullían en su cabeza. Y dotado de menos fuerza y valor, él también habría abandonado, renunciando a saber cómo estaba hecho y cómo iba a poder vivir, y viviendo derrotado, a ciegas, en un mundo insensato, entre extraños.

De tales ensueños salía pálido y agotado, lo que confirmaba a su padre en la idea de que era preso de especulaciones lascivas. “Debería hacer más deporte. Eso marcha, eso marcha. Me habían asegurado que sería un buen atleta —decía el señor Saposcat—, y ahora no forma parte de ningún equipo.” “Los estudios ocupan todo su tiempo”, decía la señora Saposcat. “Y siempre es el último de la clase”, decía el señor Saposcat. “Le gusta andar —decía la señora Saposcat—; los largos paseos le sientan bien.” Entonces el señor Saposcat bromeaba, pensando en el bien que le hacían a su hijo los largos paseos solitarios. A veces llegaba a atolondrarse tanto, que decía: “Mejor hubiera sido enseñarle un trabajo manual.” En tales ocasiones, era normal, si no forzoso, que Sapo se largara, mientras su madre exclamaba: “¡Oh, Adrián, lo has ofendido!”

Esto marcha. Nada se me parece menos que ese muchacho razonable y paciente que, completamente solo, se encarniza durante años para ver un poco claro en sí mismo, ávido del menor fulgor, cerrado al atractivo de las sombras. Este es el aspecto flaco y etéreo que necesitaba, lejos de la niebla alimenticia que me consume. No volveré a entrar en esa osamenta salvo para saber la hora. Quiero estar allí un poco antes de la zambullida, bajar por última vez la vieja y querida escotilla, despedirme de las cuevas donde he vivido, naufragar con mi refugio. Sentimental, vaya. Pero hasta entonces tengo tiempo de retozar, en tierra, con la agradable compañía que siempre deseé, que siempre busqué y que jamás quiso nada conmigo. Sí, ahora estoy tranquilo; sé que he ganado la partida; he perdido todas las demás, pero la última es la que cuenta. Si no temiera contradecirme diría que ha sido un buen trabajo. ¡Miedo a contradecirme! Si eso continúa, me perderé a mí mismo y los mil caminos que conducen a mí. Pareceré esos desdichados de la fábula, aplastados por el peso de su súplica concedida. Incluso me

siento preso de un extraño deseo: el de saber qué he hecho, por qué, y decirlo. Así llego al límite de lo que me propuse en mi juventud y me ha impedido vivir. En vísperas de ya no ser, llego a ser otro. No deja de tener gracia.

Las vacaciones. Por la mañana tomaba clases particulares. “Nos arruinarás”, decía la señora Saposcat. “Es una buena inversión”, contestaba su marido. Por la tarde se iba, con los libros bajo el brazo, con el pretexto de que trabajaba mejor al aire libre, no, sin explicaciones. Salía de la ciudad, escondía los libros bajo una piedra y corría por el campo. Era la estación en que los trabajos de los campesinos alcanzan el paroxismo, y a pesar de que la luz del día alarga, no hay tiempo suficiente para poder terminar todos los quehaceres. Y con frecuencia aprovechan el claro de luna para hacer un último recorrido por los campos, a menudo alejados, o por la granja o la era, o para revisar las máquinas y prepararlas para el próximo amanecer. El próximo amanecer.

Me he dormido. No me interesa mucho dormir. En mi empleo del tiempo no hay lugar para el sueño. No me interesa... Pero no tengo que dar explicaciones. El coma es bueno para los vivos. Todos me han acosado siempre, no es la palabra apropiada, yo les seguía con la mirada, gimiendo de aburrimiento; después los mataba, o me ponía en su lugar, o huía. Siento en mí el calor de ese viejo frenesí, pero sé que ya no me poseerá. Interrumpo todo y espero. Sapo se inmoviliza sobre una pierna, sus extraños ojos cerrados. La agitación que lo ilumina se fija en mil posturas absurdas. La nubecilla que pasa ante el glorioso Sol oscurecerá la Tierra durante todo el tiempo que a mí me plazca.

Vivir e inventar. Lo intenté. Debí intentarlo. Inventar. No es la palabra. Vivir, tampoco. No importa. Lo intenté. Mientras, la gran fiera de la seriedad se paseaba en mi interior, rabiando, rugiendo, desgarrándome. Lo hice. Completamente solo, bien escondido, me echaba faroles, a solas, durante horas, inmóvil, a veces de pie, como si me hubieran embrujado, gimiendo. Eso es, gimiendo. No supe jugar. Daba vueltas, palmoteaba, corría, gritaba, me veía perder, me veía ganar, alegre, dolorido. De repente me abalanzaba sobre los instrumentos del juego, si los tenía, para destruirlos, o sobre un niño, para cambiar su felicidad por aullidos, o huía, corría a esconderme rápidamente. Me perseguían los mayores, los justos; me cazaban, me golpeaban, me hacían entrar de nuevo en el círculo, en la partida, en la alegría. Entonces yo era esclavo de la seriedad. Ha sido mi peor enfermedad. Otros nacen sifilíticos, yo nací grave. Y gravemente intenté no serlo, vivir, inventar, yo me entiendo. Pero cada vez que lo intentaba de nuevo perdía la cabeza, creía precipitarme hacia mi salvación cuando me precipitaba en mis tinieblas, me postraba de rodillas ante quien no puede vivir ni soportar este espectáculo en los demás. Vivir. Digo vivir y ni siquiera conozco su significado. Lo intenté sin saber qué intentaba. A

pesar de todo, quizá haya vivido sin saberlo. Me pregunto por qué hablo de estas cosas. ¡Ah, sí!, para distraerme. Vivir y hacer vivir. Ya no vale la pena enjuiciar las palabras. No están más huecas que lo que arrastran. Después del fracaso, el consuelo, el reposo; empiezo de nuevo; querer vivir, hacer vivir, ser otro, en mí, en otro. ¡Qué falso es todo esto! Nunca he visto nada semejante. Ahora me desvío rápidamente. Empiezo otra vez. Pero despacio, en otra dirección. No la que conduce al éxito, sino la del fracaso. Hay una pequeña diferencia. A eso quería llegar, irguiéndome al principio por encima de mi madriguera; después, en una luz áspera, hacia inaccesibles alimentos, quería alcanzar los éxtasis del vértigo, del abandono, de la caída, del hundimiento, del retorno a lo negro, a la nada, a lo serio, a la casa, a quien siempre me esperaba, a quien necesitaba de mí y a quien yo necesitaba, quien me rodeaba con sus brazos y me pedía que no me marchara nunca más, quien me cedía su lugar y velaba por mí, quien sufría cada vez que yo le dejaba, a quien hice sufrir tanto y tan poca alegría di, a quien jamás he visto. Ya empiezo a exaltarme. No se trata de mí, sino de otro que vale menos que yo y a quien intento envidiar, de quien acabaré por contar sus vulgares aventuras, no sé cómo. Pero tampoco he sabido nunca relatar las mías, ni tampoco vivir o relatar las de otros. ¿Cómo habría de hacerlo, si nunca lo intenté? Mostrarme ahora, en vísperas de desaparecer, al mismo tiempo que el advenedizo, gracias a la misma gracia, no dejaría de ser chistoso. Después vivir, el tiempo de sentir, detrás de mis ojos cerrados, cerrarse otros ojos. ¡Qué final!

El mercado. La imperfección de las relaciones entre las campiñas y la ciudad no había pasado inadvertida para el excelente muchacho. Hizo las siguientes consideraciones al respecto, unas quizá cerca, otras sin duda lejos, de la verdad.

En su región, con el plan alimenticio, los... No, no puedo.

Los campesinos. Sus visitas a los campesinos. No puedo. Reunidos en el corral le veían alejarse, con pasos inseguros, babosos, como si los pies no tocaran bien el suelo. Se detenía con frecuencia para reemprender la marcha, tras unos minutos de paro vacilante, en las direcciones más inesperadas. Había en su paso algo flotante, inerte, la tierra parecía derribarle. Y cuando se recobraba del bamboleo, después de un alto, parecía un gran plumón que el viento arrancara del lugar en donde está posado.

He hurgado un poco en mis pertenencias, separando unas de otras y acercándolas hacia mí para verlas mejor. No me equivocaba demasiado al creer que las poseía, en mi cabeza, y podía hablar de ellas de un momento a otro, sin mirarlas. Pero quería estar seguro. He hecho bien. Pues ahora sé que la imagen de esos objetos en la que me he

recreado hasta hoy, si bien en conjunto era justa, no lo era en los detalles. No quiero desperdiciar esta ocasión única en la que una especie de verdad se anuncia posible y, por tanto, casi se impone. Quiero rechazar toda aproximación. Quiero estar en condiciones, cuando llegue el gran día, para anunciar con claridad, sin añadir ni omitir nada, todo cuanto su larga espera me habrá aportado, y dejado, en cuanto a bienes materiales. Debe de ser una obsesión.

Veo, pues, que me había atribuido ciertos objetos que, por lo que veo, no son ya de mi pertenencia. ¿Habrán resbalado por detrás de un mueble? Me sorprendería. Un zapato, por ejemplo, ¿podría resbalar por detrás de un mueble? Y, sin embargo, sólo veo un zapato. ¿Y detrás de qué mueble? Que yo sepa, en esta habitación sólo hay un mueble capaz de interponerse entre mis pertenencias y yo, me refiero al armario. Pero está tan pegado a la pared, a las dos paredes, puesto que está en el rincón, que parece formar parte de ellas. Quizá me digáis que mi botín, pues era una especie de botín, se encuentra en el interior del armario. Tuve la misma idea. Pero ya he registrado el armario, mi bastón lo ha registrado, abriendo puertas, cajones, quizá por primera vez, revolviendo por todas partes. Nada. Y el armario, lejos de encerrar mi botín, está vacío. No, ya no poseo este botín, tampoco determinados objetos de menor valor, tal como una sortija de cinc, de hermoso brillo, que creía haber guardado. Por el contrario, he encontrado en el montón por lo menos dos o tres cosas que ya había olvidado, y una de las cuales, al menos, una cazoleta de pipa, no despierta en mí ningún recuerdo. No recuerdo haber fumado nunca en pipa. Recuerdo una pipa para hacer pompas de jabón, de cuando era niño, antes de arrojarla lejos de mí hacía con ella pompas irisadas, ni siquiera eso. Importa poco. Venga de donde venga, ahora esta cazoleta es mía. Muchos de mis tesoros tienen el mismo origen: caídos del cielo. También he encontrado un paquetito envuelto en papel de periódico amarillento y atado. Me dice algo, pero ¿qué? Lo he acercado hasta mí, junto a la cama, lo he tocado con la punta del bastón, sirviéndome de él como un punzón, pero con cuidado. Y mi mano ha comprendido, ha comprendido la blandura y ligereza, mejor, creo yo, que si lo hubiese tocado directamente, palpado y sopesado. No he querido desenvolverlo, no sé por qué. Lo he mandado al rincón, junto con lo demás. Quizá vuelva a hablar de él cuando llegue el momento. Diré, ya me estoy oyendo: “Además, un paquetito, blando y ligero como una pluma, envuelto con un papel de periódico. Será mi pequeño misterio, mi bien. Quizá sea un fajo de rupias. O un mechón de cabellos.”

También me he dicho que he de avanzar más aprisa. Las verdaderas vidas no soportan este exceso de requisito. Es allí donde acecha el astuto, como el gonococo en los pliegues de la próstata. Tengo prisa. Es de allí de donde un día surge, cuando todo sonríe y brilla, la gran cabalgata de nubes negras y bajas, inolvidable, llevándose para siempre el azur. Mi situación es verdaderamente delicada. ¡Cuántas cosas

hermosas, cuántas cosas importantes fallaré por temor, por temor a caer en el viejo error, por temor a no terminar a tiempo, por temor a gozar, una última vez, de una última ola de tristeza, de impotencia y de odio! Las formas varían allí donde lo inmutable descansa de no tener forma. Si, siempre fui propenso a los pensamientos profundos, sobre todo a principios de año. El anterior me trabajaba desde hacía algunos minutos. Me atrevo a esperar que no haya más pensamientos profundos. Al fin y al cabo importa poco terminar, debo haberlo dicho. La veleidad no tiene en sí misma nada especialmente deshonroso. Pero ¿se trata de eso? Hay probabilidades. Solamente quiero que mi última hable hasta el último momento; he debido cambiar de opinión. Es todo. Yo me entiendo. Si la vida llega a faltarme, lo sentiré. Únicamente deseo saber, de aquel que empezó tan bien, antes de abandonarlo, que sólo mi muerte le impide seguir, vencer, perder, gozar, sufrir, pudrirse y morir, y que incluso viviendo yo, hubiera él esperado, para estar muerto, a que su cuerpo lo estuviera. Esto se llama moderar las exigencias.

Mi cuerpo aún no se decide. Pero creo que pesa más sobre el somier, se expande y se espachurra. Mi aliento, cuando lo recupero, llena la habitación con su ruido, sin que mi pecho se mueva más que el de un niño que duerme. Abro los ojos y miro durante mucho tiempo, sin pestañear, como cuando era pequeño, muy pequeño, y examinaba las novedades, y en seguida las antigüedades, el cielo nocturno. Entre él y yo, el cristal, empañado, jaspeado por la mácula de los años. Con gusto soplaría encima, pero está demasiado lejos. No es verdad. Poco importa. Mi soplo no lo empañaría. Es una noche como las que le gustaban a Kaspar David Friedrich, tempestuosa y clara. Ese apellido que vuelve a mi mente, y esos nombres. Las nubes avanzan, deshilachadas, cortadas por el viento, sobre un fondo límpido. Si me armara de paciencia vería la Luna. Pero no aguardaré. Ahora que he visto, escucho el viento. Cierro los ojos y se confunde con mi aliento. Palabras e imágenes se arremolinan en mi cabeza, surgen inagotables y se persiguen, se funden, se destruyen. Pero más allá de semejante tumulto la calma es inmensa, y también la indiferencia. Nunca más nada hará mella de verdad en ellas. El somier está hundido como un foso. Estoy acostado en el fondo, bien atrapado entre las dos laderas. Me vuelvo un poco, oprimo la boca contra la almohada, la nariz; aplasto mis viejos pelos ya blancos por completo, supongo; me cubro la cabeza con la manta. Siento, en lo más hondo del pecho, no puedo precisar más, nuevos dolores. Creo que es, sobre todo, en la espalda. Son rítmicos, forman una especie de cancioncilla. Son azulados. Qué soportable es todo esto, ¡Dios mío! Tengo la cabeza casi del revés, como un pájaro. Separo los labios, ahora tengo la almohada en la boca, la siento contra mi lengua, mis encías. Tengo, tengo. Chupo. He terminado de buscarme. Estoy enterrado en el Universo; sabía que un día encontraría mi sitio en él; el viejo Universo me protege, victorioso. Soy feliz, sabía que un día sería feliz. Pero no soy juicioso. Pues lo juicioso sería dejarme ir, ahora, en

este instante de felicidad, creo yo. Pero, ¿qué hago? Regreso a la luz, a los campos que tanto hubiera deseado amar, al cielo por donde corren las nubecillas blancas y ligeras como copos, a la vida que no supe aprovechar, quizá por mi culpa, por orgullo o cortedad, pero no lo creo. Los animales pacen, el sol calienta las rocas y las hace brillar. Sí, dejo mi felicidad y regreso junto a los hombres que a menudo también van y vienen con fardos. Quizá les haya juzgado mal, pero no lo creo. Por otra parte, no los he juzgado. Solamente quiero intentar comprender, por última vez, empezar a comprender, cómo son posibles tales seres. No, no se trata de comprender. ¿De qué, pues? No lo sé. Lo haré a pesar de todo. No debería. La noche, la tormenta, la desdicha, las catalepsias del alma; esta vez veré cómo todo esto es bueno. No todo está dicho entre yo y... Sí, todo está dicho. Quizá desee solamente oírlo decir una vez más. Una vez más siquiera. Pero no, no deseo nada.

Los Louis. A los Louis les costaba trabajo vivir, quiero decir llegar a fin de mes. Era el hombre, la mujer y dos hijos, un chico y una chica. Al menos esto no admite controversia. Al padre lo llamaban Louis el Gordo, y, en efecto, lo estaba. Se había ya casado varias veces, antes de fundar, con su joven prima, el hogar donde aún habita. Tenía otros hijos en otros lugares, hombres y mujeres sólidamente colocados en la vida, sin esperar nada, ni de sí mismos ni de los demás. Le ayudaban, cada uno según sus posibilidades y el humor del momento, por gratitud hacia aquel sin el cual jamás hubieran visto la luz del día, o diciéndose, indulgentes: “Si no hubiese sido él, habría sido otro.” Louis el Gordo no tenía dientes y fumaba los cigarrillos en boquilla, añorando su pipa. Tenía fama de ser un buen matarife y descuartizador de cerdos y, como tal, estaba muy solicitado, bastante solicitado, puesto que cobraba menos que el carnicero y con frecuencia se contentaba, por toda remuneración, con un jamón o un poco de manteca. ¡Qué verosímil resulta! Puesto que amaba su trabajo, se sentía orgulloso de hacerlo tan bien, como un artista, según el secreto que su padre le había transmitido y del cual se consideraba último depositario. A menudo hablaba de su padre con ternura y respeto. “Jamás habrá nadie como él —decía—, una vez haya desaparecido yo.” Lo diría de otro modo. Así, pues, para Louis los buenos tiempos terminaban en diciembre y en enero, y a partir de febrero esperaba con impaciencia la vuelta de dicha estación, cuyo principal acontecimiento es indudablemente la celebración del nacimiento del Salvador en un establo, preguntándose si viviría hasta esta fiesta. Entonces se alejaba llevando bajo el brazo, en una caja, los cuchillos cuidadosamente afilados la víspera junto al fuego del hogar, y en su bolsillo, en un papel, el delantal destinado a proteger, durante el trabajo, su traje de los domingos y días festivos. Y al pensar que él, Louis el Gordo, se hallaba en camino hacia le lejana granja donde le aguardaban, y que a pesar de su avanzada edad aún le necesitaban, y que era capaz de lo que los jóvenes no eran capaces, su viejo corazón daba un vuelco en el interior de su jaula. Regresaba de

sus expediciones entrada ya la noche, ebrio y cansado por la larga caminata y por la emoción. Y durante algunos días sólo hablaba del cerdo que había despachado, diría al otro mundo si no supiera que los cerdos sólo tienen este, lo cual aburría terriblemente a su familia. Pero no se atrevían a decirle nada, pues le temían. Sí, a la edad en que la mayoría de la gente disminuye, como si se excusara por vivir tanto, Louis se hacia temer y se comportaba como le daba la gana. Incluso su joven esposa había renunciado a hacerle bajar el gallo, apoyándose en su coño, hábil triunfo de las mujeres jóvenes. Puesto que sabía lo que él haría si se negaba a entreabrírsele. E incluso él le exigía que le facilitara la tarea, por medios que a menudo le parecían exorbitantes. Y al menor signo de rebelión por parte de ella, se dirigía al lavadero en busca de la pala y la golpeaba hasta que se arrepentía. Dicho sea entre paréntesis. Volviendo a los cerdos, Louis continuaba hablando a los suyos, por la noche, a la luz de una vela, del que acababa de matar, hasta que un día lo llamaban para que matara otro. Entonces toda su conversación giraba en torno a este último, tan diferente del otro en todos los aspectos, tan diferente y, sin embargo, igual en el fondo. Pues todos los cerdos se asemejan cuando se les conoce bien, se debaten, gritan, sangran, gritan, se debaten, gimen y se desvanecen más o menos del mismo modo, de un modo peculiar que no podría adoptar un cordero, por ejemplo, o un choto. Pero a partir del mes de marzo, Louis el Gordo se calmaba y se tornaba taciturno. Y a fines de noviembre su familia esperaba con impaciencia la hora de esparcir el abono y plantar alubias.

El hijo, o heredero, era un buen mozo con una dentadura siniestra. Edmond.

La granja. La granja de los Louis se hallaba en un hoyo, encharcado en invierno, chamuscado en verano. Una hermosa pradera daba acceso a ella. Pero esta hermosa pradera no pertenecía a los Louis, sino a otros granjeros que vivían lejos de allí. Junquillos y narcisos florecían con extraordinaria exuberancia durante la estación correspondiente. Louis paseaba sus cabras por allí, furtivamente, al caer la noche.

Algo curioso. Si bien Louis tenía habilidad para matar cerdos, carecía de ella para criarlos, y raramente el suyo pasaba de los sesenta kilos. Encerrado en la reducida pocilga desde su llegada, en el mes de abril, allí se quedaba hasta su muerte, poco antes de Navidad. Pues Louis se obstinaba en temer, para sus cerdos, aunque cada año le daba un rotundo mentís, los efectos adelgazantes del ejercicio. Igualmente temía que la luz del día y el aire libre fueran perjudiciales para ellos. El resultado era un cerdo débil, ciego y flaco que él acostaba sobre el lomo, con las patas atadas, y que mataba con rabia, pero sin prisas, reprochándole su ingratitud en voz alta. Y no podía o no quería comprender que la culpa no era del cerdo, sino suya, por haberlo mimado demasiado. Y persistía en su error.

Mundo muerto, sin agua, sin aire. Esos son tus recuerdos. De tarde

en tarde, en el fondo de un cráter, la sombra de un liquen marchito. Y noches de trescientas horas. El resplandor más querido, pálido, hoyado, el menos fatuo de los resplandores. ¡Qué efusiones! ¿Cuánto pudo durar: cinco, diez minutos? Sí, no más, no mucho más. Pero aún resplandece mi orla celeste. Antaño los contaba; contaba hasta trescientos, cuatrocientos y a veces contaba otras cosas: los aguaceros, las campanas, el parloteo de los gorriones al amanecer, o no contaba nada, contaba por contar; después dividía por sesenta. Pasaba el tiempo. Yo era el tiempo, yo me comía el Universo. Ahora, ya no. Uno cambia. Al envejecer.

En la sórdida cocina, con el suelo de tierra apisonada, Sapo tenía su lugar; junto a la ventana. Louis el Gordo y su hijo abandonaban el trabajo, venían a estrecharle la mano; después se marchaban otra vez, dejándolo solo con la madre y la hija. Pero también ellas tenían trabajo, también le dejaban. Había tanto trabajo, tan poco tiempo, tan pocos brazos. La mujer, deteniéndose un instante entre dos tareas o en mitad de una, levantaba los brazos al cielo para dejarlos caer en seguida, cansinamente, vencida por el peso. Después imprimía a cada uno de ellos movimientos difíciles de describir y de oscuro significado. Los separaba de sus flancos, yo diría que los blandía si ignorase aún mejor el genio de vuestra lengua. Su gesto era extraño, enérgico y desarticulado a la vez; el brazo agitaba una rodilla, o un trapo, por la ventana, para sacudirle el polvo. Las manos trepidaban, vacías y blandas, tan aprisa que parecía haber cuatro o cinco al final de cada brazo. Al mismo tiempo profería furiosas preguntas sin respuesta, tales como ¿para qué? Los cabellos se le soltaban y le caían por el rostro. Eran abundantes, grises y sucios, pues carecía de tiempo para cuidarlos, y el rostro era pálido y delgado, como trabajado por la zozobra y las consiguientes amarguras. El pecho..., no, es la cabeza lo que importa y los brazos que le prestan ayuda, que se cruzan, gesticulan; después reanudan el trabajo tristemente, levantando los viejos objetos inertes y cambiándolos de sitio, acercándolos y separándolos. Pero tales pantomimas y jaculatorias no iban dirigidas a nadie. Pues le daba por ahí todos los días, varias veces al día, en la casa y en el campo. Entonces no se preocupaba por saber si estaba sola o no, si lo que hacía era urgente o podía esperar. Pero lo dejaba todo y gritaba y gesticulaba, sola en el mundo sin duda, e indiferente a cuanto ocurría a su alrededor. Después callaba y se quedaba inmóvil unos momentos, antes de reanudar el trabajo que había abandonado, o de precipitarse hacia otro. Sapo se quedaba solo, cerca de la ventana. Ante él, sobre la mesa, el tazón de leche de cabra olvidado. Era verano. La estancia quedaba en la penumbra a pesar de la puerta y la ventana abiertas a la luz intensa del exterior. La claridad se deslizaba a través de las aberturas estrechas y alejadas entre si, iluminaba un trozo de la estancia, después moría, sin extenderse. No era una claridad firme, capaz de permanecer mientras durase la luz exterior. En ninguna parte

de la habitación la luz era como en el exterior, tranquila y continua entre el cielo y la tierra. Pero entraba sin cesar, expedida y renovada desde el exterior, entraba sin cesar y moría, devorada por la sombra a medida que entraba. Y por poco que el suministro de la luz se debilitara, la estancia se oscurecía más y más, hasta quedar en tinieblas. La sombra vencía. Y Sapo, mirando la tierra cuyo rojo resplandor le hería los ojos, permanecía envuelto en la sombra, la sombra invencible que reptaba alrededor de su rostro iluminado. Alguna vez se volvía hacia ella bruscamente, exponiéndose a ella, bañándose en ella, aliviado. Entonces podía oír mejor el ruido de los trabajadores, de la hija que gritaba tras las cabras, del padre que injuriaba al mulo. Pero en el fondo de las sombras reinaba el silencio, el silencio del polvo, el silencio de las cosas que jamás se moverían si de ellas dependiera. Y el tictac del invisible reloj era como la voz del silencio que, al igual que la sombra, vencería también un día. Entonces todo quedaría en silencio, en tinieblas; las cosas permanecerían para siempre en su lugar, al fin. Al fin, Sapo sacaba de sus bolsillos los pobres regalos que había traído, los dejaba sobre la mesa, y se iba. Pero a veces, antes de que decidiera irse, antes de que se fuera, pues no estaba decidido, sucedía que una gallina, aprovechando que la puerta estaba abierta, se adentraba en la estancia. Apenas franqueado el umbral, se detenía, una pata en el aire, la cabeza ladeada, batiendo los párpados, alerta. Después avanzaba, más segura, estremecida, el cuello arrugado. Era una gallina gris, quizá siempre la misma. Sapo acabó por conocerla y, según él, también ella le conocía. Si se levantaba para marcharse, la gallina no se alborotaba. Pero quizá había varias gallinas de color gris, tan semejantes en todo lo demás, que la mirada de Sapo, ávida de parecidos, no sabía distinguirlas. A veces la seguía una segunda, una tercera, una cuarta, muy diferente a la primera y bastante diferentes entre si en cuanto al plumaje y a la silueta. Estas parecían menos feroces que la gris, que había entrado en primer lugar y a la que nada había sucedido. Vivamente iluminadas por un instante, al entrar en la habitación, se difuminaban más y más a medida que avanzaban; después, desaparecían. Silenciosas al principio, por miedo a traicionarse, poco a poco empezaban a rascarse y a cacarear de satisfacción, y a esponjar sus ruidosos plumajes. Pero a menudo sólo venía la gris, o una de las grises, si se prefiere, puesto esto es algo que nunca se sabrá, aunque hubiera resultado fácil averiguarlo con sólo esforzarse un poco. Hubiera bastado hallarse presente en el momento en que todas las gallinas corrían hacia la señora Louis, que gritaba: “¡Titastitastitas!” golpeando una vieja lata con una mohosa cuchara, para saber si había varias gallinas grises o, por el contrario, sólo había una. Pero, al fin y al cabo, ¿de qué habría servido? Bien hubiera podido suceder que existieran varias gallinas grises y que sólo una de ellas entrara en la cocina. Y, sin embargo, el experimento resultaba atractivo. Pues bien pudiera suceder que sólo existiese una gallina gris, incluso en el momento de darles la comida. Lo cual hubiera sido definitivo. Y, sin

embargo, nunca se sabrá. Pues de los que lo supieron, unos han muerto y los otros han olvidado. Y el día en que Sapo quiso averiguar la verdad, era demasiado tarde. Entonces se arrepintió de no haber comprendido a tiempo, para poder aprovecharlo, la importancia que un día tendrían para él esas estancias en la cocina de los Louis donde, ni dentro ni fuera, esperaban encontrarse de nuevo de pie y en marcha, y en cuya espera advertía muchas cosas, sin desconfiar, como esa ave ansiosa y cenicienta, irresoluta a la luz del umbral, cacareando y picoteando después detrás del hornillo, y agitando sus alas atrofiadas, a la que echarían a gritos y a escobazos, y que regresaría, con miedo, con pasos indecisos, deteniéndose a menudo, escuchando, abriendo y cerrando sus ojillos negros y brillantes. Y Sapo se iba, sin sospechar nada, creyendo haber asistido a una escena cualquiera, sin importancia. Se agachaba para franquear la puerta y ante él veía el pozo, con el torno, la cadena y el cubo, y a veces también la colada de la ropa blanca, andrajosa, balanceándose y secándose al sol. Se iba por el camino por donde había llegado, es decir, por la orilla de la pradera, a la sombra de los grandes árboles que bordeaban el riachuelo, cuyo lecho era un infierno de raíces nudosas, piedras y barro endurecido. Y así se alejaba casi siempre inadvertido, a pesar de su andar extraño, sus paradas y extravagancias. Los Louis le veían de lejos o de cerca, o unos de lejos y otros de cerca, surgir por detrás de la ropa tendida y meterse en el sendero, sin tratar de retenerle ni de gritarle adiós, y sin ofenderse por la partida poco amistosa en apariencia, pues sabían que no había en ello mala intención. O, si por unos momentos se habían quedado un tanto molestos, tal sentimiento desaparecía en el acto, a la vista del sobre estrujado sobre la mesa de la cocina y que contenía algunos artículos de mercería. Y esos humildes regalos tan útiles y el modo tan delicado de entregarlos, los desarmaba a todos por igual ante el tazón de leche de cabra medio vacío o dejado intacto, y les impedía tomarlo como una afrenta, según manda la tradición. Pero, pensándolo bien, la partida de Sapo rara vez se les escapaba. Porque el menor movimiento cercano a sus tierras, aunque sólo se tratara de un pájaro al posarse o al levantar el vuelo, les hacía alzar la cabeza y abrir bien los ojos. Incluso en el sendero, algunos de cuyos tramos se divisaban a más de una milla, nada podía suceder sin que se enterasen, y no sólo eran capaces de reconocer a las personas que pasaban por allí y a quienes la distancia reducía al tamaño de una cabeza de alfiler, sino también de adivinar de dónde venían, adónde se dirigían y con qué fin. Entonces lanzaban la noticia a gritos, pues casi siempre trabajaban lejos unos de otros, o se hacían señas, enderezados y vueltos hacía el acontecimiento, puesto que lo era, antes de encorvarse de nuevo hacia la tierra alimenticia. Y al primer descanso que les reunía, alrededor de la mesa o en otra parte, cada cual exponía su modo de entender el acontecimiento y escuchaba la opinión de los demás. Y si en un principio no estaban de acuerdo acerca de lo que habían visto y su significado, discutían entre sí hasta que lo estaban, quiero decir de

acuerdo, o renunciaban a ello para siempre. Era, pues, difícil para Sapo deslizarse sin ser visto, incluso entre las sombras de los árboles que bordeaban el riachuelo, suponiendo que hubiera sido capaz de deslizarse, pues más bien parecía chapotear en un charco. Y todos levantaban la cabeza y lo miraban hacer; después, se miraban unos a otros, antes de encorvarse de nuevo hacia la tierra. Y en cada rostro inclinado hacia la tierra vagaba quizá una sonrisita que no llegaba a realizarse, más bien una mueca, pero sin malicia, y cada uno quizá se preguntaba si los demás sentían lo mismo y se prometía informarse, en la próxima reunión. Pero el de Sapo, que se alejaba tropezando, ya a la sombra de los árboles seculares cuya especie desconocía, ya a la luz de la alta pradera (tan inseguro era su paso), el de Sapo era un rostro tan grave como el de siempre, o, mejor, inexpresivo. Y cuando se detenía no lo hacía para pensar mejor, o para mejor contemplar sus sueños, sino simplemente porque la voz que dictaba su avance había callado. Entonces fijaba sus ojos pálidos en la tierra sin ver la belleza, ni la utilidad, ni las florecillas silvestres de mil sutiles tonalidades esparcidas por entre cultivos y hierbas. Pero sus paradas eran breves, pues aún era joven. Y de nuevo vagabundeaba por los campos, paseando de la sombra a la luz, de la luz a la sombra, con indiferencia.

Cuando me interrumpo, como hace un momento, los ruidos se dejan oír de nuevo con una fuerza extraña. Es su hora. De modo que creo recuperar el oído de mi juventud. Por aquel entonces, en mi cama, en la oscuridad, en noches de tormenta, sabía distinguir, entre el aullido del exterior, el rumor de las hojas, el de las ramas, el de los troncos gemebundos, incluso el de la hierba y el de la casa que me guarecía. Cada árbol tenía su peculiar modo de gritar, y su murmullo característico durante el buen tiempo. A lo lejos oía el portal de hierro arrastrarse sobre sus pilares y entrechocar sus hojas abiertas, por donde se deslizaba el viento. E incluso la arena de la alameda tenía voz propia. La noche sin aliento para mí era otra tormenta, hecha de innumerables jadeos que me divertía descubrir. Sí, me divertí mucho, con su digamos calma, en mi juventud. Mi ruido preferido no era nada noble. Era el aullido de los perros, por la noche, en los villorrios pegados a los flancos de la montaña, donde vivían los picapedreros desde hacia varias generaciones. Me llegaba, hasta mi casa en la llanura, salvaje y aflautado, apenas perceptible, amortiguado. Los perros del valle respondían: su gruesa voz llena de colmillos, mandíbulas y baba. De la montaña me llegaba además otra alegría: la de las luces difuminadas que nacían al caer la noche, uniéndose en manchas apenas más diáfanas que el cielo, menos diáfanas que las estrellas y que la Luna apagaba, que se apagaban por sí mismas apenas encendidas. Eran cosas que apenas eran, en el límite del silencio y de la noche, y que desaparecían pronto. Así razono ahora, a mi gusto. De pie ante mi alta ventana me abandonaba a ellas, esperando que murieran, que mi alegría muriera, allá lejos ante mí, en mí, entregado a la alegría

de mi alegría muerta. Pero ahora, más que de estas miserias, se trata de mis orejas, de las que surgen los impetuosos mechones de pelos probablemente amarillos, amarilleados por la cera y la falta de cuidado, y tan largos que me cubren los lóbulos. Compruebo, sin emoción, que desde hace algún tiempo parecen oír mejor. ¡Oh, nunca estuve ni parcialmente sordo! Pero oigo confusamente desde hace mucho tiempo. Vuelta con lo mismo. Lo que quiero decir quizá sea esto: que poco a poco los ruidos del mundo, tan distintos entre si, y que tan bien sabía distinguir unos de otros, a fuerza quizá de ser siempre los mismos se han unido en uno solo, para convertirse en un solo zumbido continuo. El volumen sonoro percibido continuó siendo el mismo, no hay duda; sólo perdí la facultad de descomponerlo. Los ruidos de la Naturaleza, los de los hombres e incluso los míos, se mezclaban en un único y desenfrenado galimatías. Basta. Atribuiría con gusto parte de mis... de mis desdichas a ese desorden auditivo si por desgracia no estuviera dispuesto a ver en él más bien una ventaja. Desdichas, ventajas, no tengo tiempo para elegir mis palabras; tengo prisa, prisa por terminar. Y, sin embargo, no, no tengo prisa. Decididamente esta noche no diré nada que no sea falso, quiero decir que no me deje perplejo en cuanto a mis verdaderas intenciones. Porque la tarde, incluso la noche, es una de las más negras que puedo recordar. Tengo poca memoria. Mi dedo meñique, posado sobre la hoja, se adelanta a mi lápiz, le anuncia cayendo el final de la línea. Pero en el otro sentido, de arriba abajo, voy mal. No quería escribir, pero acabé por resignarme. Con el fin de saber dónde estoy, dónde está. Al principio no escribía, sólo hablaba; después, olvidaba lo que había dicho. Un mínimo de memoria es indispensable para vivir de verdad. Su familia, por ejemplo, verdaderamente yo ya no sé, por así decirlo, nada sobre ella. Pero estoy tranquilo: está anotado en alguna parte. Es el único medio de controlarlo. Pero en lo que a mí se refiere, no siento la misma necesidad. Ignoro también mi propia historia, la olvido, pero no necesito conocerla. Y, sin embargo, escribo sobre mí, con el mismo lápiz, en el mismo cuaderno, que sobre él. Ya no soy yo, debí decirlo antes, sino otro cuya vida apenas ha empezado. Es justo que también él tenga su pequeña historia, sus recuerdos, su razón, y que pueda hallar lo bueno en lo malo, lo malo en lo peor, y así envejecer dulcemente a lo largo de días siempre iguales, y morir un día como otro cualquiera, sólo que más corto. Es mi excusa. Pero debe de haber otras, no menos brillantes. Sí, la oscuridad es completa. No veo nada. Incluso el cristal, apenas lo veo, y la pared que forma con él un contraste tan sorprendente, allí donde le cede el lugar, hasta el extremo de parecer al borde de un precipicio. Pero oigo el ruido de mi dedo meñique que se desliza sobre el papel y el otro tan distinto del lápiz que le sigue. Esto es lo que me asombra y me obliga a reconocer que algo ha cambiado. De ahí el niño que yo hubiera podido ser, ¿por qué no? Y oigo también, aquí está por fin, un coro, pero demasiado lejano para que sus notas puedan llegar hasta mí. Conozco este canto, no sé de dónde, y cuando disminuye, y cuando se

desvanece, permanece en mí, pero más lento, o más rápido. Pues aunque el viento me lo devuelva de nuevo, lo hace con adelanto, o con retraso, respecto a mi propio canto. Es un coro mixto, si no me equivoco. Quizá con niños también. Tengo la absurda sensación de que lo dirige una mujer. Hace mucho tiempo que canta el mismo canto. Debe de ensayar. Ya está: ha lanzado por última vez el grito triunfal que señala el fin. ¿Será la semana de Pascuas? Contento como unas pascuas. En caso afirmativo, el canto que acabo de oír, y que a decir verdad aún no se ha acallado por completo en mi interior, ¿no será simplemente en honor de aquel que resucitó el primero de entre los muertos, aquel que me salvó, veinte siglos atrás? ¿El primero? El grito final lo hace suponer.

Creo que aún he dormido. En vano busco a tientas, no encuentro mi cuaderno. Pero sigo teniendo el lápiz en la mano. Tendré que esperar hasta el amanecer. Dios sabe qué haré entre tanto.

Acabo de escribir: “Creo que aún he dormido, etc.”, confío en no desfigurar demasiado mi pensamiento. Ahora añado estas líneas, antes de abandonarme de nuevo. No me abandono con el mismo ahínco de hace ocho días, por ejemplo. Debe de hacer más de ocho días que esto dura, más de ocho días que dije: “Pronto, a pesar de todo, estaré por fin completamente muerto.” Pero cuidado. No es lo que dije, pondría la mano en el fuego. Es lo que escribí. Las dos últimas frases, tengo la impresión de haberlas escrito ya en alguna parte, o dicho, palabra por palabra. Sí: “Pronto, a pesar de todo, etc.”, he aquí lo que escribí al comprender que no sabía ya lo que había dicho al principio de mi discurso, y después, y que, por consiguiente, mi proyecto de vivir, y hacer vivir, al fin, de jugar al fin y de morir vivo, tomaba el camino de mis otros proyectos. Creo que la aurora se hace esperar menos de lo que me temía. Lo creo sinceramente. Pero no temía nada, ya no temo nada. Verdaderamente, se inicia la buena estación. De cara al cristal la he visto temblar, palidecer ante la lívida aurora. No se trata de un cristal cualquiera, me trae el alba y el crepúsculo. El cuaderno ha caído al suelo. He tardado en encontrarlo. Estaba debajo de la cama. ¿Cómo es posible que sucedan semejantes cosas? He tardado en recuperarlo. He tenido que arponearlo. No lo he atravesado del todo, pero está en mal estado. Es un cuaderno grueso. Debe bastarme. De ahora en adelante escribiré en las dos caras de cada hoja. ¿De dónde ha salido? No lo sé. Lo encontré, así, entre mis pertenencias, el día que lo necesité. A sabiendas de que no poseía un cuaderno, revolví entre mis cosas con la esperanza de encontrar uno. No me decepcioné, no me sorprendí. Si mañana necesitara una antigua carta de amor, haría lo mismo. Es de papel cuadriculado. Las primeras páginas están llenas de cifras, signos y figuras, con alguna frase de vez en cuando. Debe de tratarse de cálculos. Se interrumpen bruscamente, diría que prematuramente. Como desanimados. Quizá sean de astronomía, o de astrología. No me he fijado bien. He trazado una raya, no, no he trazado una raya, he

escrito: “Pronto estaré por fin completamente muerto”, sin pasar siquiera a la página siguiente, que aparecía intacta. Tengo una disculpa para no volver sobre este cuaderno, cuando haga el inventario. Sólo tendré que decir: “Ítem, un cuaderno”, indicando quizá el color. Pero hasta entonces puedo perderlo, por las buenas. El lápiz, por el contrario, es un viejo conocido. Debía de llevarlo encima cuando me trajeron aquí. Tiene cinco caras. Es muy corto y tiene punta en ambos extremos. Es un Venus. Confío en que cumplirá su trabajo. Decía que no me abandono con el mismo ahínco. Esto debe de pertenecer al orden de las cosas, todo cuanto me sucede debe de inscribirse en él, e incluso mi impotencia para comprender de qué orden se trata. Pues jamás he visto ninguno, ni en mí ni fuera de mí. Me he fiado de las apariencias, aun considerándolas vanas. No entraré en detalles. Resoplar, deslizarse, reponerse, resoplar, suponer, negar, afirmar, negar. Bien. Me abandono, no tan voluntariamente como antes. Así sea. He esperado el amanecer. ¿Haciendo qué? No sé. Lo que debía hacer. He espiado a través del cristal. Me he olvidado de mis dolores, de mi impotencia. ¡Y por fin me ha parecido, por un instante, que iba a recibir una visita!

Las vacaciones llegaban a su fin. El momento decisivo se acercaba, en que se verían justificadas, o defraudadas, las esperanzas puestas en Sapo. “Está preparado”, decía el señor Saposcat. Y su mujer, cuya piedad se avivaba en los periodos de crisis, rezaba por el éxito. De rodillas, por la noche, en camisón, eyaculaba, casi en silencio, porque su marido la hubiera reprobado: “¡Qué apruebe! ¡Que apruebe! ¡Aunque no saque nota!”

Superada esta primera gran prueba habría otras, todos los años, varias veces al año, durante cinco o seis años. Pero los Saposcat creían que no serían tan duras como la primera, la que les concedería, o les negaría, el derecho a decir: “Hace medicina” o “Hace derecho”. Porque consideraban poco probable que un muchacho más o menos normal, si no inteligente, una vez admitido para iniciarse en tales profesiones, no llegara tarde o temprano a ser juzgado capaz de ejercerlas. Pues habían tenido tratos con médicos y abogados, como casi todo el mundo.

Un día, el señor Saposcat adquirió una estilográfica, a precio de saldo. Una Blackbird. “Se la daré la mañana del examen”, dijo. Levantó la tapa de cartón y mostró la estilográfica a su mujer. “Déjala en la caja”, dijo, como si ella quisiera arrebatársela de las manos. Descansaba sobre el prospecto cuyos bordes, enroscados, se juntaban casi en lo alto. El señor Saposcat los separó y aproximó la caja a los ojos de su esposa. Pero ella, en lugar de mirar la estilográfica, miró a su marido. El dijo el precio. “Quizá sería mejor —dijo ella—que se la dieras el día antes para que se acostumbre.” “Tienes razón —dijo él—, no lo había pensado.” —“O incluso dos días antes —dijo ella—, para que tengas tiempo de cambiarla en caso de que la pluma no le guste.” Un mirlo, cuyo enorme pico amarillo indicaba que estaba a punto de cantar, adornaba la tapa. El señor Saposcat la cerró con manos

expertas, envolvió la caja en un papel e hizo pasar por encima una delgada gomita. No estaba satisfecho. “Es una pluma bastante buena —dijo él—; seguramente le gustará”

La conversación se reanudó al día siguiente. El señor Saposcat dijo: “Podría prestársela solamente, diciéndole que si aprueba será suya.” “Entonces hay que decírselo en seguida —dijo la señora Saposcat—; de lo contrario no servirá de nada” A lo cual el señor Saposcat hizo, tras un silencio, una primera objeción, y en seguida, después de un segundo silencio, una segunda objeción. En primer lugar objetó que su hijo, si recibía la estilográfica en seguida, tendría tiempo de estropearla o de perderla, antes del examen. A continuación objetó que su hijo, si recibía la estilográfica en seguida, y suponiendo que no la estropeara ni la perdiera, tendría tiempo para acostumbrarse tanto a ella, de conocer tan a fondo sus defectos, comparándola con las estilográficas de compañeros más afortunados que él, que el poseerla le daría igual. “No sabía que era una baratija”, dijo la señora Saposcat. El señor Saposcat posó su mano sobre el mantel y la miró durante unos momentos. Después dobló la servilleta, se levantó y abandonó la estancia. “¡Pero termina de comer!”, gritó su mujer. Sólo ella escuchó el ruido de sus pasos por el pasillo, alejándose, acercándose, alejándose, acercándose.

Un día, Sapo llegó a casa de los Louis más tarde que de costumbre. Pero ¿sabemos a qué hora acostumbraba a llegar? Las sombras se alargaban, perdiendo rápidamente su realce. Sapo se llevó la sorpresa de ver a lo lejos, entre los rastrojos, la enorme cabeza roja y blanca del padre Louis. Su cuerpo estaba dentro del gran foso que cavaba para su mulo, muerto durante la noche. Edmond salió de la casa secándose la boca, y fue a reunirse con su padre. Éste salió entonces del foso y el hijo se metió en él. Al llegar junto a ellos, Sapo vio el cadáver, negro del mulo. Entonces entendió. El mulo yacía sobre el flanco, lo que era normal. Las patas delanteras estaban derechas y rígidas; las traseras, replegadas sobre el vientre. La boca entreabierta, los labios respingados, los grandes dientes, los ojos desorbitados, hacían que presentara una cabeza de muerto poco trivial. Edmond pasó a su padre la piqueta, la azada y la pala, y salió del foso. Cogiendo uno las patas de adelante, y el otro las de atrás, arrastraron al mulo hasta el foso y lo dejaron caer, de espaldas. Las patas de adelante apuntaban al cielo, sobresaliendo ligeramente por el borde del foso. El padre Louis las dobló a golpes de azada. Le dio la azada a su hijo y se dirigió hacia la casa. Edmond empezó a cubrir el foso. Sapo observaba su acción. Una gran paz le llenó. Gran paz, es mucho decir. Se sentía mejor. El fin de una vida, vigoriza. Edmond se detuvo, se apoyó sobre la azada y, resoplando, sonrió. Entre sus incisivos aparecían agujeros rosados. Louis el Gordo estaba sentado junto a la ventana, desde donde podía vigilar a su hijo. Fumaba un cigarrillo, con boquilla, y bebía aguardiente. Sapo se sentó frente a él, posó una mano encima de la mesa y en ella la frente, creyéndose solo. Entre la mano y la frente deslizó la otra mano y quedó

inmóvil. Louis empezó a hablar. Parecía de buen humor. El mulo, según él, había muerto de viejo. El día que lo compró, hacia ya dos años, lo conducían precisamente al matadero. Había amortizado, pues, su dinero. Al comprarlo le predijeron que el mulo caería tieso a la primera labranza. Pero Louis el Gordo entendía de mulos. En el mulo lo que cuenta es el ojo, lo demás apenas importa. Así que lo había mirado fijamente a los ojos, en la puerta del matadero, y pensó que aún podía servir. Y el mulo le devolvió la mirada, en el corral del matadero. A medida que Louis avanzaba en su narración, el matadero iba adquiriendo cada vez más importancia. Así que el lugar de transacción se desplazaba progresivamente del camino del matadero a las puertas del matadero y de estas pasaba al corral. Un poco más y habría disputado el mulo al desollador. “Pareció suplicarme que me quedara con él —dijo Louis—. Tenía llagas por todo el cuerpo; pero cuando se trata de un mulo no hay que dejarse impresionar por las llagas de la vejez. Es el ojo lo que importa.” Le dijeron; “Ha hecho ya diez millas, se despanzurrará antes de llegar a tu casa.” “Calculé que tiraría unos seis meses —dijo Louis—; ha tirado dos años.” Mientras hablaba no dejaba de vigilar a su hijo. Permanecían allí, uno frente a otro, en la oscuridad, uno hablando, el otro escuchando, y lejos, uno de lo que decía, el otro de lo que escuchaba, lejanos uno del otro. El montón de tierra iba disminuyendo. A la débil luz rasante la tierra adquiría reflejos extraños, se encendía de vez en cuando, como iluminada desde el interior, en la sombra cada vez más densa. Edmond se detenía con frecuencia, se apoyaba en la pala y miraba a su alrededor. “El matadero —dijo Louis— ; allí compro mis animales.” Añadió: “Mira a ese gandul.” Salió y reemprendió el trabajo, junto a su hijo. Trabajaron juntos durante un buen rato, sin ocuparse uno del otro; luego, el hijo soltó su pala, dio media vuelta y se alejó lentamente, con movimientos rítmicos y acompasados, pasando sin conmoción alguna del esfuerzo al descanso, como única salida posible. El mulo ya había desaparecido. La superficie, por la que había trotado durante toda su vida, ya no le vería penando delante del arado, delante del carro. Y Louis el Gordo pronto podría labrar aquel mismo terreno con otro mulo, o con un caballo viejo, o con un buey viejo, que compraría en el matadero, que se llama también el desolladero, sin que la reja del arado machaque las carnes fétidas y sin que despunten los huesos que aquellas habían cubierto. Porque no ignoraba la tendencia de los enterrados a regresar de nuevo, contra toda espera, a la luz. Se parecen a los ahogados. Y al cavar la fosa tuvo en cuenta que no tuviera menos de seis pies de profundidad. Edmond y su madre se cruzaron en silencio. Esta regresaba de la casa de una vecina, donde había ido a que le prestaran una libra de lentejas para la cena. Pensaba en la hermosa romana que había utilizado para pesarlas, preguntándose si estaría bien regulada. También pasó rápidamente delante de su marido, sin concederle siquiera una mirada, y nada indicaba, en la actitud de él, que la hubiese visto. Ella encendió la lámpara sobre la repisa de la chimenea, junto al despertador,

flanqueado a su vez por un crucifijo colgado de un clavo. Los tres objetos se apretujaban unos contra otros, en medio del estante vacío a ambos lados. El despertador, como era el más bajo de los tres, debía permanecer en medio y a la inversión de la lámpara y del crucifijo se oponía el clavo que mantenía en pie a este último. Ella permanecía con la frente y las manos apoyadas en la pared, esperando el momento de subir la mecha. Por fin la subió y colocó de nuevo el globo amarillo desfigurado por una larga rotura. Al ver a Sapo creyó por un momento ver a su hija. Después su pensamiento voló hacia la ausente. Puso la lámpara sobre la mesa y el exterior se obliteró. Se sentó, vertió las lentejas sobre la mesa y se puso a limpiarlas. De manera que pronto formó dos montoncitos sobre la mesa: uno grande, que iba disminuyendo, y otro pequeño, que iba creciendo. Pero de repente de un manotazo los mezcló, destrozando así, en menos de un segundo, el trabajo de dos o tres minutos. Luego fue a buscar una cazuela. “No morirán si las comen”, dijo, y con la mano empujó las lentejas hacia el borde de la mesa y de allí a la cazuela, como si lo más importante fuera no morir. Pero lo hizo con tan poca habilidad y tanta precipitación, que gran parte de las lentejas, deslizándose por el borde de la cazuela, cayeron al suelo. Después cogió la lámpara y salió, a buscar leña quizá, o un poco de manteca. La oscuridad volvió a hacerse en la cocina, la del exterior se disipó lentamente, y Sapo, los ojos contra el cristal, acabó por distinguir cierta cantidad de objetos pisoteados por la masa sombría del gordo Louis. Que uno se detenga en el mejor momento de un trabajo fastidioso y de dudosa utilidad, Sapo lo comprendía muy bien. Porque muchos trabajos son de esta categoría, digan lo que digan, y sólo se acaban renunciando a ellos. La señora Louis; habría seguido limpiando las lentejas hasta el alba, aunque su objetivo, conseguir dejarlas sin impurezas, no hubiese sido alcanzado. Pero se hubiera parado al final, diciéndose: “He hecho lo que he podido” Y no habría hecho lo que hubiera podido. Pero llega el momento en que uno abandona, por prudencia, sin desmoralizarse hasta el punto de deshacerlo todo. Pero, ¿y si su objetivo, al limpiar las lentejas, no hubiera sido quitarlas todo lo que no fuese lenteja, sino sólo las impurezas más evidentes? Entonces, ¿qué? No lo sé. Puesto que hay otros trabajos, otros días, de los que podemos decir, sin equivocarnos mucho: “Se acabó” Aunque no sé cuáles. Regresó, sosteniendo la lámpara en el aire y un poco apartada, para que no la cegase. Con la otra mano sostenía un conejo blanco, por las patas traseras. Porque si el mulo había sido negro, el conejo había sido blanco. Ya estaba muerto, ya no era. Hay conejos que mueren antes de que los maten, de puro miedo. Tienen tiempo suficiente, mientras se les saca de la conejera, a menudo por las orejas, y mientras se dispone cómodamente la parte a golpear, ya sea la nuca o el cuello. A menudo se golpea un cadáver, sin saberlo. Pues acabamos de ver al conejo vivo, detrás de la alambrada, entre el heno. Y uno se felicita por haberlo conseguido al primer golpe, pues no le gusta ver sufrir inútilmente, porque en realidad uno se apena por nada. Esto

sucede sobre todo por la noche, por la noche el miedo es mayor. Las gallinas, por el contrario, tienen la vida más obstinada, e incluso vemos que, una vez decapitadas, todavía pegan algunos brincos antes de derrumbarse. Los palomos son también menos nerviosos y oponen a veces cierta resistencia antes de sucumbir a la asfixia. La señora Louis jadeaba. "¡Bestia asquerosa!", gritó. Pero Sapo ya se hallaba lejos y dejaba deslizar su mano por entre las altas hierbas ondulantes de la pradera. Poco después, Louis, y luego su hijo, atraídos por el olor, entraron en la cocina. Sentados ante la mesa, uno delante del otro, sin mirarse, esperaban. Pero la mujer, la madre, fue hasta la puerta y llamó a su hija. "¡Líse!", gritó, con todas sus fuerzas, varias veces. Luego volvió a su hornillo. Acababa de ver la Luna. Tras un silencio, Louis manifestó: "Mataré a Grisette mañana." Lo dijo con otras palabras, naturalmente, pero el sentido es este. Pero ni su mujer ni su hijo pudieron aprobarle, la primera porque hubiera preferido la muerte de Noiraud, el segundo porque consideraba que matar tan pronto a los cabritos, fuese uno u otro, pues esto le era indiferente, sería actuar prematuramente. Louis el Gordo les mandó callar y fue a buscar en un rincón la caja que contenía sus cuchillos. Eran tres y se trataba solamente de desengrasarlos y frotarlos un poco unos contra otros. La señora Louis volvió a la puerta, escuchó, llamó. A lo lejos el rebaño le contestó. "Ya llega", dijo. Pero no llegó hasta mucho más tarde. Acabada la comida, Edmond había ido a acostarse para poder masturbarse tranquilamente antes de la llegada de su hermana, que compartía su habitación. No porque se contuviera cuando su hermana estaba allí. Ella tampoco se contenía, cuando su hermano estaba allí. Tenían poco espacio, y ciertas delicadezas no eran posibles. Por consiguiente, Edmond se había retirado, sin un motivo especial. De buena gana se habría acostado con su hermana, y el padre también; quiero decir que el padre de buena gana se habría acostado con su hija, pues estaba lejos la época en que de buena gana se habría acostado con su hermana. Pero algo les detenía. Por lo demás, a ella no parecía apetecerle. Pero todavía era joven. El incesto, pues, flotaba en el ambiente. La señora Louis, la única de la familia que ya no deseaba acostarse con nadie, lo veía llegar, con indiferencia. Salió. Al quedarse solo con su hija, Louis el Gordo la observó. Estaba sentada delante del hornillo, con un aspecto abrumado. Le dijo que comiera y ella se puso a comer lo que quedaba del conejo, directamente de la cazuela, con una cuchara. Pero es difícil mirar sostenidamente a un semejante, incluso queriéndolo, y Louis el Gordo vio de pronto a su hija en otro sitio y ocupada en algo distinto que en llevar la cuchara de la cazuela a la boca y de la boca a la cazuela. Y, sin embargo, habría jurado que no le había quitado los ojos de encima. Dijo: "Mañana mataremos a Grisette, y la sujetarás si quieres" Pero al ver que seguía tan triste, que sus mejillas estaban humedecidas por las lágrimas, se dirigió hacia ella.

¡Qué aburrimiento! ¿Y si pasara a la piedra? No, sería igual. Los

Louis, los Louis, se trata de los Louis, No, no especialmente. Pero, entre tanto, lo otro se pierde. Dónde están mis proyectos, tenía proyectos, ahora. Quizá tenga para diez años. A pesar de todo, continuaré un poco más, pensando en otra cosa; no puedo pararme aquí. Me oiré de lejos, el espíritu lejos, hablar de los Louis, hablar de mí, el espíritu lejos de aquí, entre sus ruinas.

Entonces, sólo la señora Louis permaneció en la cocina. Se sentó junto a la ventana y bajó la mecha de la lámpara, como siempre hacía antes de apagarla, pues no le gustaba apagar una lámpara aún caliente. Cuando el cristal y el globo le parecieron suficientemente enfriados se levantó y sopló dentro. Permaneció un instante dudosa, con las manos apoyadas sobre la mesa, antes de sentarse de nuevo. Acabados los trabajos de la jornada, el día despertaba en ella otros afanes: los de la vida estúpidamente tenaz y sus asiduos dolores. Sentada yendo y viniendo, los resistía mejor que tendida. Desde el fondo de esa fatiga sin fin no cesaba de clamar, al día por la noche, a la noche de día, y día y noche, con horror, esa luz que le habían dicho siempre que ella no podría concebir, puesto que no era propiamente una luz. La luz que ella concebía bien, puesto que estaba acostumbrada a ella, la esperaba a menudo en la cocina, sobre todo en verano, casi sin dormir, tiesa en una silla o caída sobre la mesa, descansando mal, pero mejor que en la cama. A veces se levantaba, andaba por la habitación o, saliendo, daba una vuelta alrededor de la vieja casucha. Hacía sólo cinco o seis años que estaba allí. “Tengo una enfermedad de mujer”, se decía sin atreverse a creerlo del todo. En la cocina, impregnada de penas diurnas, la noche le parecía menos noche, el día menos muerto. Le gustaba, en los momentos difíciles, cuando necesitaba coraje, apretar con sus dedos la vieja mesa alrededor de la cual vería tan pronto sentados a los suyos, esperando que ella les sirviese, y sentir a su alrededor, dispuestos a ser usados, los útiles y utensilios de todos los días. Fue hasta la puerta, la abrió y miró hacia el exterior. La Luna había desaparecido, pero las estrellas brillaban con un vivo resplandor. Las miró un buen rato. Era un espectáculo que más de una vez la había consolado. Fue hasta el pozo y agarró la cadena. El cubo estaba en el fondo del pozo y el torno estaba trabado. Era así. Sus dedos se pasearon a lo largo de los eslabones ondulantes. Preguntas informes, vinculadas unas a otras, se hundían desmayadamente en su espíritu. Algunas parecían referirse a su hija, la segundona de sus inquietudes. Ésta, no pudiendo dormir, permanecía desde hacia algún tiempo al acecho. Sabiendo que su madre velaba, estuvo a punto de levantarse y reunirse con ella. Pero hasta al día siguiente o al cabo de dos días no se decidió a decirle lo que Sapo le había dicho, es decir, que se iba para siempre. Entonces, como suele hacerse incluso con los muertos más insignificantes, reunieron los recuerdos que él hubiera podido dejarles, ayudándose unos a otros y esforzándose por ponerse de acuerdo. Pero conocemos esta llamita, esos temblores en la sombra turbada. Y el

Librodot

acuerdo sólo llega más tarde, con el olvido.

Mortal aburrimiento. Un día pedí consejo a un israelita acerca de la cognación. Debió de ocurrir durante la época en que yo buscaba aún a alguien que me fuera fiel y a quien yo lo fuera. Entonces abría mucho los ojos para permitir a los candidatos admirar la profundidad de mi mirada y los reflejos que hacia nacer en ella todo cuanto no se decía. Nuestros rostros estaban tan próximos uno del otro, que sentí en el mío vaharadas de aire cálido y saliva, y él también sin duda en el suyo. Lo veo de nuevo, tranquilo por fin, secándose los ojos y la boca, y yo, los ojos bajos, entristecerme ante el charco que el orín, al atravesar mi pantalón de parte a parte, había formado a mis pies. Ahora que ya no le necesito, diré su nombre: Jackson. Habría deseado que él tuviera un gato, o un perro joven, o un perro viejo aún mejor. Pero en cuanto a compañeros mudos, sólo disponía de un loro gris y rojo, al que enseñaba a decir: "Nihil in intellectu", etcétera. Las tres primeras palabras el pájaro las pronunciaba bien, pero no pasaba de la famosa restricción; sólo se oía: "¡Couah, couah, couah, couah!" Y cuando Jackson, irritándose, se encarnizaba en corregirle, Polly se enfadaba y se retiraba a un rincón de su jaula. Era una jaula muy bonita, bien arreglada, con trapecios, perchas, comederos, bebederos, rampas y huesos de jibia en cantidad. Había demasiadas cosas; yo me hubiera encontrado estrecho en ella. Jackson me llamaba el carnero, no sé por qué, quizá por el dicho francés. Yo tenía la impresión de que la idea del rebaño errante le encajaba más a él que a mí. Pero, en el fondo, jamás tuve otra idea que la del viento, ese viento que apenas me había sido proporcionado. Mis relaciones con Jackson duraron poco. Lo habría soportado como amigo, pero desgraciadamente yo le repugnaba, así como a Johnson, Wilson, Nicholson y Watson, todos unos cerdos. Intenté a continuación, durante cierto tiempo, descubrir un alma hermana entre las razas inferiores, rojas, amarillas, chocolate, etc. Y si los apestados hubieran sido de más fácil acceso me hubiera introducido entre ellos, poniendo los ojos en blanco, reprimiendo mis gestos, esbozando rictus, el corazón palpitante. Con los locos también fracasé, por muy poco. Las cosas debieron ocurrir así, pero mejor veamos cómo suceden ahora. De joven, yo miraba a los viejos con asombro y horror. Lo que me encorajina ahora son los bebés que aúllan. La casa está llena de bebés. Suave mare mágnum, sobre todo para quien desembarca. ¡Qué aburrimiento! ¡Yo que creía haberlo combinado todo tan bien! Si pudiera usar de mi cuerpo, me arrojaría por la ventana. Pero quizá porque estoy impotente me permito aún tal pensamiento. Todo permanece, todo te hace permanecer. Desgraciadamente ignoro en qué piso estoy, quizá sólo esté en el entresuelo. Las puertas que crujen, los pasos por la escalera, los ruidos callejeros, nada me han dicho al respecto. Sólo sé que hay seres vivos por encima de mí y por debajo de mí. No estoy, pues, en el subsuelo. Por otra parte, algunas veces veo el cielo, y, a través de mi ventana, otras ventanas que aparentemente se

encaran con la mía. Pero esto no demuestra nada. No quiero demostrar nada. Eso se dice. Quizá después de todo me halle en una especie de cueva y el espacio que tomo por una calle sólo sea una larga zanja a la que dan otras cuevas. Pero, ¿y esos ruidos que suben, que suben hacia mi? Quizá haya otras cuevas aún más profundas que la mía. Por qué no. En tal caso, el problema de saber en qué piso estoy se plantea de nuevo, no gano nada suponiéndome en el subsuelo si hay varios, unos encima de otros. Pero los ruidos, los pasos, que creo oír subir hacia mí, ¿lo hacen realmente? Nada, en verdad, permite afirmarlo. De ahí a deducir que son puras y simples alucinaciones hay un paso que, sin embargo, vacilo en dar. Y creo, de verdad, que en esta casa hay gente que va y viene, hablándose incluso, así como muchos hermosos bebés, sobre todo desde hace algún tiempo, a los que sus padres trasladan con frecuencia de lugar para que no se habitúen a la inmovilidad, previendo el día en que tendrán que desplazarse sin ayuda. Pero, pensándolo bien, no sabría situarlos. Nada se parece tanto a un paso que sube como un paso que baja, o incluso que va y viene sin cambiar jamás de nivel, quiero decir para quien, como yo, no sólo ignora dónde se encuentra y en consecuencia, qué debe esperar exactamente, desde el punto de vista sonoro, sino que está medio sordo la mitad del tiempo. No se me escapa, desde luego, la posibilidad, por decepcionante que sea, de que esté ya muerto desde hace tiempo y de que todo continúe más o menos igual. Quizá expiré en el bosque, incluso antes. En tal caso, el trabajo que me tomo desde hace algún tiempo, con un fin acerca del cual no recuerdo gran cosa, salvo que lo debía al sentimiento de no tener para mucho tiempo, todo ese trabajo ha resultado completamente inútil. Pero el sentido común quiere que aún no haya dejado de jadear por completo. E invoca, apoyando este punto de vista, diversas consideraciones concernientes por ejemplo al pequeño montón de mis pertenencias, a mi método de nutrición y de eliminación, a la pareja de enfrente, a las transformaciones del cielo, etc. Pero todo ello quizá sólo sea en realidad mis gusanos. Tomemos por ejemplo la luz reinante en este reducto. Es extraña, es lo menos que puede decirse de ella, verdaderamente lo menos. Hay una especie de noche y de día a mi alrededor, es un hecho indudable; incluso oscurece por completo con frecuencia; pero no ocurre siempre del modo al que estaba me parece acostumbrado antes de encontrarme aquí. Ejemplo, nada vale lo que un ejemplo: una vez se hizo la oscuridad en mi habitación, y yo esperaba el alba con cierta impaciencia, la necesitaba para hacer ciertas cosas difíciles de realizar en la oscuridad. Y poco a poco, en efecto, la luz se hizo de nuevo y pude agarrar con mi bastón los objetos que necesitaba. Y he aquí que dicha claridad, en vez de ser la de la mañana, era la de la tarde. Y el Sol, lejos de elevarse cada vez más en el cielo como yo esperaba, empezó a ponerse, y la noche, a la que creía haber despedido a mi modo, cayó de nuevo implacable. Pero lo contrario en cierto modo, quiero decir el día terminado en el crepúsculo del alba, debo confesar que jamás lo he conocido, y me apena, quiero decir, no poder decidirme

a afirmar que también lo he conocido. Y, sin embargo, a menudo he llamado a la noche con todas mis débiles fuerzas, por así decirlo, desde la mañana, así como muy a menudo he llamado a la mañana desde el atardecer. Pero antes de abandonar este tema y de pasar a otro, diré francamente que nunca hay luz a mi alrededor, nunca verdaderamente luz. La luz, el aire centelleante, está afuera, el granito de la pared de enfrente brilla con toda su mica, la luz está en mi cristal, pero no entra, de modo que aquí todo se baña, no diré en sombras, ni siquiera en penumbra, sino en una especie de luz plúmbea que no arroja sombra y que, por consiguiente, es difícil saber de dónde viene, pues parece venir de todas partes a la vez y con idéntica energía. Y estoy seguro de que, por ejemplo, debajo de mi cama en estos momentos hay la misma luz que en el techo, lo que no es mucho decir; pero hablo por hablar, por hablar. ¿Y qué significa, si no, el que aquí no haya ningún color, salvo en la medida en que esta especie de incandescencia grisácea pueda serlo...? Sí, podríamos hablar de gris sin duda, lo acepto, y entonces el juego o conflicto estallaría a mi alrededor entre el gris y el negro al que recubre más o menos, iba a decir según la hora; pero no siempre parece una cuestión de horario. Incluso yo soy gris, incluso a veces tengo la sensación de emitir gris, lo mismo que mis sábanas, por ejemplo. E incluso mi noche no es la del cielo. Evidentemente el negro es negro en todas partes. ¿Pero cómo es posible entonces que mi reducido espacio no se beneficie de los astros que a veces logro ver brillar a lo lejos y que esa Luna donde Caín pena bajo su fardo no me ilumine jamás el rostro? En una palabra: parece haber la luz del exterior, la de los hombres que saben que el sol sale a tal hora y que a tal hora se pone de nuevo por detrás del horizonte, y que cuentan con ello, y cuyas nubes son siempre previsibles, aunque siempre acaben por disiparse tarde o temprano, y la mía. Pero mi luz también tiene sus alteraciones, no quiero negarlo, sus ocasos y auroras; pero soy yo quien lo digo, pues también yo debí haber vivido, y eso es algo que no perdona. Y cuando observo el techo, las paredes, veo que no hay posibilidades de producir luz en mi habitación, artificialmente, como hace la gente de enfrente, por ejemplo. Sería necesario para ello que me dieran una lámpara, una antorcha, qué sé yo; pero no sé si este aire es de los que se prestan a la combustión. Memorándum, buscar una cerilla entre tus cosas, tus pertenencias, ver si arde. Los ruidos, gritos, pasos, murmullos, se interrumpen también durante jornadas enteras, jornadas de los otros. Entonces es el silencio, del cual, advertido, me contentaría con decir que nada tiene de, cómo decirlo, nada de negativo quizá. Y poco a poco mi reducido espacio zumba de nuevo. Diréis que en mi cabeza, y en efecto con frecuencia creo estar en una cabeza, que estas ocho, no, estas seis paredes son de hueso macizo, pero de ahí a decir que es mi propia cabeza, no, eso jamás. Una especie de aire circula en su interior, he debido decirlo, y cuando todo calla lo oigo lanzarse contra los tabiques que lo rechazan naturalmente. Y entonces en alguna parte del centro se atan y desatan otras olas, otros asaltos; de ahí sin duda el débil ruido de arenas

movedizas que es mi silencio. O es la tempestad que se levanta, como en la atmósfera terrestre, y oculta los gritos de los niños, de los moribundos y de los enamorados, de los que digo en mi ingenuidad que se detienen, cuando en realidad nunca se detienen. Es difícil pronunciarse. Y el cráneo, ¿es el vacío? Veamos. Y si cierro los ojos, los cierro de verdad, como no pueden hacerlo los demás, pero como yo sí puedo, pues mi impotencia tiene limites, entonces a veces mi cama se eleva y boga por los aires, al capricho de los remolinos, como una brizna, y yo dentro. No es una cuestión de párpados, por suerte; es como quien dice el alma que hay que cegar, esa alma que de nada sirve negar, aguda, acechante, inquieta, revolviéndose en su jaula como en un farol en la noche sin puertos, ni barcos, ni materia, ni entendimiento. ¡Ah, sí!, tengo mis pequeñas distracciones y deberían...

Qué desgracia, el lápiz ha debido de caérseme de las manos puesto que sólo tras cuarenta y ocho horas (ver en algún lugar más arriba) de esfuerzos intermitentes he logrado recuperarlo. Lo que le falta a mi bastón es una pequeña trompa prensil como la de los tapires nocturnos. En realidad debería perder mi lápiz más a menudo, no me haría ningún daño, creo que incluso me haría bien, me volvería más alegre, sería más alegre. Acabo de pasar dos días inolvidables de los que nunca sabremos nada, por ser el retroceso demasiado grande o quizá insuficiente, ya no lo sé; sólo sé que me han permitido resolverlo todo y terminarlo todo, quiero decir lo que se refiere a Malone (puesto que así me llamo ahora) y al otro, ya que el resto no es de mi incumbencia. Y era, por así decirlo, como dos derrumbamientos de arena fina o quizá de polvo o ceniza, de importancia ciertamente desigual, pero de alguna manera concertados, y que dejaran tras de mí, cada uno en su lugar y situación, esa querida cosa que es la ausencia. Durante ese tiempo intentaba intermitentemente volver a conseguir mi lápiz. Es un Venus pequeño, todavía verde sin duda, de cinco o seis caras, y afilado por ambos extremos, y tan corto que tiene el sitio exacto, en el centro, para mi pulgar y los dos dedos siguientes unidos en pinza. Utilizo sucesivamente ambas puntas, chupándolas a menudo, me gusta chupar. Y cuando se gastan las minas, les saco punta con mis uñas, que son largas, amarillas y afiladas y se quiebran fácilmente por falta de cal o quizá de fosfato. De esta manera mi lápiz se acorta poco a poco, no hay remedio, y llegará el día en que no quede más que un fragmento tan ínfimo que ya no podré sostenerlo. Por eso aprieto lo menos posible, pero la mina es dura y no dejaría marca si no apretara. Pero me digo: “Entre una mina dura sobre la que es necesario apretar para que marque, y una mina blanda y grasa que ennegrece la página casi sin tocarla, ¿cuál puede ser la diferencia desde el punto de vista de la duración?” ¡Ah, sí!, tengo pequeñas distracciones. Lo más curioso es que tengo otro lápiz, uno francés, un largo cilindro apenas comenzado, en algún sitio de la cama, creo. No hay nada que temer a ese respecto, por tanto. Y, sin embargo, estoy inquieto. Ahora mismo, al emprender la

caza del lápiz, he hecho un curioso descubrimiento: el suelo se vuelve blanco. Lo he golpeado con mi bastón varias veces y ha producido un sonido hueco y seco a la vez, falso, en una palabra. Alarmado por eso, he mirado con atención las otras grandes superficies, sobre mí y a mi alrededor. Durante este tiempo la arena no dejaba de correr y yo me decía: "Nunca lo conseguiré", refiriéndome al lápiz. Y he podido comprobar que todas esas grandes superficies, debería mejor decir infraficies, tanto la horizontal como las perpendiculares, aunque no parezcan muy perpendiculares desde aquí, han palidecido sensiblemente también, desde la última inspección que data de no sé cuándo, lo que es más extraño todavía si tenemos en cuenta que las cosas en general tienden más bien a ennegrecerse con el tiempo, creo, dejando aparte, por supuesto, los restos mortales y ciertas partes del cuerpo todavía vivo que pierden color y de las que la sangre se retira a la larga. ¿Quiere esto decir que hay más luz a mi alrededor, ahora que sé lo que ocurre? Pues bien, he de decir que no, es el mismo gris que antes, que por momentos literalmente reluce, luego se enturbia y se apaga, se espesa si se quiere, hasta el punto de ocultarlo todo a mi mirada excepto la ventana, que en cierto modo parece ser mi ombligo, y de la que me digo que el día en que también se eclipse sabré más o menos a qué atenerme. No, todo cuanto quiero decir es que desencajando los ojos veo relucir, en el confín de esas inquietas tinieblas, algo como osamentas, lo que no ocurría hasta ahora, que yo sepa, y hasta recuerdo claramente la tapicería o papel pintado adheridos aún a los muros en algunos lugares y en los que se retorcían rosas, violetas y otras flores en tal abundancia que me parecía no haber visto en toda mi vida ni tantas ni tan hermosas. Pero de todo eso nada parece sobrevivir ahora, y si en el techo no había flores había sin duda alguna otra cosa, Cupidos quizá, también desaparecidos. Y mientras perseguía mi lápiz, en un momento dado, mi cuaderno de colegial, a juzgar por ciertos indicios, cayó también al suelo, pero pronto me hice con él introduciendo el gancho de mi bastón por una de las desgarraduras de la cubierta y recogiéndolo con suavidad. Y durante todo este tiempo, tan fértil en incidentes y contratiempos, supongo que todo en mi cabeza se deslizaba y vertía como a través de compuertas, para mi regocijo, hasta que finalmente no quedó ya nada, ni de Malone ni del otro. Y es más, yo seguía muy bien las diversas fases de aquel parto y no me extrañaba en absoluto verlo tan pronto reducir como acelerar su marcha, tan claras veía las razones por las que las cosas no podían suceder de otro modo. Y también me divertía, independientemente del espectáculo, la idea de que sabía ahora lo que tenía que hacer, yo que toda mi vida he andado a tientas, y cuya inmovilidad era también una especie de ir a tientas, sí, muchas veces me he quedado parado a tientas. En lo que por supuesto me hacía ilusiones una vez más, quiero decir creyendo ver por fin claro en mis absurdas tribulaciones pero con todo no hasta el punto de poder ahora guardarme rencor. Ya que mientras me decía: "¡Qué sencillo es, y qué

Librodot

hermoso!", me decía también: "Todo volverá a oscurecerse." Y es sin demasiada tristeza que nos vuelve a ver tal como somos, a saber, un montón que va disminuyendo grano a grano hasta que, incitada por el cansancio, la mano empieza a juguetear, a coger puñaditos de granos y a dejarlos caer sobre el montón, distraídamente como suele decirse. Puesto que ya me lo esperaba, mientras me decía: "¡Por fin!" Y he de decir en lo que a mi respecta que tal sensación me es desde siempre familiar, la de una mano cansada y ciega que hurga desmayadamente en mis partículas y las hace fluir entre sus dedos. E incluso me sucede, cuando todo está tranquilo, el sentirla hundida en mí hasta el codo, pero tranquila y diríase que dormida. Pero en seguida se estremece, se despierta, me acaricia, aprieta, hurga, y a veces saquea, como para vengarse de no poderme barrer. La comprendo. Pero he sentido tantas cosas extrañas y seguramente infundadas que quizá valdría más silenciarlas. Por ejemplo, hablar de esos períodos en que me licúo y me vuelvo barro, ¿de qué serviría? ¿O de aquellos otros en que cabría por el ojo de una aguja, tan endurecido y encogido estoy? No, eso son agradables tentativas que en nada cambian el asunto. Estaba hablando de mis pequeñas distracciones e iba a decir, creo, que haría mejor contentándome con ellas que lanzándome a esas historias disparatadas de vida y muerte, suponiendo que se trate de eso, y creo que sí, ya que nunca se ha tratado de otra cosa, que yo recuerde. Pero decir en qué se resuelven exactamente, me sería imposible, por el momento. Son imprecisas, vida y muerte. He debido tener mis nociones, al empezar, o no habría empezado, me habría quedado tranquilo, hubiera seguido tan tranquilo aburriéndome mortalmente, jugando con conos y cilindros por ejemplo, con los granos de mijo de los pájaros y otros panizos, esperando que alguien se tome la molestia de venir a tomarme las medidas para el ataúd. Se me ha ido de la cabeza mi pequeña idea. Pero no importa, acabo de tener otra. Quizá sea la misma, tanto se parecen las ideas cuando se las conoce. Nacer, he aquí mi actual idea, es decir, vivir el tiempo suficiente para saber qué es el gas carbónico libre, y luego dar las gracias. Ése siempre ha sido, en el fondo, mi sueño. Todas las cosas que siempre han sido, en el fondo, mi sueño. Tantas cuerdas y nunca una flecha. No hace falta la memoria. Si, he aquí que soy un viejo feto por el momento, canoso e impotente; mi madre ya no lo soporta, la he podrido, está muerta, va a malparir por gangrena; quizá papá también sea de la partida; iré a dar en pleno osario dando vagidos; por otra parte, no daré vagidos, ¿para qué? Cuántas historias me he contado, adherido al moho, hinchándome, hinchándome. Y diciéndome: "Ya está; soy dueño de mi leyenda." ¿Y qué ha cambiado y por qué me excito de esta manera? No, digámoslo; no he de nacer y, por tanto, nunca moriré; es mejor así. Y si hablo de mi mismo, y del otro que es mi criatura, y que devoraré como he devorado a los otros, es, como siempre, por falta de amor; mierda, no esperaba eso, un homúnculo, no puedo detenerme. Y, sin embargo, me parece que nací y que he vivido mucho tiempo y encontrado a Jackson y vagado por ciudades, bosques

Librodot

y desiertos y he estado mucho tiempo llorando a la orilla de los mares frente a islas y penínsulas en donde, por la noche, brillaban las lucecillas amarillas y breves de los hombres y toda la noche los grandes fuegos blancos o de vivos colores que venían a las cavernas en que yo era dichoso, agazapado sobre la arena al abrigo de las rocas entre el olor de las algas y de la roca húmeda, mientras entre el ruido del viento las olas me azotaban con espuma, o suspirando sobre la playa y apenas asiendo los guijarros; no, no feliz, eso nunca, sino deseando que la noche no termine nunca ni retorne el día que hace decir a los hombres: "Ea, la vida pasa, hay que aprovecharla." Por otra parte, poco importa que haya nacido o no, que haya vivido o no, que esté muerto o sólo agonizante; haré lo que siempre he hecho, en la ignorancia de lo que hago, de quién soy, de dónde soy, de si soy. Sí, intentaré hacer, para tenerla en mis brazos, una criaturita a mi imagen, diga lo que diga. Y viéndola malograda, o excesivamente parecida, la devoraré. Luego me quedaré solo un buen rato, desgraciado, sin saber cuál ha de ser mi oración, ni para quién.

He tardado en volverlo a encontrar, pero ya está hecho. ¿En qué lo he reconocido? No sé. ¿Y qué ha podido cambiarlo hasta este extremo? La vida quizá, los intentos de amar, de comer, de escapar a los justicieros. Me deslizo en él, sin duda con la esperanza de aprender algo. Pero son territorios sin restos ni marcas, a primera vista. Pero acabaré seguramente por encontrar vestigios. Fue en medio de la ciudad donde reparé en él, sentado en un banco. Es casi un viejo ahora. ¿En qué lo he reconocido? Quizá en los ojos. No, no sé en qué lo he reconocido, no me desdeciré de nada. Quizá no es él. Poco importa. Ahora es mío. Es un ser todavía vivo y de sexo masculino, no hay por qué decirlo, viviendo esa vida a punto de acabar que es como una convalecencia, si mis recuerdos son míos, y que se degusta trotando al solecillo, o bajo tierra, por los pasillos del metro. Alrededor, la barahúnda de los cretinos, comprando tickets, cargados de equipaje, siempre allí donde no deben a la hora en que no deben. ¿Qué más necesito? Sí, los días fueron cortos entonces, y bien empleados, a la búsqueda del calor y las cosillas no demasiado malas de comer. Y se cree que así será para siempre. Pero de pronto todo vuelve a ponerse a rabiar y a retumbar, uno se pierde en inmensos matorrales crujientes o lanzando a través de estepas azotadas por tempestades, preguntándose si no está muerto sin saberlo o ha vuelto a nacer en algún sitio. Entonces es difícil creer en aquellos cortos años en que los panaderos solían ser indulgentes al final de la jornada, y las manzanas, siempre me han gustado las manzanas, eran gratuitas por así decirlo cuando se sabía cómo hacerlo, y donde había sol y cobijo para quien los necesitaba verdaderamente. ¡Pero se trata realmente de mí! Y hételo tan tranquilo en su banco, de espaldas al río, y vestido como vamos a ver, aunque las vestiduras nada importan, lo sé, lo sé, pero ya nunca habrá otras, lo presiento. Y si hace ya mucho tiempo que las lleva, a juzgar

por lo usadas, no importa, son las últimas. Pero es sobre todo el abrigo lo que llama la atención, en el sentido de que lo envuelve y lo sustrae a las miradas. Porque está tan bien abotonado de arriba abajo, por medio de una quincena de botones, así como suena, colocados a tres o cuatro pulgadas como máximo uno de otro, que no deja entrever nada de lo que transcurre en el interior. E incluso los pies, juiciosamente colocados el uno junto al otro en el suelo, los esconde en parte, no obstante la doble quebradura del cuerpo, en lo bajo del tronco una, donde los fémures forman ángulo recto con la pelvis, otra en las rodillas donde las tibias vuelven a tomar la posición vertical, ya que en la pose no hay abandono alguno, y a no ser por la ausencia de ligaduras podría creerse sostenido por ligaduras, tan inmóvil y rígida y constituida por planos y ángulos distintos es la pose, como la del Coloso de Memnón, hijo bien amado de la Aurora. Lo que equivale a decir que cuando anda, o simplemente está erguido, el faldón de su abrigo barre literalmente el suelo y deja oír un ruido de cola, cuando anda. Y efectivamente el abrigo termina en flecos, como ciertas cortinas, y también en las mangas el entramado se aprecia a simple vista y está previsto de hilachas que juguetean al viento. Y las manos también están ocultas, como corresponde, ya que las mangas de ese tapapringue están hechas a ejemplo del resto. El cuello, de terciopelo o quizá de pana, ha permanecido, sin embargo, intacto. En lo que al color respecta, puesto que el color es también cosa de importancia, de nada sirve negarlo, todo lo que puede decirse es que en él predomina el verde. Y si se apostara que, de nuevo, el abrigo era de un hermoso color verde liso, no se correría gran riesgo, de un verde como de coche de alquiler, ya que había antaño coches de alquiler y carrozas con tableros de un hermoso color verde botella, yo mismo he debido verlos, ni siquiera me extrañaría haber viajado en ellos. Pero quizá hago mal en llamar abrigo a aquella prenda y debería mejor ver en él un gabán, o incluso un sobretodo, ya que esa es, en efecto, la impresión que causa, estar encima y por encima del todo, a excepción evidente de la cabeza, que se alza, altiva e impasible, fuera de su alcance. Sí, las pasiones lo han marcado, probablemente los actos también, pero diríase que ya no sufre más, por el momento. Pero nunca se sabe. En cuanto a los botones, no son, hablando en puridad, verdaderos botones, sino más bien cilindros de madera, de dos o tres pulgadas, con un orificio en el centro por el que pasa el hilo, ya que un agujero es más que suficiente, dígase lo que se diga, y esto por el ensanchamiento desmesurado de los ojales, consecuencia del uso. Y cuando digo cilindro quizá exagero, ya que si entre estos bastoncillos o clavijas hay en verdad algunos cilíndricos, también hay otros que no tienen forma bien definida. Pero todos tienen más o menos dos pulgadas y media de largo y de esta manera impiden que los dos paneles se separen uno de otro, tienen todos eso en común. En lo que se refiere al paño de esa prenda, todo lo que puede decirse es que casi parece fieltro. Y los huecos y protuberancias que en él producen las varias torsiones y contracciones del cuerpo permanecen,

una vez estas desaparecidas, un buen rato aún. Eso por lo que al abrigo se refiere. Me contaré cuentos sobre los zapatos otra vez, si me acuerdo. El sombrero altivamente abombado, duro como acero, el ala estrecha y redondeada, lleva en la parte posterior un ancho surco, probablemente destinado a facilitar la introducción del cráneo. Puesto que abrigo y sombrero tienen esto en común: que si aquel es demasiado grande, este es excesivamente pequeño. Y aunque los bordes así hendidos hagan de mandíbulas de cepo, no obstante, para más seguridad, un cordel ata el sombrero al primer botón del abrigo contando de arriba abajo, aunque eso poco importa. Pero aunque nada quedara por decir de la estructura de tal sombrero, lo más importante quedaría por decir, estoy hablando por supuesto de su color, del que todo cuanto puede decirse es que a pleno sol revela débiles reflejos gamuza y gris perla y que en otro caso recuerda al negro, sin parecerlo nunca del todo. Y nada tendría de extraño que el sombrero hubiera pertenecido antaño a cualquier deportista, o a un aficionado a las carreras de caballos, o a un criador de carneros. Al considerarlos no ya por separado, sino en sus relaciones recíprocas, se recibe una agradable sorpresa, al ver lo bien que casan sombrero y abrigo. Y uno se dice que después de todo pudieron ser comprados, el uno en una sastrería, el otro en una sombrerería, en la misma época, quizá el mismo día, por el mismo dandy, pues de verdad existen hombres hermosos que tienen seis pies de altura o incluso más, y lo demás en proporción excepto la cabeza, pequeña y distinguida. Y agrada verse una vez más en presencia de una de esas inmutables correspondencias cuyos elementos se envilecen al unísono, que hacen que uno casi se resigne, los días de hastío, a la inmortalidad del alma iba a decir, pero no veo la relación. Pero pasando ahora a la vestimenta propiamente dicha, subyacente e incluso íntima, puesto que hasta ahora no hemos visto más que la manifiesta, la que cualquiera podría ver, es difícil anticipar nada con certeza al respecto, por el momento. Ya que Sapo..., no, no puedo seguir llamándole así, y hasta me pregunto cómo he podido soportar hasta ahora este nombre. Entonces, puesto que, en fin, puesto que Macmann, no es mucho mejor, pero no hay tiempo que perder, ya que Macmann estaría desnudo como un gusano bajo ese, esa hopalanda, hasta el punto que nada de él aparecería al exterior. Lo fastidioso es que no se mueve. Desde la mañana está ahí y ahora cae la tarde. Dentro de una hora será de noche. Se remolcan al puerto las últimas gabarras de chimenea negra y roja, cargadas de barriles vacíos. El agua mece ya, apaga con su chapoteo y luego de nuevo despliega en largas oleadas temblorosas, las lejanas llamaradas del ocaso, anaranjado, rosa y verde. Le vuelve la espalda, pero el río se le hace quizá presente en el griterío horroroso de las gaviotas que la noche congrega, con los paroxismos del hambre, alrededor de las desembocaduras de alcantarilla, frente al hotel Bellavista. Sí, también ellas, antes de alcanzar las altas peñas nocturnas, enfebrecen por última vez sobre los desperdicios. Pero a lo que él se encara es a las personas, numerosas en la calle a aquella hora, una vez ha terminado

la jornada, con toda la larga velada ante ellos. Las puertas, las de las oficinas, las de los almacenes y las otras puertas, vomitan cada una su porción. Los grupos así devueltos a la libertad permanecen un instante compactos, sobre la acera, en el arroyo, como aturdidos, para disolverse acto seguido, al tomar cada ser el camino que le ha sido trazado. E incluso los que se saben llamados a emprender el mismo camino, ya que el número de los caminos que pueden tomarse, en resumidas cuentas, para empezar, no es grande, incluso esos se saludan en la mayoría de los casos y se separan, pero con corrección, diciendo los unos que tienen prisa, pretextando los otros una gestión que hacer en otra parte, en fin, cualquier cosa, o bien sin explicación ninguna, ya que a fin de cuentas cada uno tiene sus costumbres y conoce las de los otros y lo poco que con ellos se puede contar. Y tanto peor para el que desea, excepcionalmente, dar una vuelta en libertad con un semejante, no importa cuál, a menos que tenga la suerte, precisamente esa tarde, a la salida del taller, de la tienda, de encontrarse con otro poseído por la misma necesidad. Entonces, felices, dan unos pasos en compañía para separarse en seguida quizá diciéndose cada uno para su coleto: “Ahora va a creer que todo le está permitido”, o una frase probablemente más corta o incluso inacabada, en el estilo de las únicas que alivian de las menudencias de la vida social. Por tanto, a esa hora, que para tantas personas vuelve a abrir el camino del descanso y las distracciones, las parejas, la mayoría de las cuales se reducen a una mera cuestión de interés erótico, son poco numerosas en comparación con los solitarios, que surcan en todos sentidos las calles y los callejones, obstruyendo los aledaños de los lugares de placer, acodados en los parapetos, adosados de trecho en trecho a los muros de los edificios. Sin embargo, no tardan en llegar allí donde se los espera, los unos a su hogar o al de otros, los demás a la calle como suele decirse, a un sitio público o a un lugar convenido, a menudo en un portal o bajo una marquesina, por si lloviera. Y entre estos últimos los primeros en llegar suelen serlo por muy poca diferencia, ya que, a fe mía, se apresuran todos en ir unos al encuentro de otros, sabiendo que es corto el tiempo de que disponen para decir todo lo que llevan en el corazón y en la barriga y para hacer las cosas que tienen que hacer juntos, las que uno no puede hacer solo. Helos todavía seguros, por algunas horas. Y luego vendrá el sueño. La agenda con su lapicillo, los adioses entre bostezos. Hasta hay quien toma un coche de alquiler, para llegar antes a la cita, o terminado el buen rato, volver a casa, o al hotel, donde les espera una buena cama. Entonces se ve al caballo, consumiendo su corta vida entre un pasado próximo de caballo de lujo, o de carreras, o de carga, o de tiro, junto a gentes acomodadas, y el matadero. Emplea la mayor parte de su tiempo en la parada, con aspecto abatido, inclinada la cabeza tanto como le permiten las varas y el aparejo, es decir, casi hasta el suelo. Pero la carrera lo transfigura, al menos al principio, acaso por los recuerdos que despierta, ya que el solo hecho de correr y tirar de algo no lo satisface en tales condiciones, supongo. Pero cuando se alzan las varas,

advirtiéndole que por fin ha llegado un cliente, o por el contrario cuando el correón comienza a oprimirle el espinazo, según el cliente se haya colocado en el sentido de la marcha o en el opuesto a ella, quizá más cómodo, entonces levanta la cabeza, crispa los corvejones y hasta parece contento. Se ve también al cochero, completamente solo en su banquillo a diez pies del suelo, las piernas tapadas, no importa el tiempo ni la estación, con una manta originalmente marrón en la mayoría de los casos, precisamente la misma que acaba de retirar del lomo de su animal. Suele estar amoratado y de mal humor, quizá a fuerza de esperar al posible viajero, y la menor carrera remunerada parece excitarlo hasta el frenesí. Con sus enormes manos crispadas tira de las riendas o, irguiéndose a medias e inclinado hacia adelante, las hace chasquear colérico a todo lo largo del espinazo. Y precipita a ciegas su vehículo por lo más hondo de calles oscuras y abarrotadas, la boca llena de improperios. El pasajero, una vez declarado el lugar al que desea ir y sabiéndose tan impotente para modificar el curso de los acontecimientos como la oscura cochiquera que lo contiene, se abandona quizá al agradable sentimiento de haberse liberado de toda responsabilidad, o piensa en aquello a lo que se aproxima, o en aquello de lo que se aleja, diciéndose: “Las cosas cambiarán.” Y acto seguido: “Siempre ha sido igual, puesto que no hay cuatrocientas clases de viajeros.” De esta manera se apresuran, el caballo, el cochero y el viajero, hacia el lugar designado, por el camino más corto o dando un rodeo, a través de la muchedumbre de los demás desplazados. Y cada uno tiene sus motivos, mientras se pregunta de vez en cuando lo que importan, y si justifican el ir allí a donde va en vez de a otro sitio, en vez de a ninguna parte, y el caballo apenas menos lúcidamente que los demás, aunque a menudo no sepa adónde va hasta haber llegado, y gracias. Y si es al atardecer, otro fenómeno relevante es el número de ventanas y vitrinas que se iluminan un instante, casi a imagen del ocaso, aunque también depende de la estación. Pero en cuanto a Macmann, ¡uf!, helo de nuevo, desde luego es una tarde de primavera, un viento equinoccial aúlla a lo largo de los muelles, bordeados, a un lado y a otro por el río, de altos edificios rojos, muchos de los cuales son depósitos. O quizá se trata de una tarde de otoño, y esas hojas que revolotean por el aire, venidas de no se sabe dónde, ya que aquí no hay árboles, no son ya las primeras del año, apenas verdes, sino hojas viejas, que han conocido las largas alegrías del verano y ya no sirven más que para humus, ahora que los hombres y los animales ya no necesitan sombra, al contrario, ni los pájaros nidos en que poner ni incubar, y que incluso allí donde no late corazón alguno los árboles tienen que ennegrecerse, aunque parece que hay algunos que siguen siempre verdes, uno se pregunta por qué. Y a Macmann sin duda le da lo mismo que sea primavera u otoño, a menos que prefiera el verano al invierno o a la inversa, lo que es poco probable. Pero sería erróneo creer que ya nunca se moverá, que no cambiará jamás de lugar ni de postura, puesto que todavía tiene ante él toda la vejez, y acto seguido esa especie

de epílogo en que no se sabe bien de qué se trata y que no parece añadir gran cosa a la situación ni quitarle nada de su confusión, pero sin duda tiene alguna utilidad, del mismo modo que se deja secar el heno antes de ensilarlo. Por tanto, se levantará, lo quiera o no, y llegará por otros sitios a otro sitio, y de allí por otros más a otro más, a menos que vuelva aquí, donde no parece estar demasiado a disgusto, pero no hay nada menos seguro, y de esta manera, de esta manera, durante largos años. Puesto que para no morir hay que ir y venir, a menos de tener a alguien que le aprovisione a uno en donde está, como yo. Y se puede permanecer dos, tres y hasta cuatro días sin moverse; pero ¿qué son cuatro días cuando se tiene la vejez ante uno?, y luego lo lento de la evaporación, un comino. Bien, en verdad que todavía no se sabe, se cree estar pendiente de un hilo, como todo hijo de vecino, pero no es ahí donde está el intríngulis, está en los seres humanos. Pues de nada sirve ignorar esto y aquello: o se sabe todo, o no se sabe nada. Y Macmann no sabe nada, pero sólo quiere reconocer su ignorancia de ciertas cosas, de las que lo asustan, entre otras, cosa muy humana, pero ya se le pasará. E incluso es un defecto de cálculo, ya que hay que levantarse al quinto día, y verdaderamente se levanta uno, pero con cuánta más dificultad que si se hubiera uno resignado la víspera, o aún mejor la antevíspera, y por qué aumentar esta dificultad, es un defecto de cálculo, en el caso de que se aumente, y no es seguro. Ya que el quinto día, cuando uno trata de levantarse, ya no se piensa en el cuarto ni en el tercero, no se piensa más que en la dificultad que se tiene, por haber perdido a medias la cabeza. Y a veces no se consigue, quiero decir el ponerse de pie, y uno tiene que arrastrarse hasta el huerto más cercano, usando las matas de hierba y las escabrosidades del terreno para reptar, o incluso los zarzales, donde a veces hay cosas buenas de comer, aunque produzcan acidez, y que tienen sobre los huertos la siguiente ventaja: que uno puede meterse en ellos y esconderse, lo que es penoso entre patatas por ejemplo, sobre todo cuando están maduras, y a menudo se importuna a animales feroces o asustados, pero raras veces malintencionados, tanto de pluma como de pelo, una delicia. Porque no es lo mismo que si uno tuviera medios de conseguir en un solo día suficientes provisiones para sobrevivir durante tres semanas o un mes, y ¿qué es un mes, comparado a toda la senectud, sin hablar de la desecación? Una miseria. Pero no los tiene, y si los tuviera no sabría aprovecharlos, tan lejos se siente del mañana, y sin duda ya ni cree en él, a fuerza de haberlo esperado en vano. Y quizá esté en el momento en que vivir es errar en completa soledad al fondo de un momento ilimitado, en que la luz no cambia y los residuos se parecen. Los ojos, apenas algo más azules que una clara de huevo, miran fijamente al frente, lo que vendría a ser la plenitud perpetuamente serena de los abismos. Pero de tarde en tarde se van cerrando, con esa inesperada suavidad de las carnes que se estrechan, a menudo sin ira, y se repliegan sobre sí mismas. Entonces se ven los viejos párpados, enrojecidos y arrugados, que parecen unirse con dificultad ya que hay

cuatro, dos de ellos por cada lagrimal. Y quizá es entonces cuando contempla el cielo de los antiguos ensueños, de los cruceros y también de la tierra, y los espasmos de las olas, ninguna de las cuales se mueve sin que las demás se muevan igualmente, y el movimiento de los hombres, por ejemplo, tan diferente, pues no están atados los unos a los otros y son libres de ir y venir cada uno a su antojo. Y no se lo reprochan y van y vienen, entre el triquitraque de sus mecanismos de fantochazos, cada uno por su lado. Y cuando hay uno que muere, los demás siguen, como si nada ocurriera.

Me doy cuenta...

Me doy cuenta de que viene. Qué tal, gracias, viene. He querido estar seguro antes de anotarlo. Escrupuloso hasta el final, he aquí a Malone, siempre hilando fino. Quiero decir, seguro de sentir que será pronto, ya que nunca dudé que llegara pronto o tarde, con la excepción quizá de los días en que me parecía que ya había llegado. Y es que de nada me sirve contarme historias, en el fondo nunca dejé de creerme vivo con la vida del aire de la tierra, incluso los días que abundan en pruebas de todo lo contrario. Pronto, es decir, dentro de dos o tres días, para decirlo como cuando me enseñaban los nombres de los días cuyo pequeño número me extrañaba, y agitaba mis puñitos diciendo: "¡Más! ¡Más!" Y el significado de las esferas de los relojes, y eso ¿qué es?, dos o tres días más o menos, a fin de cuentas, una broma. Inexpresivo, y hay que jugar perdiendo, para portarse bien, y no tengo más que seguir como si hubiera de durar hasta San Juan, ya creo haber llegado a lo que se llama el mes de mayo, no sé por qué, quiero decir por qué creo haber llegado, puesto que mayo viene de Maya, mierda, también eso lo recuerdo, diosa del crecimiento y la abundancia, sí, creo haber llegado a la estación del crecimiento y la abundancia, es una simple creencia, al menos del crecimiento, ya que la abundancia llega sólo más tarde, con las cosechas. Por tanto, calma, calma, es un engaño más, estaré aquí todavía el día de Todos los Santos, entre los crisantemos, no, en eso exagero, este año no los oiré lloriquear en sus osarios. En cualquier caso, sentirse estirado hasta este punto resulta tentador. Todo tiende hacia la sima más cercana, especialmente mis pies, tanto más alejados de mí incluso normalmente que todo lo demás, de mi cabeza quiero decir, ya que es ahí donde me he refugiado, sin duda, me parece tener los pies a varias leguas, y para acercármelos, para curarlos o limpiarlos, creo que ni un mes me bastaría, a partir del momento en que los hubiera localizado, ya no me siento los pies, la sensibilidad los ha abandonado misericordiosamente, y sin embargo los siento fuera del alcance del telescopio más potente. ¿Será eso lo que se llama tener un pie en la fosa? Y todo por el estilo, pues si se tratara sólo de un fenómeno local no habría reparado en él, por no haber sido mi vida más que una serie o mejor una sucesión de fenómenos locales, sin que nada haya resultado de ello. Pero mis dedos escriben también en otras

latitudes, y el aire que discurre por entre mi cuaderno y le vuelve las páginas sin que yo me entere, cuando me adormezco, de tal modo que el sujeto se distancia del verbo y el complemento viene a posarse en algún lugar del vacío, ese aire no es el de esa penúltima residencia, y así está bien. Y quizá haya en mis manos el reflejo de una sombra de hojas y de flores y de manchas claras de un sol olvidado. Ahora mi sexo, quiero decir el mismo tubo, y especialmente la punta, por donde saltaban, cuando yo era virgen, chorros de semen que iban a darme en plena cara, uno tras otro, pero tan inmediatos el uno del otro que parecían un único chorro continuo, mientras aquello duraba, y por donde pasa todavía un poco de pis de vez en cuando, en otro caso habría muerto de uremia, ya no espero verlo nunca más a simple vista, no es que me importe, ya lo he visto bastante, nos hemos mirado ya suficientemente ojo a ojo, lo digo por decir. Pero no es eso todo y no son sólo mis extremidades las que se alejan de aquí, cada una sobre su eje. Porque el culo, por ejemplo, al que no se puede tildar de ser el fin de nada, a menos que se quiera ver en él el fin de los labios, si se pusiera a cagar a esta hora, y me chocaría, creo que las virutas se verían salir en Australia. Y si yo tuviera que ponerme otra vez de pie, guárdeme Dios, ocuparía buena parte del universo, me parece, oh, no más que echado, pero se notaría más. Porque lo supe siempre, la mejor manera de no hacerse notar es echarse al suelo y no moverse. Y mira por dónde, yo que siempre creí que me iría encogiendo, hasta el punto de poder ser enterrado casi en un joyero, resulta que me dilato. O quizá lo esencial, hablando como Jackson, se haya minimizado tanto que lo fortuito parece ilimitado, y por lo esencial debo entender esa cabecilla de torrezno, hundida creo en algún lugar de mi verdadera cabeza, que todavía no se ha inclinado, entre los escombros de mi cabeza inclinada, y realmente es minúscula, aunque no sé qué pintan en esto lo esencial y lo fortuito, no lo entiendo, y puede que sea lo fortuito lo que se haya reducido al tamaño de un ocelo de Noctuelia, y lo esencial sea la enormidad dispersa en la sombra, eso es quizá lo que debiera haber dicho. Poco importa, lo esencial, y volvemos a lo mismo, es que a pesar de mis historias sigo cabiendo en esta habitación, llamemos a eso habitación, realmente quepo, y sin duda cabré el tiempo que sea necesario. Y si alguna vez reviento no será en la calle ni en el hospital, sino aquí, rodeado de mis pertenencias, junto a esta ventana que a veces me parece un trampantojo, como el techo de Tiépolo en Würzburg, qué gran turista he debido ser, incluso recuerdo la diéresis, que en realidad no es una verdadera diéresis. Si por lo menos pudiese estar seguro, vuelvo a hablar ahora de mi lecho de muerte. Y, sin embargo, cuántas veces he visto, mirando por la puerta, salir mi vieja cabeza, a la altura de la rodilla, pues peso mucho, ya que soy muy huesudo, y además la puerta es baja, cada vez más baja a mi juicio. Y cada vez tropieza con el dintel, ya que yo soy alto y el descansillo es pequeño, y el que lleva mis pies no puede esperar, para bajar la escalera, que yo esté allí completo, en el descansillo quiero decir, sino que debe empezar

antes a dar la vuelta, para no darse contra el muro, el muro del descansillo quiero decir. De tal modo que mi cabeza choca con el dintel, es inevitable. Y eso le da lo mismo, a mi cabeza, en las condiciones en que está, pero el que la lleva se queja. "¡Eh, Bob, despacio!", quizá por respeto, puesto que no me conoce, nunca me ha conocido, o por temor de lastimarse los dedos. ¡Paf! ¡Despacio! ¡Adelante! ¡La puerta! Y por fin queda la habitación vacía y en condiciones, una vez desinfectada, pues nunca se sabe, de recibir a una familia numerosa o a una pareja de tortolitos. Sí, ya ha sucedido, únicamente se espera el momento de utilizarla, eso es lo que me digo. Pero me digo tantas cosas, ¿qué hay de cierto en ese guirigay? No sé. Sólo creo que nada puedo decir que no sea cierto, quiero decir que no me haya sucedido ya, no es lo mismo, pero no importa. Sí, es lo que me gusta de mí, vamos, una de las cosas que me gustan, el don de poder decir Up the republic!, por ejemplo, o ¡Querida!, sin tener que preguntarme si no hubiera sido mejor callar o decir otra cosa, sí, no tengo por qué reflexionar, ni antes ni después, sólo abrir la boca para que dé testimonio de mi vieja historia y del largo silencio que me ha vuelto mudo, de modo que todo transcurre en medio de un gran silencio. Y si alguna vez me callo es que ya no habrá nada que decir, aunque no se haya dicho todo, aunque no se haya dicho nada. Pero dejemos por el momento estas cuestiones morbosas y volvamos a la de mi óbito, dentro de dos o tres días si no me falla la memoria. En este momento ya se habrán acabado los Murphy, Mercier, Molloy, Moran y otros Malone, a menos que esto siga en el otro mundo. Pero no pidamos peras al olmo, muramos primero, luego reflexionaremos. Cuántas personas he matado, golpeándolas en la cabeza o pegándoles fuego. Así de improviso no recuerdo más que cuatro, desconocidos, nunca conocí a nadie. Me gustaría ver, como me ocurría antes, cualquier cosa, una de las cosas que no hubiera podido imaginar. También estaba el viejo, en Londres creo, Londres de nuevo, le rebané el pescuezo con su navaja. Y ya son cinco. Me parece que tenía un nombre, éste. Sí, ahora me vendría bien algo imprevisto, en color si fuera posible, me haría bien. Porque quizá ya no haga más que un solo viaje, por las largas galerías que conozco, con los solecillos y lunillas que cuelgo, y los bolsillos llenos de guijarros para representar a los hombres y a sus estaciones, uno solo, esto es lo que deseo. Luego volveré aquí, a mí, resulta impreciso, para nunca más abandonarme, para nunca desear lo que no tengo. Volveremos todos quizá, juntos, para nunca más separarnos, nunca más espiarnos, en este sucio cuartucho, blanquecino y abovedado como tallado en marfil y qué marfil, diríase un viejo raigón. O volveré solo, tan solo como al partir, pero no creo, los oigo desde aquí, gritando detrás de mí por los pasillos, tropezando con los escombros, rogándome que los lleve conmigo. Ya está decidido. Tengo el tiempo justo, si he calculado bien, y si he calculado mal, mucho mejor, no pido otra cosa, por otra parte no he calculado nada, tampoco pido nada. Justo el tiempo de ir a dar un último paseo, de volver y hacer lo que tengo que hacer aquí, pues

todavía tengo que hacer aquí, ya no sé qué por ejemplo, ¡ah, sí!, poner orden en mis pertenencias, y además otra cosa, no sé cuál, pero ya me acordaré en el momento preciso. Sólo que antes de partir me gustaría encontrar un agujero en la pared, detrás del cual ocurran cosas tan extraordinarias, sin cesar, y a veces en color. Una última ojeada y me parece que me marcharé contento, como si fuera a... iba a decir Citerea, decididamente ya va siendo hora de dejarlo. Después de todo, esa ventana es lo que yo quiero que sea, hasta cierto punto, eso es, no te comprometas. Observo ante todo que está singularmente redondeada, hasta parecer casi un ojo de buey, o un tragaluz. No importa, puesto que algo hay al otro lado. Ante todo veo la noche, lo que me sorprende, me pregunto por qué, porque quiero sorprenderme todavía una vez más. Pues a mi alrededor no anochece, lo sé, aquí nunca es de noche, a pesar de lo que haya podido decir, pero a menudo está más oscuro que ahora, mientras que afuera es noche cerrada, con pocas estrellas, pero las suficientes para indicar que este cielo negro es en verdad el de los hombres y que de ninguna manera está simplemente pintado en el cristal, ya que tiembla, como auténticas estrellas, lo que no ocurriría de estar pintado. Y como si eso no bastara para convencerme de que se trata verdaderamente del exterior, he aquí que la ventana de enfrente se ilumina, o que me doy cuenta de que está iluminada, pues no soy de los que pueden abarcarlo todo de una sola ojeada, sino que tengo que mirar pausadamente y dar a las cosas el tiempo suficiente para recorrer el largo camino que me separa de ellas. Y eso es en efecto una coincidencia feliz y de buen augurio, siempre que no se trate de algo premeditado para escarnecerme, ya que hubiera podido no encontrar nada mejor, para ayudarme a salir de este lugar todavía en un mundo mal cerrado, que el cielo nocturno en el que nada ocurre, aunque esté lleno de tumulto y de violencia. O entonces es preciso tener toda la noche por delante, para seguir las lentas caídas y ascensiones de los otros mundos, cuando los hay, o para esperar los meteoros, y yo no tengo toda la noche por delante. Y no me interesa saber si se han levantado antes del alba o si es que aún no se han acostado o si se han levantado en mitad de la noche con intención quizá de volverse a acostar y dormir, una vez hayan terminado, y me basta verlos erguidos el uno contra el otro tras el visillo, que está oscuro, de modo que se trata de una luz oscura, si se me permite decirlo, y que les hace una sombra poco perfilada, porque están tan estrechamente unidos el uno al otro que en consecuencia diríase un solo cuerpo y una sola sombra. Pero cuando se tambalean veo claramente que son dos, de nada les sirve abrazarse desesperadamente, se ve bien claro que son dos cuerpos diferentes y separados, preso cada uno de sus límites, y que no se necesitan uno al otro para ir y venir y sobrevivir, ya que se bastan por completo a sí mismos. Quizá tienen frío, por eso se frotan así, ya que la fricción conserva el calor y lo devuelve cuando ha desaparecido. Todo eso es bonito y curioso, es una cosa compleja, compuesta por varias, que se tambalea y se balancea, quizá sean tres, pero más bien pobre de

Librodot

color. Pero la noche debe ser cálida, porque hete aquí que el visillo se desliza y estalla un ramillete de colores encantadores, rosa pálido y blanco carne, después un rosa más vivo que debe proceder de un vestido, y también del oro que no tengo tiempo de explicarme. No tienen frío, por tanto, desde el momento en que andan tan ligeros de ropa en plena corriente de aire. ¡Ah, qué estúpido soy!, ya veo de qué se trata: deben de estar haciendo el amor, debe de ser así cómo se hace. Bueno, me siento mejor. Voy a ver si el cielo está todavía ahí, luego me iré. Están completamente pegados al visillo ahora, ya no se mueven. ¿Es posible que ya hayan terminado? Han hecho el amor de pie, como los perros. Pronto podrán separarse. O quizá no hagan más que tomar aliento, antes de emprenderla con el plato fuerte. Adelante, atrás, qué bueno debe de ser. Parecen sufrir. Vamos, basta, adiós.

Sorprendido por la lluvia lejos de todo abrigo, Macmann se detuvo y se acostó, diciéndose: “La superficie pegada al suelo permanecerá seca, mientras que de pie me mojaría todo por igual”, como si la lluvia fuera una simple cuestión de gotas-por-hora, como la electricidad. Así, pues, se tumbó de bruces, tras un momento de duda, ya que también hubiera podido colocarse en posición supina, o sobre uno de sus flancos, optando por un término medio. Pero le parecía que la nuca y la espalda hasta los ijares eran menos frágiles que el pecho y el vientre, sin darse cuenta, como si hubiera sido un cesto de tomates, de que todas esas partes están íntima y hasta indisolublemente ligadas las unas a las otras, por supuesto hasta que llegue la muerte, y a otras muchas de las que no tenía ni la menor idea, y que una gota de agua inoportuna, por ejemplo, en el cóccix, puede provocar espasmos del risorio durante años, como se aprecia cuando, después de atravesar un aguazal a pie, se pone uno a toser y a estornudar sencillamente, sin sentir en las piernas más que una especie de bienestar, quizá debido a la acción del agua de turba. Era una lluvia pesada, fría y vertical, lo que hacía suponer a Macmann que seria breve, como si hubiera relación entre la violencia y la duración, y que iba a poder levantarse al cabo de diez minutos, o un cuarto de hora, polvoriento por delante. Esa es en realidad la clase de historia que se ha contado toda su vida, diciéndose “Es imposible que esto dure mucho todavía.” Era una hora cualquiera de la tarde, imposible saber cuál; hacía horas y horas que duraba aquel día insulso; era, pues, por la tarde, muy, muy probablemente. El aire inmóvil, sin ser frío como en invierno, parecía sin promesa ni recuerdo de tibieza. Molesto por el agua que le llenaba el sombrero, atravesando la hendidura, Macmann se lo quitó y se lo puso en la sien, es decir, volvió la cabeza y puso la mejilla en el suelo. Sus manos estrujaban, al extremo de sus brazos separados, una mata de hierba cada una, con tanta fuerza como si se hallara agarrado a la vertiente de un precipicio. Continuemos esta descripción. La lluvia le batía la espalda con un ruido de tambor al principio, luego de colada, como cuando se remueve la ropa en el lavadero, con un ruido de gluglú y de succión, y percibía muy

bien, y con interés, cuán diferentemente, desde el punto de vista sonoro, la lluvia caía sobre él y sobre la tierra, puesto que tenía la oreja, que está en el mismo plano que la mejilla o casi, pegada al suelo, cosa rara en tiempo de lluvia, y percibía esa especie de lejano crujido de la tierra cuando bebe y los suspiros de la hierba combada y goteante. Se le ocurrió la idea de castigo, acostumbrado a decir verdad a tal quimera, e impresionado probablemente por la postura del cuerpo y por los dedos crispados como por el sufrimiento. Y sin saber exactamente cuál era su culpa, se daba perfecta cuenta de que vivir no era castigo suficiente o de que ese castigo era en sí mismo una culpa, que reclamaba otros castigos, y así sucesivamente, como si pudiera haber alguna otra cosa además de la vida, para los vivos. Y sin duda se habría preguntado si era verdaderamente necesario ser culpable para recibir un castigo, de no tener el recuerdo, cada vez más atosigante, de haber accedido a vivir en su madre, para luego abandonarla. Pero tampoco en eso lograba descubrir su auténtica culpa, sino más bien un nuevo castigo, que no había sabido aprovechar y que en vez de limpiarle de culpa no había conseguido más que hundirlo más en ella. Y para ser sincero, poco a poco las ideas de culpa y de castigo se habían confundido en su mente como a menudo las de causa y efecto en los que todavía piensan. Y era temblando como a menudo sufría, y diciéndose: “Va a costarme caro.” Pero no sabiendo cómo arreglárselas para pensar y sentir adecuadamente, empezaba a sonreír sin motivo, como ahora, como entonces, pues está ya lejos aquella tarde, de marzo quizá, o de noviembre quizá, no, más bien de octubre, en que la lluvia lo sorprendió lejos de todo abrigo, a sonreír y a agradecer esta lluvia batiente y la promesa que en ella veía de estrellas para un poco más tarde, que iluminarían su camino y le permitirían orientarse, en caso de que lo deseara. Pues no sabia muy bien dónde se hallaba, salvo que se encontraba en la llanura, y que la montaña no estaba lejos, ni el mar, ni la ciudad, y que le bastaría un mínimo de claridad y algunas estrellas fijas para poder aproximarse sensiblemente a una, o al otro, o a la tercera, o para mantenerse en la llanura, según lo que hubiera decidido. Pues para mantenerse allí donde sucede que uno se encuentra también se necesita claridad, a menos que uno quiera dar vueltas circulares, lo que resulta por así decirlo imposible en la oscuridad, o pararse en seco y no moverse más, hasta que la luz vuelva, y entonces uno se muere de frío, a menos que no haga frío. Pero Macmann habría sido más que humano, después de cuarenta o cuarenta y cinco minutos de espera confiada, viendo que la lluvia caía cada vez más fuerte y que el día terminaba, si no hubiera comenzado a lamentarse de lo que había hecho, es decir, acostarse en el suelo en vez de haber proseguido su camino, lo más en línea recta que le fuera posible, con la esperanza de ir a dar tarde o temprano con un árbol o con unas ruinas. En vez de sorprenderse por esa lluvia tan violenta y tan duradera, se sorprendió de no haber comprendido, a partir de las primeras gotitas, que iba a llover larga y violentamente, y que no debía detenerse y esperar, sino

por el contrario continuar en línea recta, a ciegas, apresurando el paso, porque él era humano, hijo y nieto de humanos. Pero entre él y esos hombres serios y severos, con barbas al principio, con bigotes después, había esta diferencia, que la simiente de él jamás había hecho daño a nadie. Así, pues, sólo estaba unido a su especie por sus ascendientes, todos muertos, creyendo haberse perpetuado. Y el más vale tarde que nunca, que permite a los verdaderos hombres, a los verdaderos eslabones, reconocer su error, corregirse y precipitarse hacia el siguiente, no estaba al alcance de Macmann, quien a veces pensaba que no tendría bastante eternidad para arrastrarse y encenagarse en su mortalidad. Y sin llegar a eso, quien tanto ha esperado esperará siempre, y transcurrido un cierto plazo nada puede suceder, ni nadie venir, ni haber más que la espera que se sabe inútil. Quizá sea su caso. Y cuando uno muere (por ejemplo), es demasiado tarde, ha esperado demasiado, no se vive lo suficiente para poder detenerse. Quizá estaba allí. Pero se diría que no, aunque los actos apenas cuentan, lo sé, lo sé, ni lo que pasa por la cabeza. Sí, verdaderamente diríase que no. Porque habiéndose reprochado lo que había hecho, y su monstruoso error de apreciación, en vez de levantarse y ponerse en movimiento se volvió sobre la espalda, ofrendando así el pecho al diluvio. Y fue entonces cuando aparecieron al descubierto sus cabellos, por vez primera desde sus caminatas, con la cabeza descubierta, por su alegre campiña natal, su sombrero había quedado en el sitio que su cabeza acababa de abandonar. Pues cuando, acostado boca abajo en un lugar salvaje y por así decirlo sin límites, uno se vuelve sobre la espalda, se produce un desplazamiento lateral de todo el cuerpo, y de la cabeza con lo demás, a menos que lo evite adrede, y la cabeza se coloca a equis pulgadas aproximadamente del lugar en donde estaba, siendo equis la anchura de los hombros en pulgadas, pues la cabeza se halla justo en medio de los hombros. Pero si uno se halla en una cama estrecha, quiero decir justo lo bastante amplia para acogernos, un camastro, vaya, entonces uno se vuelve en vano sobre la espalda, y después boca abajo, y así continuamente, la cabeza queda siempre en el mismo lugar, a menos que uno la incline adrede hacia la derecha, hacia la izquierda, y hay sin duda quien se toma este trabajo, con la esperanza de encontrar un poco de frescor. Intentó mirar la masa negruzca y chorreante que era todo cuanto quedaba de aire y de cielo, pero la lluvia le dañó los ojos y los cerró. Entonces abrió la boca y permaneció largo tiempo así, con la boca abierta y las manos también, y lo más alejadas posible una de la otra. Porque, cosa extraña, tiene uno menos tendencia a asirse al suelo cuando está de espaldas que cuando está boca abajo, he aquí una curiosa observación que podría prestarse a fructíferos desarrollos. Y como una hora antes se había remangado para poder agarrarse con fuerza a la hierba, ahora volvió a remangarse de nuevo, para sentir la lluvia martilleándole las palmas, también llamadas los huecos de la mano, o la parte llana, depende. Y justo en medio..., pero olvidaba la melena, que desde el punto de vista del color era entonces al blanco

Librodot

más o menos lo que al negro el tinte de la hora, y por lo demás extremadamente larga por detrás y por ambos lados. Y en tiempo seco y ventoso juguetearía en la hierba a la manera casi de la misma hierba. Pero la lluvia la aplastaba contra el suelo y la amasaba con la hierba y con la tierra formando una especie de pasta fangosa, no una pasta fangosa, una especie de pasta fangosa. Y justo en mitad de su sufrimiento, pues uno no permanece tanto tiempo en semejante postura sin sentirse incómodo, empezó a desear que la lluvia no cesara nunca, ni por consiguiente su sufrimiento o dolor, porque era la lluvia la que lo hacía sufrir casi con seguridad, el permanecer acostado no tenía en sí nada particularmente desagradable, como si existiera una relación entre quien sufre y quien hace sufrir. Pues la lluvia podía cesar sin que él dejara de sufrir, del mismo modo como él podía dejar de sufrir sin que por ello la lluvia cesara. Y esa importante semiverdad la adivinaba quizá ya. Porque lamentando no poder pasar el tiempo que le quedaba de vida (y que le sería agradablemente reducido) bajo esa lluvia pesada, fría (sin ser helada) y perpendicular, ya postrado, ya tendido boca arriba, no estaba lejos de preguntarse si no se equivocaba al creer sufrir por su causa, y si en realidad su tormento no tenía otras causas. Porque a la gente no le basta con sufrir, necesitan el calor y el frío, la lluvia y su contrario que es el buen tiempo, y además el amor, la amistad, la piel tostada y la insuficiencia sexual y gástrica por ejemplo; en resumen, los furores y locuras demasiado numerosos afortunadamente para ser enumerados del cuerpo comprendiendo el cráneo y de sus marcos, me pregunto qué significa eso, tal el pie deforme, para que puedan saber con precisión qué es lo que se atreve a impedir que su felicidad sea sin mezcla. Porque es algo que uno difícilmente soporta ignorar. E incluso se ha visto a rigoristas no parar hasta haber determinado si su sarcoma estaba en el píloro o si por el contrario estaba más bien en el duodeno. Pero estos son vuelos para los cuales Macmann carecía aún de alas, y más bien era una criatura prosaica por naturaleza, y poco hecha para la razón pura, sobre todo en las circunstancias en que hemos tenido la suerte de circunscribirle. Y a decir verdad estaba por su temperamento más próximo a los reptiles que a los pájaros y podía sufrir sin sucumbir mutilaciones masivas, sintiéndose mejor sentado que de pie y acostado que sentado, de modo que se acostaba y se sentaba con el menor pretexto y sólo se levantaba para partir de nuevo cuando el struggle for life o ímpetu vital le quemaba el culo. Y gran parte de su existencia ha debido de transcurrir en una inmovilidad de piedra, por no decir las tres cuartas partes, e incluso las cuatro quintas, inmovilidad de superficie durante los primeros tiempos, pero que se apoderó poco a poco no diré que de sus partes vitales, pero sí al menos de su sensibilidad y entendimiento. Y hay que creer que recibió como herencia de sus numerosos antepasados, por el trujumán de su papá y de su mamá, por un feliz azar y entre otras ventajas, un sistema vegetativo a toda prueba, para haber llegado a la edad a que acaba de llegar, y que sólo es una

bagatela comparada a la edad a que llegará, me digo yo, sin percance serio, quiero decir capaz de borrarlo del número de moribundos. Pues nadie le prestó jamás apoyo, para ayudarlo a evitar las espinas y los cepos que siembran el camino del inocente, y sólo dispuso de sus propias fuerzas y medios para andar de la mañana a la noche y después de la noche a la mañana sin herida mortal. Y hay que decir que sólo recibió muy pocos dones, y de muy poca importancia, en moneda contante y sonante, lo que no habría tenido consecuencias si hubiera sabido ganárselo, con el sudor de su frente o sirviéndose de su inteligencia. Pero habiendo recibido la comisión, por ejemplo, de binar un bancal de zanahorias, o de rábanos, al precio de tres e incluso seis peniques la hora, los arrancaba todos de corrido, por distracción, o bajo el dominio de no sé qué furiosa necesidad que se apoderaba de él a la vista de las hortalizas, e incluso de las flores, y que le cegaba literalmente en contra de su verdadero interés. La necesidad de limpiar el terreno y no tener ante sus ojos más que un poco de tierra parda libre de parásitos, era a menudo más fuerte que él. O sin llegar a tales extremos, todo se mezclaba simplemente ante sus ojos, no distinguía los vegetales destinados al embellecimiento del hogar o a la alimentación de los hombres y animales, de las malas hierbas de las cuales se dice que no sirven para nada, pero que también deben de servir para algo, para que la tierra las favorezca tanto, como la grama cara a los perros y de la cual los hombres a su vez han extraído una tisana, y la herramienta se le caía de las manos. E incluso los humildes trabajos de barrendero que más de una vez había acometido, diciéndose que tal vez él fuese también una basura que se ignoraba, no lograba realizarlos mejor. Y él mismo reconocía que el trozo que había barrido presentaba un aspecto más sucio a su partida que a su llegada, como si un espíritu maligno le hubiera empujado a servirse de su escoba, su pala y su carretilla, puestos graciosamente a su disposición por el municipio, para ir a buscar las basuras allí donde el azar las había apartado de la vista de los contribuyentes, y para añadirlas así recuperadas a las ya visibles y que tenía por misión hacer desaparecer. De modo que al final de la jornada, a lo largo del sector que le había sido confiado, se veían cáscaras de naranja y de plátano, colillas, cantidad de papeles indescriptibles, cagarrutas de perro y de caballo y otras inmundicias, reunidas cuidadosamente a lo largo de las aceras o amontonadas con esmero en medio de la calzada, con el fin aparente de inspirar a los transeúntes el mayor asco posible y de provocar el máximo de accidentes, algunos mortales, por resbalar. Y, sin embargo, se había esforzado sinceramente por quedar bien, observando el modo de actuar de sus compañeros más experimentados, y acomodándose a él. Pero todo ocurría como si en verdad no fuera dueño de sus actos y no supiera lo que hacía, mientras lo hacía, ni lo que había hecho, una vez hecho. Porque era necesario que le dijeran: “Pero mire lo que ha hecho”, restregándoselo por así decirlo por las narices, de lo contrario no se daba cuenta, y creía haber procedido como cualquier hombre de

Librodot

buena voluntad hubiera procedido en su lugar, y alcanzado más o menos el mismo resultado, a pesar de su falta de experiencia. Por el contrario, para los pequeños servicios que se prestaba a sí mismo, como cuando por ejemplo debía reemplazar uno de sus bastones-botones, que no tenían larga vida, siendo la mayoría de madera y estaño sometidos a los rigores de la zona templada, tenia en verdad maña, como suele decirse, y sin disponer de los útiles más indispensables. Y una gran parte de su existencia, es decir, de la mitad o la cuarta parte de su existencia que comportaba los movimientos más o menos coordinados del cuerpo, había transcurrido en esos trabajos no remunerados de confección y reparación, a menudo de cierta ingeniosidad. Puesto que le era necesario si quería continuar yendo y viniendo, y a decir verdad no disponía de otros medios, pero le era necesario, por razones oscuras y que sólo Dios sabe, aunque, a decir verdad, Dios no parece necesitar razones para hacer lo que hace y para omitir lo que omite, al igual que sus criaturas. Pero nunca se sabe. Tal parecía ser Macmann, visto desde cierto ángulo, incapaz de binar sin devastar por completo un parterre de pensamientos, o de maravillas, y por otro lado capaz de reforzar sus borceguíes con corteza de sauce y ataduras de mimbre para poder ir y venir de vez en cuando sobre el suelo sin herirse demasiado con los guijarros, las espinas y los pedazos de vidrio procedentes de la desidia o de la maldad de los hombres, sin apenas refunfuñar, porque le era necesario. Pues no sabía prestar atención a su camino y escoger el sitio donde poner los pies uno detrás de otro (lo que le habría permitido andar descalzo) Y aunque lo hubiese sabido no le hubiese servido de mucho, tan poco dueño era de sus movimientos. Y para qué apuntar a lugares musgosos y lisos puesto que el pie cae al lado, sobre los pedernales y los cascos, o se hunde hasta la rodilla en las bostas. Pero para pasar ahora a otro orden de consideraciones, es quizá licito desear eventualmente a Macmann, puesto que desear no cuesta nada, una parálisis general excluyendo a lo sumo los brazos si fuera concebible, en un lugar tan impermeable como fuera posible al viento, a la lluvia, a los ruidos, al frío, a los grandes calores semejantes a los del siglo VII y a la luz del día, con uno o dos edredones útiles para todo y un alma caritativa pongamos semanal cargada de manzanas y de sardinas en aceite destinadas a retrasar hasta los límites extremos de lo posible el plazo fatal. Seria sorprendente. Pero, entre tanto, como el hecho de haberse acostado de espaldas no atenuaba en modo alguno la violencia de la lluvia, Macmann empezó al fin a agitarse, volviéndose a derecha y a izquierda como bajo el influjo de la fiebre, desabrochándose y volviéndose a abrochar, y finalmente girando sobre sí mismo siempre en el mismo sentido, poco importa cuál, primero con un breve descanso después de cada vuelta, después sin detenerse ya. Y en principio su sombrero hubiera debido seguirle, puesto que estaba atado a su abrigo, y el cordel hubiera debido enrollarse alrededor de su cuello, pero no fue así, pues la teoría es una cosa y la realidad otra, y el sombrero permanecía donde estaba, quiero decir en su lugar, como un objeto

abandonado. Pero quizá llegue un día, un día de mucho viento que lo vea, de nuevo seco y ligero, correr y saltar por la llanura y llegar así hasta las proximidades de la ciudad o del océano, aunque no necesariamente. Ahora no era la primera vez que Macmann rodaba por tierra, pero lo había hecho siempre sin intención locomotriz. Mientras que entonces, al alejarse del lugar en donde la lluvia lo había sorprendido lejos de todo abrigo, y que continuaba gracias al sombrero sobresaliendo del espacio circundante, comprendió que avanzaba con regularidad e incluso con cierta rapidez, según el arco de un círculo probablemente gigantesco, puesto que se imaginaba con un extremo más pesado que el otro, sin saber cuál, pero no mucho más. Y mientras rodaba concibió y pulió el proyecto de continuar rodando toda la noche si era necesario, o al menos hasta que sus fuerzas lo abandonaran, y acercarse así a los confines de la llanura, que a decir verdad no tenía ninguna prisa en abandonar, pero que sin embargo abandonaba, lo sabía. Y sin disminuir su marcha empezó a soñar con un país llano donde nunca jamás tendría que levantarse ni mantenerse de pie en equilibrio, primero sobre el pie derecho por ejemplo, después sobre el pie izquierdo, y donde podría ir y venir y de esta manera sobrevivir, como un enorme cilindro dotado de inteligencia y de voluntad. Y sin abandonarse exactamente a proyectos para el futuro, pues esto...

Pronto, pronto, mis pertenencias. Calma, calma, dos veces, tengo tiempo, todo el tiempo, como de costumbre. Mi lápiz, mis dos lápices, este del que sólo queda entre mis enormes dedos la mina, salida por completo de la madera, y el otro, largo y redondo, en alguna parte de la cama, que tenía en reserva, no voy a buscarlo, sé que está allí, si tengo tiempo cuando haya terminado lo buscaré, si no lo encuentro no lo tendré, haré la corrección con el otro, si me queda. Calma, calma. Mi cuaderno, no lo veo, pero lo siento en mi mano izquierda, no sé de dónde viene, no lo tenía al llegar aquí, pero comprendo que es mío. Así es, como si tuviese sesenta años. La cama, pues, también sería mía, y la mesilla, el plato, los bacines, el armario, las mantas. No, nada de todo esto es mío. Pero el cuaderno es mío, no me lo explico. Los dos lápices, pues, el cuaderno y también el bastón, que tampoco tenía al llegar aquí, pero que considero como de mi propiedad. He debido describirlo ya. Estoy tranquilo, tengo tiempo, pero describiré lo mínimo. Está en la cama conmigo, bajo las mantas, antes me frotaba contra él diciéndome: “Es una mujercita.” Pero es tan largo que sale por debajo de la almohada y termina lejos detrás de mí. Continúo de memoria. Está oscuro. Apenas veo la ventana. De nuevo debe dejar paso a la noche. Aunque tuviera tiempo de pescar mis cosas, acercarlas hasta la cama una a una o varias a la vez, enganchadas unas a otras como sucede a menudo con las cosas abandonadas, no vería nada. Y en efecto quizá tenga tiempo, supongamos que lo tenga, y hagamos como si no lo tuviera. Pero no debe hacer mucho tiempo que lo he revisado y controlado todo, cuando había más luz, en previsión de esta hora. Pero

después he debido de olvidarlo todo. No, todo no, es raro olvidarlo todo. Una aguja pinchada entre dos tapones, para que no me pinche, puesto que si la punta pincha menos que el ojo, no, esto está mal, puesto que si la punta pincha más que el ojo, el ojo pincha también, esto también está mal. Alrededor de la aguja visible entre los dos tapones, se enrolla todavía un poco de hilo negro. Es una cosilla bonita, como un..., no, no se parece a nada. Mi cazoleta de pipa, aunque nunca haya usado pipa. He debido de encontrarla en alguna parte, por el suelo, durante un desplazamiento. Estaba allí, en la hierba, tirada porque ya no podía servir, con el tubo completamente roto, recuerdo ahora el detalle, por donde se une a la cazoleta. Hubieran podido reparar la pipa, pero debieron decirse: "¡Bah!, me compraré otra." Yo solo encontré la cazoleta. Pero todo esto son suposiciones. Quizá me pareció bonita o experimenté por ella el infecto sentimiento de piedad que tan a menudo he experimentado ante las cosas, sobre todo cosillas portátiles de madera o de piedra, y que me inspiraba el deseo de llevarlas conmigo y guardarlas siempre, de modo que las recogía y me las metía en el bolsillo, a menudo llorando, puesto que he llorado hasta muy viejo, porque en el fondo no he evolucionado en cuanto a afectos y pasiones, a pesar de mi experiencia. Y sin la compañía de tales cosillas que recogía por aquí y por allá, al azar de mis desplazamientos, y que a veces me daban la impresión de que también ellas me necesitaban, me habría refugiado quizá en el trato con la buena gente, o en los consuelos de una confesión cualquiera, aunque no lo creo. Y me gustaba, lo recuerdo, al andar, con las manos en los bolsillos, pues intento hablar de la época en que andaba todavía sin bastón y con mayor razón sin muletas, me gustaba tocar y acariciar los objetos duros y tersos que se hallaban allí, en mis hondos bolsillos, era mi modo de hablarles y de tranquilizarlos. Y me dormía fácilmente con una piedra, o una castaña de indias o una piña en la mano, y al despertar los tenía todavía, apretándolos con los dedos, a pesar del sueño que convierte al cuerpo en un trapo para que descanse. Y aquellos de los que me cansaba o que eran sustituidos por otros en mi afecto, los tiraba, es decir, buscaba cuidadosamente un lugar donde estuvieran tranquilos para siempre, donde jamás nadie pudiera encontrarlos salvo por una extraordinaria coincidencia, y tales lugares son escasos, y los dejaba allí con cuidado. Y a veces los enterraba, o arrojaba al mar con todas mis fuerzas, tan lejos de la costa como me era posible, aquellos de los que tenía la seguridad de que no flotarían, ni siquiera por breves momentos. Pero incluso a los amigos de madera los he arrojado al fondo algunas veces, lastrándolos con una piedra. Pero he comprendido que no era necesario. Pues una vez podrido el cordel subirán a la superficie, si no lo han hecho ya, y volverán a la tierra tarde o temprano. Así me desprendía de objetos queridos que ya no podía guardar, por culpa de nuevos amores. Y a menudo los echaba de menos. Pero los había escondido tan bien, que ni yo mismo podía encontrarlos de nuevo. Así es cómo debe hacerse, como si todavía tuviese tiempo que perder. Por otra parte, este

es el caso, en el fondo lo sé. Entonces, ¿por qué jugar a tener prisa? No lo sé. Quizá tenga prisa después de todo. Antes tuve tal impresión. Pero mis impresiones. ¿Y si no me importara tanto recordar lo que me queda de lo que he tenido, una buena decena de objetos por lo menos? Sí, sí, es absolutamente necesario. Entonces es otra cosa. ¿Por dónde iba? Mi cazoleta. Nunca, pues, me he desprendido de ella. Me servia de recipiente, metía en ella un montón de cosas, me pregunto qué podía meter en ella, en un espacio tan reducido, y le fabriqué una tapa de hojalata. Adelante. El pobre Macmann. Decididamente jamás se me permitirá acabar nada, salvo el respirar. No hay que ser goloso. Pero ¿es así cómo uno se ahoga? Hay que creerlo. Y el estertor, ¿qué se hace con él? Quizá no sea imprescindible después de todo. Haber dado el vagido, después joderse y no dar el estertor. Cómo la vida puede hacer perder el placer de la protesta. Vamos, es un detalle. Me pregunto cuál será mi última palabra, escrita, las otras vuelan, en lugar de permanecer. Nunca lo sabré. Tampoco acabaré este inventario, me lo dice un pajarito, el paráclito quizá, de la familia de los psitacidios. Así sea. Una maza en todo caso, nada puede hacer, hay que decir lo que es, sin intentar comprender, hasta el fin. Hay momentos en que tengo la sensación de estar aquí desde siempre, quizá incluso de haber nacido aquí. Esto explicaría muchas cosas. O de haber regresado aquí después de una larga ausencia. Pero se acabaron las sensaciones, las hipótesis. Esta maza es mía, punto y basta. Está manchada de sangre, pero insuficientemente, insuficientemente. Me he defendido mal, pero me he defendido. Es lo que a veces me digo. Una bota, originariamente amarillenta, ya no sé de qué pie, del izquierdo sin duda, sobre el que me levanto. La otra ha desaparecido. Me la quitaron, al principio, cuando ignoraban todavía que no podría volver a moverme. Y me dejaron la otra, con la esperanza de que al verla sola me daría pena. Los hombres son así. O quizá esté encima del armario. La he buscado por todas partes, en efecto, con mi bastón, pero he olvidado la parte superior del armario. Y como no la buscaré nunca más, ni sobre el armario ni por otra parte, ni a ella ni a nada, ya no es mía. Pues sólo son mías en rigor las cosas cuya situación conozco lo suficiente para poder atraparlas, es la definición que he adoptado para definir mis pertenencias, de lo contrario no acabaría nunca, pero de todos modos no acabaré nunca. No se parecía mucho —hago mal en hablar de ella— a la que todavía tengo, la amarilla, cuya característica más notable es su gran número de ojetes, jamás he visto una bota con tantos ojetes, la mayoría inutilizables, al haberse convertido en rajas, de agujeros redondos que eran. Todas esas cosas están juntas en el rincón, en desorden. Podría atraparlas, incluso en esta oscuridad, con sólo quererlo. Las localizaría al tocarlas, el mensaje afluiría a lo largo de mi bastón, engancharía el objeto deseado y lo traería hasta la cama, lo oiría resbalar y saltar hacia mí a lo largo del suelo, cada vez más próximo, cada vez menos querido, lo izaría sobre la cama, prestando atención a la ventana, al techo, y por fin lo tendría en mis manos. Si fuese mi sombrero quizá me lo pondría,

me recordaría mis buenos tiempos, aunque guardo suficientes recuerdos de ellos. Ya no tiene alas, parece una corteza de melón. Para ponérselo y quitárselo hay que cogerlo con ambas manos, apretándolo. Es quizá el único objeto todavía mío cuya historia recuerdo bastante bien, quiero decir a partir del momento en que pasó a formar parte de mis propiedades. Sé en qué circunstancias perdió sus alas, yo estaba presente. Fue para conservarlo puesto durante el sueño. Me gustaría que lo enterraran conmigo, es un capricho inocente, pero ¿cómo hacerlo? Memorándum, ponérmelo en cualquier circunstancia, bien calado, antes de que sea demasiado tarde. Pero cada cosa a su tiempo. Me pregunto si debo continuar. Me doy cuenta de que me atribuyo quizá cosas que ya no tengo, que doy por perdidas otras que no lo están, y que hay otras, en fin, allá en el rincón, pertenecientes a una tercera categoría, la de las que lo ignoro todo y a cuyo respecto no me arriesgo a equivocarme ni a tener razón. Y me digo también que después del último control de mis pertenencias ha pasado mucha agua bajo el Butt Bridge, en los dos sentidos. Pues bastante he perecido en esta habitación para saber que hay cosas que salen de ella, y otras que entran, por no sé qué medio. Y entre las que salen hay algunas que vuelven, tras una ausencia más o menos prolongada, y otras que no vuelven nunca. De modo que, entre las que vuelven, algunas me son familiares, mientras que otras no. No lo entiendo. Y, algo todavía más curioso, hay toda una serie de objetos, aparentemente sin nada de particular en común, que jamás me han abandonado desde que estoy aquí, y que han permanecido prudentemente en su sitio, en el rincón, como en cualquier habitación inhabitada. O de lo contrario lo hacen muy aprisa. Todo esto suena a falso. Pero nada me dice que siempre será igual. No me explico de otro modo el carácter cambiante de mis pertenencias. Ni así. De modo que, hablando con exactitud, me es imposible saber, de un instante a otro, qué es mío y qué no lo es, según mi definición. Entonces me pregunto si debo continuar, redactar un inventario, teniendo en cuenta que mis relaciones con la realidad son quizá muy lejanas, y si no sería mejor terminar de una vez y entregarme a otro tipo de distracción que no diera tanto que hacer, o esperar sencillamente, sin hacer nada, o quizá contando, uno, dos, tres y así sucesivamente. Vivir de modo que resultara imposible perjudicarme. Esto es ser escrupuloso. Si tuviera un penique le confiaría la decisión. Decididamente la noche es larga y pobre en consejos. ¿Y si persistiera hasta el amanecer? Sí, está decidido. Buena idea, excelente idea. Si al amanecer estoy aquí, decidiré. Tengo sueño. Pero no me atrevo a dormir. Al fin y al cabo, rectificaciones in extremis, in extremissimis, son siempre posibles. Pero, ¿cuándo acabaré de morirme? Vamos, Malone, no vas a empezar de nuevo. ¿Si hiciera venir todas mis pertenencias tal cual y las tuviera conmigo en la cama? ¿Serviría de algo? Supongo que no. Pero quizá lo haga. Siempre tengo este recurso. Cuando haya luz. Entonces las tendré todas a mi alrededor, sobre mi, debajo de mí, a ambos lados, estaré en medio de mis pertenencias, en el

Librodot

rincón ya no habrá nada, todo estará en la cama, conmigo. Tendré en la mano mi foto, mi piedra, para que no se vayan. Me pondré el sombrero. Quizá tenga algo en la boca, mi papel de periódico quizá, o mis botones, y yaceré sobre otros tesoros. Mi foto. No es una foto de mi persona, pero quizá me parezca bastante. Es un asno, tomado de frente y de bastante cerca, junto al océano, no es el océano, pero para mí es el océano. Han intentado naturalmente hacerle levantar la cabeza, para que sus hermosos ojos se impriman en la película, pero la tiene gacha. En las orejas se le nota que no está contento. Le han puesto un canotier en la cabeza. Las piernas flacas, duras y paralelas, las pequeñas pezuñas a flor de arena. Los contornos aparecen desvaídos, la risa del fotógrafo ha movido la cámara. El océano tiene un aspecto tan artificial que parece un decorado. Pero tal vez debería decir lo contrario. Ya no hay rastros de ropa por ejemplo, salvo el zapato, el sombrero y tres calcetines, los he contado. ¿Dónde han ido a parar mis ropas, mi abrigo, mi pantalón y la chaqueta de franela que me dio el señor Quin, manifestándome que él no la necesitaba? Quizá las hayan quemado. Pero no se trata de lo que ya no poseo, eso no cuenta en semejante momento, se diga lo que se diga. Por otra parte, Creo que voy a interrumpirme. Guardaba lo mejor para el final, pero no me siento bien, me voy quizá, pero me extrañaría. Es un desfallecimiento pasajero, todo el mundo ha conocido alguno. Uno desfallece, después eso pasa, se recobran las fuerzas y se empieza de nuevo. Es probablemente lo que me sucederá. Bostezo, ¿bostezaría si se tratara de algo grave? Por qué no. De buena gana comería un poco de sopa, me parece, si quedara. No, aunque quedara no la tomaría. No. Ya no renuevan mi sopa desde hace algunos días, ¿lo he dicho? He debido decirlo. Resulta inútil mandar mi mesa hasta la puerta, traerla hacia mí, hacerla ir y venir con la esperanza de que el ruido sea percibido y correctamente interpretado, por quien deba hacerlo, en caso de tratarse de un olvido. El plato permanece vacío. El bacín, por el contrario, está lleno y el otro se llena lentamente. Si llego a llenarlo vaciaré ambos en el suelo, pero hay pocas posibilidades. Al no comer nada me intoxico menos y mis evacuaciones escasean. Los bacines no parecen ser míos, los tengo sólo en usufructo. Entran en la definición de lo que es mío, pero no son míos. Quizá sea la mía una mala definición. Cada uno tiene dos asas una frente a la otra, sobrepasando el borde, lo que me permite manejarlos al deslizar en ellas mi bastón, levantarlos y depositarlos. Todo ha sido previsto. O es una feliz coincidencia. No me será, pues, difícil volcarlos, si me encuentro acosado, y aguardar a que se vacíen, el tiempo preciso. Hablar de mis bacines me ha vigorizado un poco. No son míos, pero digo mis bacines, como digo mi cama, mi ventana, como digo yo. No voy a detenerme. Mis pertenencias me han hecho flaquear, si las enumero de nuevo volveré a desfallecer, pues las mismas causas producen los mismos efectos. Hubiese querido hablar de mi tapa de timbre de bicicleta, de mi mitad de muleta, la mitad y el travesaño, diríase una muleta de bebé. Aún puedo terminar de hacerlo, quién me lo impide, no

lo sé, no puedo. Decir que quizá vaya a morir de hambre, mejor dicho de inanición, después de haber luchado con éxito durante toda mi vida contra semejante plaga. No puedo creerlo. A los viejos impotentes los ceban hasta el final. Y cuando no pueden ya digerir les meten un tubo en el esófago, o en el recto, y les entonelan papilla vitaminizada, se trata de no tener un homicidio sobre la espalda. Moriré, pues, de vejez pura y simple, harto de días como antes del diluvio, el estómago lleno. Quizá me creen muerto. O hayan muerto ellos. Digo ellos, aunque en el fondo nada sé. Al principio, pero era al principio, veía a una vieja, después durante algún tiempo un viejo brazo amarillo, pero probablemente no hacían sino ejecutar las órdenes de un consorcio. En efecto, el silencio por momentos es tal que la tierra parece estar deshabitada. Hasta ahí conduce la afición a generalizar. Basta no oír otra cosa, en su agujero, durante algunos días, que el ruido de las cosas, para que uno se crea el último superviviente del género humano. ¿Y si gritara? No es que quiera atraer la atención sobre mi persona, lo haría sólo para intentar saber si hay alguien. Pero no me gusta gritar. He hablado despacio, he andado despacio siempre, como conviene a quien no tiene nada que decir ni sabe adónde ir. Pues en tales condiciones es preferible no hacerse notar. Sin tener en cuenta que bien pudiera ser que no hubiera nadie en un radio de cien pasos, y a continuación un vecindario tan denso que la gente se pisotee al andar. No se atreve uno a aproximarse. En tal caso me fatigaría inútilmente. Con todo, voy a intentarlo. Lo intenté. No he oído nada anormal. Sí, un chirrido abrasador en el fondo de la tráquea como cuando se tiene acidez. Si me entreno acabaré quizá por hacer oír un gemido. Lo mejor sería dormir. Desgraciadamente ya no tengo sueño. Por otra parte, no debo dormir. Qué aburrimiento. He perdido el tren. ¿He dicho ya que sólo digo una pequeña parte de las cosas que se me ocurren? He debido decirlo. Escojo las que parecen tener una cierta relación entre ellas. No siempre es fácil. Espero que sean las más importantes. Me pregunto si podré interrumpirme. Si tirara mi mina. No la recuperaría nunca. Podría echarla de menos. Mi querida mina. Es un riesgo que no estoy dispuesto a correr en este momento. ¿Qué hago, pues? Me pregunto sí conseguiría, sirviéndome del bastón como de un bichero, desplazar mi cama. Bien podría estar sobre ruedas, muchas camas lo están. Resulta increíble que nunca me haya planteado esta cuestión desde que estoy aquí. Quizá conseguiría conducirla a través de la puerta, tan estrecha es, e incluso hacerla bajar por la escalera, si hubiera una escalera que bajar. Irme. La oscuridad me perjudica, en un sentido. Pero siempre puedo intentar averiguar si la cama se deja arrastrar. Basta apoyar el bastón contra la pared y hacer fuerza. Y ya me veo, si funciona, dando una vueltecita por la habitación, en espera de que haya suficiente luz para intentar la aventura. Durante este tiempo por lo menos no me diré más mentiras. Y después, quién sabe, el esfuerzo físico podría rematarme, mediante un ataque cardíaco.

He perdido mi bastón. He aquí el hecho más sobresaliente de la jornada, pues ya es de día otra vez. La cama no se ha movido. He debido de escoger mal mi punto de apoyo, en la oscuridad. Sine qua non, Arquímedes, tenía razón. El bastón, al resbalar, me hubiera sacado de la cama si yo no lo hubiera soltado. Mejor hubiera sido naturalmente renunciar a la cama que perder mi bastón. Pero no tuve tiempo para reflexionar. El miedo de caer hace cometer locuras semejantes. Es un desastre. Revivirlo, reflexionar sobre ello y sacar conclusiones, es sin duda lo mejor que puedo hacer ahora. Así el hombre se distingue de los primates y va, de descubrimiento en descubrimiento, cada vez más arriba, hacia la luz. Me doy cuenta ahora, cuando ya no lo tengo, de lo que era mi bastón y de lo que representaba para mí. Y de ahí me remonto, penosamente, a una comprensión del Bastón, despojado de todos sus accidentes, insospechada hasta ahora. De ahí, de repente, mi conciencia notablemente ampliada. De modo que no estoy lejos de ver, en la auténtica catástrofe que acaba de destrozarme, un mal para bien. Es consolador. Catástrofe también en el sentido antiguo sin duda. Permanecer frío como el mármol debajo de la lava, ahí es donde se ve de qué madera se está hecho. Saber poder hacerlo mejor, hasta sentirse otro, la próxima vez, y que no hay próxima vez, y que es una suerte que no la haya, he aquí con qué satisfacerse durante un momento. Creí sacar el máximo de esta especie de cabeza de lobo, como el mono, al rascarse, de la llave que abre su jaula. Por otra parte, es lo mejor que se puede hacer. Porque ahora comprendo que manejando mi bastón de manera inteligente habría podido sacarme de la cama y quizá volver a meterme en ella, cuando me hubiera cansado de arrastrarme y de rodar por el suelo o por la escalera. Eso hubiera dado un toque de variedad a mi descomposición. ¿Cómo no lo pensé? Es cierto que no deseaba abandonar la cama. Pero ¿puede el sabio no desear una cosa cuya posibilidad ni siquiera concibe? No lo entiendo. El sabio quizá no. Pero, ¿yo? De nuevo es de día, lo que aquí se toma por tal. He debido de dormir tras una breve crisis de desaliento, como no la tuve desde hace mucho. Pues por qué desalentarse, se salvó un ladrón, es un buen porcentaje. Veo el bastón en el suelo, cerca de la cama. Es decir, veo sólo una parte, como de todo lo que se ve. Es como si se hallara en el Ecuador. No, no del todo, pues quizá encuentre el medio de recuperarlo, tan ingenioso soy. No todo está perdido irremisiblemente. Entre tanto, nada me pertenece, según mi definición, si no recuerdo mal, salvo mi cuaderno, mi mina y el lápiz francés, suponiendo que realmente exista. Hice bien al interrumpir mi inventario, estuve inspirado. Me siento menos débil, quizá me hayan alimentado mientras dormía. También veo el bacín, el que no está lleno, ya no podré alcanzarlo. Sin duda me veré obligado a hacerlo en la cama, como cuando era bebé. Al menos no me regañarán. Ya he hablado bastante de mí. Diríase que me alivia estar sin bastón. Tengo una idea para intentar recuperarlo. Acabo de pensar algo. ¿Y si su propósito, al privarme de la sopa, fuese el de ayudarme a

morir? Juzgamos demasiado a la ligera a la gente. Pero en tal caso, ¿por qué alimentarme mientras duermo? Pero no es seguro. Pero si quisieran ayudarme, ¿no sería más inteligente darme sopa envenenada, mucha sopa envenenada? Quizá teman la autopsia. Son gente previsora, se nota. Esto me recuerda que tenía entre mis pertenencias un frasquito sin etiqueta con algunos comprimidos dentro. ¿Laxantes? ¿Sedantes? Ya no recuerdo. Pedirles tranquilidad y no obtener más que una diarrea, resultaría cargante. Por lo demás, la cuestión no se plantea. Y estoy tranquilo, no mucho, me falta todavía un poco de tranquilidad. Y después, basta de hablar de mí. Voy a ver si sirve mi idea para recuperar el bastón. Lo cierto es que debo de estar muy débil. Si sirve de algo intentaré salir de la cama, para empezar. Si no, no sé qué haré. Ver qué ha sido de Macmann quizá. Siempre dispongo de este recurso. ¿Por qué esta necesidad de actividad? Me pongo nervioso.

Un día, mucho más tarde, a juzgar por su aspecto, Macmann recobró el sentido, una vez más, en un asilo. Al principio ignoraba que lo fuera, estando metido dentro, pero se lo dijeron en cuanto fue capaz de recibir un comunicado. En resumen le dijeron: “Estás aquí, en el asilo de San Juan de Dios, con el número ciento setenta y seis. No temas nada, estás entre amigos. Date cuenta. No te preocupes por nada, nosotros pensaremos y obraremos por ti de ahora en adelante. Eso nos gusta. Por tanto, no nos des las gracias. Aparte de los alimentos adecuados para mantenerte vivo, e incluso sano, recibirás, todos los sábados, en honor de nuestro patrón; media pinta británica de cerveza negra y tabaco para mascar.” Siguieron instrucciones sobre sus derechos y deberes, pues se le reconocía todavía cierto número de derechos, a pesar de la bondad de que era objeto. Asombrado por semejante tuteo torrencial, pues hasta ahora había escapado a la caridad, Macmann no comprendió de momento que se dirigían a él. La habitación, o celda, donde se hallaba, hervía de hombres y mujeres vestidos de blanco. Se apretujaban alrededor de su cama, y los que aparecían en segunda fila se empinaban y alargaban el cuello para verlo mejor. El que hablaba era un hombre, naturalmente, en la flor y plenitud de la vida, en cuyos rasgos se reflejaban en idénticas dosis dulzura y severidad, y llevaba una barba roñosa destinada sin duda a reforzar su parecido con Cristo. A decir verdad, más que improvisar leía, o recitaba, a juzgar por el papel que sostenía entre las manos y al que lanzaba de vez en cuando una ojeada ansiosa. Por fin tendió el papel a Macmann, al mismo tiempo que un lápiz indeleble cuya punta acababa de meterse en la boca, y le rogó que estampara su firma, advirtiéndole que se trataba de un requisito sin importancia. En cuanto Macmann hubo obedecido, sea por temor a ser castigado si se negaba, sea por no comprender la gravedad de lo que hacía, el otro cogió de nuevo el papel, lo examinó y dijo: “Mac... ¿qué?” Fue entonces cuando una voz de mujer, exageradamente aguda y desagradable, se dejó oír, diciendo: “Mann, se llama Macmann”. Dicha mujer se hallaba situada detrás de

Macmann, de modo que este no podía verla, y apretaba con cada mano un barrote de la cama. “¿Quién es usted?”, dijo el barbudo. Alguien respondió: “Es Moll, bueno, se llama Moll” El barbudo se volvió hacia quien acababa de hablar, lo observó un momento, después bajó los ojos. “Cierto, cierto —dijo—, estoy enfermo.” Añadió, tras un silencio: “Hermoso nombre”, sin que pudiera saberse con exactitud si el elogio iba dirigido al hermoso nombre de Moll o al hermoso nombre de Macmann. “¡No empujen, por Dios!”, dijo con enfado. Después, dando de pronto media vuelta, exclamó: “¡A ver si dejan de empujar de una vez!” La habitación, en efecto, se llenaba cada vez más, por la afluencia de nuevos curiosos. “Yo me voy”, dijo el barbudo. Entonces se retiraron todos, de modo desordenado, atropellándose y tratando cada cual de pasar primero, excepto Moll, que no se movió. Pero cuando todos hubieron salido, se dirigió hasta la puerta y la cerró, después volvió a sentarse, en una silla, junto a la cama. Era una viejecita, de cuerpo y rostro inmoderadamente desgraciados. Parece llamada a desempeñar cierto papel en los insignes sucesos que espero me permitirán acabar de una vez. Los brazos flacos y amarillos y retorcidos por una deformación ósea cualquiera, los labios tan anchos y gruesos que parecían comerle la mitad del rostro, eran lo más repugnante en ella (a primera vista). En lugar de pendientes llevaba dos crucecitas de marfil que se balanceaban desenfrenadamente al menor movimiento de su cabeza.

Me interrumpo para señalar que me siento extraordinariamente bien. Quizá sea el delirio.

Macmann pensó que esa persona debía de ser la encargada de cuidarle y servirle. Correcto. En efecto, había sido decretado, por la superioridad, que el ciento setenta y seis sería para Moll. Ella, por otra parte, había hecho la demanda, según las fórmulas previstas. Le traía de comer (un buen plato por día, caliente al principio, muy pronto frío), vaciaba el orinal todas las mañanas y le enseñaba a lavarse la cara y las manos todos los días, y las restantes partes del cuerpo, una tras otra, una vez por semana: los pies, los lunes; las piernas hasta las rodillas, los martes; los muslos, los miércoles, y así sucesivamente, dejando el cuello y las orejas para el domingo; no, el domingo descansaba. Ella barría la habitación, arreglaba la cama de vez en cuando y parecía obtener un exagerado placer al frotar y sacar brillo a los cristales esmerilados de la única ventana, que nunca se abría. Informaba a Macmann, cuando este hacía algo, de si estaba permitido o no, e igualmente, cuando permanecía inerte, de si tenía o no derecho. ¿Significaba que ella permanecía constantemente junto a él? No, y sin duda tenía otros cuidados que prodigar y otras instrucciones. Pero durante los primeros tiempos, esperando que él se habituara a la aún reciente felicidad, lo abandonaba lo menos posible e incluso lo velaba parte de la noche. Que era comprensiva y de buenos sentimientos, se deduce de la siguiente anécdota. Un día, poco después de su admisión,

Macmann comprendió que vestía, en vez de su atavío habitual, una ancha y larga camisa de tela tosca, quizá estameña. Acto seguido empezó a reclamar ruidosamente sus ropas, comprendiendo en ellas probablemente el contenido de sus bolsillos, pues gritó: "¡Mis cosas! ¡Mis cosas!" Muchas veces, agitándose en la cama y golpeando las mantas con las manos abiertas. Moll se sentó entonces en el borde de la cama y distribuyó sus manos de la manera siguiente: una sobre una de las de Macmann, la otra sobre su frente, la de él o la de ella, la de él. Era tan baja que sus pies no llegaban al suelo. Cuando Macmann se hubo calmado un poco, le dijo que sus ropas desde luego ya no existían y por consiguiente no podían devolvérselas, y en cuanto a los objetos que habían sacado de ellas se juzgaron carentes de valor alguno y buenos sólo para tirar, salvo un portacuchillos de plata que tenía a su disposición. Pero esas declaraciones provocaron en Macmann tal inquietud, que se apresuró a añadir, riendo, que únicamente se trataba de una broma y que en realidad sus ropas, después de haber sido lavadas, planchadas, zurcidas, naftalinadas y guardadas en una caja de cartón con su nombre y su número, se hallaban en un lugar tan seguro como si hubieran sido recibidas en depósito por el Banco de Inglaterra. Pero como Macmann continuaba reclamando sus cosas, como si nada hubiera comprendido de cuanto ella acababa de decirle, se vio obligada a invocar el reglamento, que en ningún caso admitía que un hospitalizado recuperara su apariencia de hombre sin hogar ni familia hasta el fin de su hospitalización. Pero como Macmann continuaba reclamando sus ropas a grito pelado, y especialmente su sombrero, ella lo dejó diciéndole que no era razonable. Y reapareció poco después sosteniendo con la punta de los dedos el sombrero en cuestión, que había ido a buscar quizá en el montón de basuras al fondo del huerto, cualquier investigación requiere demasiado tiempo, pues, cubierto de estiércol, parecía estar en plena descomposición. Y lo que es más, permitió que se lo pusiera, e incluso lo ayudó, ayudándole a incorporarse y arreglándole las almohadas de modo que pudiera sostenerse sin fatiga. Contempló enternecida el viejo rostro aturdido que empezaba a calmarse y debajo de la barba la boca que intentaba sonreír, y los ojillos enrojecidos que se volvían tímidamente hacia ella con aire de querer agradecérselo o se posaban sobre el sombrero recobrado, y las manos que se alzaban para calárselo mejor y de nuevo se posaban temblorosas sobre la manta. Y finalmente cambiaron una larga mirada y la boca de Moll se abrió y se hinchó en una horrenda sonrisa, lo cual hizo parpadear los ojos de Macmann como los de un animal al que su amo mira fijamente y por último los obligó a desviarse. Fin de la anécdota. Debe de tratarse del mismo sombrero abandonado en medio de la llanura, tanto se le parece, aparte de su aspecto deteriorado por el uso. ¿Se trata por casualidad del mismo Macmann, después de todo, a pesar del extraordinario parecido físico, y espiritual, para quien sabe lo que puede el paso de los años? Efectivamente, los Macmann son numerosos en la isla, y en su mayoría orgullosos, por

añadidura, de haber salido todos, a fin de cuentas, del mismo ilustre cojón. Se parecen, pues, forzosamente unos a otros, hasta el punto de confundirse incluso en el espíritu de aquellos que les quieren bien y se sentirían de verdad dichosos si pudieran separarlos. Por lo demás, no importa de qué vestigios de carne y de conciencia se trata, no vale la pena rastrear a la gente. Desde el momento en que todavía es lo que se llama un ser vivo no cabe equivocarse, es culpable. Durante mucho tiempo no se movió de la cama, en la duda de poder andar, y aun de tenerse en pie, y con el temor, suponiendo que pudiera levantarse, a los disgustos que podría acarrearle por parte de la dirección. Consideremos ante todo la primera fase de la estancia de Macmann en San Juan de Dios. Pasaremos en seguida a la segunda, e incluso a la tercera, si es necesario.

Unas cuantas pequeñeces dignas de mención, muy curiosas dada mi situación, si las interpreto correctamente. Pero mis notas tienen la penosa tendencia, por fin lo he comprendido, a hacer desaparecer cuanto consideraba como su objeto. Me desvío, pues, conscientemente del extraordinario calor, por no decir cuál, que se ha adueñado de ciertas partes de mi máquina, no diré cuáles. Comparado con el otro no tiene importancia. ¡Y pensar que esperaba más bien un enfriamiento!

La primera fase, la de la cama, se caracterizó por la evolución de las relaciones entre Macmann y su guardiana. Poco a poco se estableció entre ambos una especie de intimidad, que les arrastró en un momento dado a acostarse juntos y a acoplarse lo mejor que pudieron. Pues dada su edad y su poca experiencia del amor carnal, era natural que no consiguieran al primer intento causarse la impresión de estar hechos el uno para el otro. Macmann se empeñaba en introducir su sexo en el de su compañera como si metiera una almohada en una funda, doblándolo en dos y empujándolo dentro con los dedos. Pero, lejos de desanimarse, se aficionaron al juego y terminaron por, aunque de una perfecta impotencia uno y otra, hacer brotar de sus secos y débiles abrazos una especie de sombría voluptuosidad, apelando a todos los recursos de la piel, las mucosas y la imaginación. De modo que Moll exclamó, pues era la más extrovertida de los dos (en aquella época): “¡No habernos encontrado sesenta años atrás!” Pero antes de llegar a eso, cuántos discreteos, temores y tímidos contactos, de los cuales sólo importa señalar aquí que hicieron entrever a Macmann el significado de la expresión ser dos. Hizo entonces indiscutibles progresos en el ejercicio de la palabra y aprendió en poco tiempo a colocar en su debido sitio los sí, no, más y bastante que mantienen la amistad. Entró por el mismo motivo en el mundo hechizado de la lectura, pues Moll le escribía cartas enardecidas y se las entregaba en mano. Y los recuerdos de la escuela son tan tenaces, para quienes han ido, que muy pronto pudo pasarse sin las explicaciones de su corresponsal y comprenderlo todo por sí mismo, sosteniendo la hoja tan lejos de sus ojos como sus brazos se lo

permitían. Durante la lectura, Moll permanecía un poco alejada, con la mirada baja, diciéndose: "Está allí..., allí..., allí", y mantenía dicha actitud hasta que el ruido de la hoja metida de nuevo en el sobre le anunciaba que él había terminado. Se volvía entonces acaloradamente hacía él, a tiempo de ver cómo se llevaba la carta a los labios o la apretaba contra su corazón, otro recuerdo de cuarto curso. Después se la devolvía y ella la metía debajo de la almohada con otras ya guardadas allí, dispuestas por orden cronológico y atadas con un lazo. Tales cartas apenas variaban en cuanto a la forma y al contenido, lo cual para Macmann facilitaba mucho las cosas. Ejemplo: "Querido, no pasa un día sin que dé gracias a Dios, de rodillas, por haberte encontrado antes de morir. Pues moriremos pronto los dos, eso cae de su peso. Que sea justo en el mismo momento, es todo cuanto pido. Por lo demás, tengo la llave de la farmacia. Pero aprovechemos antes este suntuoso ocaso, imprevisto, menos no puede decirse, tras un largo día de tormenta. ¿No piensas lo mismo? ¡Querido! ¡No habernos encontrado sesenta años atrás! No, así es mejor, no tendremos tiempo de aprender a aborrecernos, de ver marchitarse nuestra juventud, de recordar la antigua embriaguez en medio de la náusea, de buscar en terceros, cada cual por su cuenta, lo que juntos no podamos ya, en fin, de habituarnos el uno al otro. Hay que ver las cosas como son, ¿verdad, cariño? Cuando estoy entre tus brazos, y tú en los míos, no es gran cosa, cierto, comparado con el frenesí de la juventud, e incluso de la madurez. Pero todo es relativo, debemos creerlo, ciervos y ciervas a sus necesidades, nosotros a las nuestras. Es asombroso lo bien que te sales del paso, no puedo creerlo, ¡qué vida tan sobria y casta has debido de llevar! Yo también, lo habrás notado. Piensa también que la carne no lo es todo, sobre todo a nuestra edad, y busca amantes que puedan con sus ojos lo que nosotros podemos con los nuestros, que pronto lo habrán visto todo y que a menudo les cuesta permanecer abiertos, y con su ternura, privada del recurso de la pasión, lo que reducidos a ese único medio realizamos diariamente, aunque mis obligaciones nos separan. Considera por otra parte, puesto que nos lo contamos todo, que nunca he sido hermosa ni bien formada, sino más bien fea y casi deforme, a juzgar por los testimonios que he recibido. Papá, por ejemplo, me decía que parecía un macaco, recuerdo la expresión. Y tú, mi amor, cuando estabas en edad de hacer palpitar el corazón de las mujeres hermosas, ¿reunías las otras condiciones? Lo dudo. Pero al envejecer nos hemos vuelto apenas un poco más horribles que nuestros coetáneos mejor proporcionados, y tú, en particular, has conservado los cabellos. Y por no haber servido nunca, nunca comprendido, no carecemos de frescura ni inocencia, creo. Conclusión: por fin ha llegado para nosotros la estación de los amores; aprovechémosla; hay peras que sólo maduran en diciembre. Por lo que respecta al camino a seguir, déjalo de mi cuenta; haremos todavía cosas asombrosas, ya verás. En cuanto al sesenta y nueve, no estoy de acuerdo contigo, creo que hay que perseverar. Déjate hacer, ya me dirás algo. ¡Grandísimo truhán, vamos!

Son todos esos huesos lo que nos entorpece, es evidente. En fin, tomémonos tal como somos. Y sobre todo no nos apuremos, eso sólo son pequeñeces. Pensemos en las horas en que, abrazados, en la oscuridad, nuestros corazones entristeciéndose al unísono, escuchamos decir al viento lo que es estar fuera, por la noche, en invierno, y lo que es haber sido lo que nosotros hemos sido, y naufraguemos juntos en una desgracia sin nombre, apretujándonos. De eso se trata. Ánimos, pues, viejo bebé peludo a quien adoro, y muchos besos allí donde adivinas de tu Muñeca Borrachina. P. S. "He pedido las ostras, tengo esperanzas." Tal era el tono ligeramente discursivo de las declaraciones que Moll, desesperando sin duda de poder dar rienda suelta a sus sentimientos por vía normal, dirigía tres o cuatro veces por semana a Macmann, quien nunca las contestaba, quiero decir por escrito, pero manifestaba por todos los medios a su alcance el placer que sentía al recibirlas. Pero hacia el final del idilio, es decir un poco tardíamente, y cuando ya las cartas escaseaban, reuniendo todas las fuerzas de su vocabulario Macmann se dispuso a componer breves escritos curiosamente rimados, para ofrecérselos a su amiga, pues comprendía que se le escapaba. Ejemplo:

Muñeca Borrachina y viejo bebé
El amor nos unió un día
Al final de una larga vida
Que no siempre alegre fue
Cierto es
No siempre alegre fue

Otro ejemplo:

El amor nos ayuda a partir
Tu mano en mi mano hacia Glasnevin*
Lo mejor del camino es el fin
Para mí y para ti
Sí
Para ti y para mí

* Nombre de un famoso cementerio local.

Tuvo tiempo de componer diez o doce, más o menos de esta misma calidad, caracterizados sin excepción por la importancia dada al amor considerado como una especie de aglutinante mortal, idea que se encuentra con frecuencia en los textos místicos. Resulta extraordinario que Macmann haya podido izarse, en tan poco tiempo y a partir de principios más bien dificultosos, hasta una concepción tan elevada. Y uno se queda pensativo, preguntándose qué habría podido hacer si hubiera entrado en contacto con la verdadera sexualidad a una edad menos avanzada.

Librodot

Me pierdo. Ni una palabra.

Principios dificultosos en efecto, durante los cuales Moll le inspiraba una franca aversión. Sus labios particularmente le repugnaban, los mismos poco más o menos que algunos meses después habría de chupar gruñendo de placer, hasta el punto de que al verlos, no sólo cerraba los ojos, sino que se los cubría con las manos, para mayor seguridad. Fue ella, pues, quien por aquel entonces se deshizo en ardores insaciables, lo cual puede servir para explicar por qué, al final, pareció flaquear y necesitar estímulos a su vez. A menos que no se tratara sencillamente de una cuestión de salud. Lo que tampoco excluye la hipótesis de que Moll, considerando a partir de un momento dado que se había equivocado respecto a Macmann y que este no era lo que ella creía, haya querido poner punto final a sus relaciones, pero suavemente, para no alarmarlo. Desgraciadamente no se trata aquí de Moll, quien al fin y al cabo sólo es una hembra, sino de Macmann, ni tampoco del desenlace de sus relaciones, sino del comienzo. Lo referente al breve período de plenitud entre los dos alejados extremos, durante el cual entre el calor creciente de uno y el ya ligeramente en baja del otro se estableció una fugaz igualdad de temperatura, tampoco interesa ahora. Pues si hay que tener para no haber tenido y para no tener ya, nada nos obliga a hacer gala de ello. Pero demos la palabra a los hechos. He aquí el tono aproximado. Ejemplo. Un día, cuando Macmann empezaba a acostumbrarse a ser amado, sin responder aún como habría de hacerlo más tarde, separó el rostro de Moll del suyo con la excusa de examinar sus pendientes. Pero como ella se dispuso a volver a la carga, él la detuvo de nuevo, preguntándole al azar: "¿Por qué dos Cristos?", con aire de creer que con uno ya era suficiente. Pregunta a la que ella dio una respuesta absurda: "¿Por qué dos orejas?" Pero se hizo perdonar al cabo de un instante, diciendo, con una sonrisa (sonreía por naderías): "Son los ladrones; Cristo está en la boca." Separó entonces las mandíbulas y llevándose el labio entre el pulgar y el índice hacia la barbilla descubrió, rompiendo la monotonía de las encías, un colmillo largo, amarillo y sumamente descascarillado, tallado probablemente con una fresa para representar el célebre sacrificio. "Me lo cepillo cinco veces por día —dijo—, una por herida." Con el índice de la mano libre se lo tocó. "Se mueve —dijo—; temo despertarme cualquier mañana habiéndomelo tragado. Haría mejor en hacérmelo arrancar." Soltó su labio, que volvió inmediatamente a su lugar con un chasquido. Este incidente dejó una fuerte impresión en Macmann e hizo que Moll, en su afecto, diera un salto adelante. Y en cuanto al placer que experimentó más tarde al meterle la lengua en la boca y paseársela por las encías, ese raigóncruz desempeñó seguramente un buen papel. Pero, ¿qué sería del amor sin estos inofensivos adyuvantes? Ya sea un objeto, una liga según parece o una sobaquera. Y a veces la simple imagen de un tercero. Algunas palabras

para terminar con el desenlace de esta unión. No, no puedo.

Hastiada de mi hastío, blanca luna postrera, único pesar, ni siquiera eso. Estar muerto, ante ella, sobre ella, con ella, y girar, muerto sobre muerta, alrededor de los pobres hombres, y no tener que morir nunca más, de entre los moribundos. Ni siquiera eso, ni siquiera eso. Mi luna estuvo aquí abajo, muy abajo, lo poco que supe desear. Y un día, pronto, una noche terrestre, pronto, bajo la tierra, un moribundo dirá, como yo, al claro de tierra: "Ni siquiera eso, ni siquiera eso", y morirá, sin haber podido encontrar un pesar.

Moll. La mataré. Se ocupaba siempre de Macmann, pero no era ya la misma. Una vez terminada la limpieza, se instalaba en medio de la habitación, en una silla, y ya no se movía. Si él la llamaba, se sentaba en la cama e incluso se dejaba hacer cosquillas. Pero era evidente que pensaba en otras cosas y que sólo tenía un deseo: recuperar su silla y recobrar el gesto que ya se había hecho familiar en ella: el de darse lentos masajes en el vientre apretando bien con las dos manos. Por otra parte, empezaba a oler mal. Jamás había olido bien, pero entre no oler bien y exhalar el tufo que exhalaba por aquel entonces mediaba un abismo. Además, padecía vómitos. Volviéndose entonces, para no ofrecer a su amante mas que la espalda sacudida por movimientos espasmódicos, vomitaba mucho sobre el suelo. Y las deyecciones permanecían a veces, durante horas, allí donde habían caído, esperando que ella recuperara fuerzas para ir en busca de algo con que quitarlas y limpiar el suelo. Cincuenta años menos y parecería una embarazada. Por añadidura, perdía el cabello abundantemente, y confesó a Macmann que ya no se atrevía a peinarlo, por temor a acelerar la caída. "Me lo cuenta todo", se decía él con satisfacción. Pero esto no tenía importancia comparado con la alteración de su tez, que de amarilla pasaba a azafrán, a simple vista. Macmann, al verla tan desmedrada, no por ello sentía menos necesidad de abrazarla, por pestilente y vomitada que estuviera. Y en verdad lo hubiera hecho si ella no se hubiera opuesto. Se le comprende (a ella también). Pues cuando se tiene al alcance de la mano el único amor compartido de una vida desmesurada, lo más natural es querer aprovecharlo, mientras se esté aún a tiempo, y no dejarse desviar por repugnancias buenas para los tibios, pero que el amor no advierte, si es verdadero. Y aunque todo parecía indicar que Moll no estaba nada bien, Macmann no podía evitar ver en su actitud un enfriamiento hacia él. Y quizá hubiera algo de esto también. Sea lo que fuere, cuanto más decaía ella, más deseaba Macmann aplastarla contra su pecho, fenómeno lo suficiente extraño y curioso para merecer ser mencionado. Y cuando ella se volvía hacia él y lo miraba (y aún lo hacía de vez en cuando) con ojos en los cuales él creía leer un amor y una pena infinitos, entonces una especie de frenesí se apoderaba de él y empezaba a golpearse con los puños el pecho, la cabeza e incluso el colchón, mientras se contorsionaba y gritaba, con la

Librodot

esperanza quizá de que ella se apiadaría de él y vendría a consolarlo y a secarle las lágrimas, como el día en que había reclamado su sombrero. Y, sin embargo, no, se golpeaba, se retorcía y gritaba sin resultado, pues ella le dejaba hacer, e incluso salía de la habitación sí consideraba que la escena se alargaba demasiado. Entonces él continuaba solo fuera de sí, lo cual prueba, ¿no?, que era desinteresado, a menos que la imaginara escuchando detrás de la puerta. Y tranquilo al fin, o agotado, lamentaba la larga inmunidad perdida, el asilo, la caridad y la ternura humana. Y su irreflexión llegaba hasta el punto de preguntarse con qué derecho cuidaban de él. En una palabra, eran días muy malos para Macmann. Para Moll también, por supuesto, si se quiere. Fue por esta época cuando ella perdió su colmillo, salió por si mismo del alvéolo, durante el día por suerte, de modo que ella pudo recogerlo y guardarlo en lugar seguro. Macmann se dijo, cuando ella se lo comunicó: "Hubo un tiempo en que ella me lo hubiera ofrendado, o mostrado al menos." Pero se dijo a continuación, en primer lugar: "Hubiera podido callárselo: es, pues, una señal de cariño y confianza." Y en segundo lugar: "Pero me hubiera enterado de todos modos, cuando ella hubiera abierto la boca para hablar o para sonreír." Y finalmente: "Pero ella ya no habla ni sonríe." Un día, a primera hora de la mañana, un hombre a quien jamás había visto vino a decirle que Moll había muerto. Una menos. "Me llamo Lemuel —dijo—, aunque de padres probablemente arios, y me ocuparé de ti de ahora en adelante. Ahí tienes tus gachas. Cómetelas ahora que están calientes."

Un pequeño esfuerzo todavía. Lemuel daba la impresión de ser ligeramente más estúpido que malo, y sin embargo su maldad era considerable. Cuando Macmann, cada vez más inquieto por su situación aparentemente y habiéndose convertido en un ser capaz de aislar y expresar bastante bien para ser comprendido una pequeña parte de lo poco que le pasaba por la cabeza, cuando Macmann, digo, le pedía algún informe, era extraño que recibiera una respuesta inmediata. Habiéndole preguntado, por ejemplo, si San Juan de Dios era una institución privada o dependiente de la República, si era un hospicio para viejos y lisiados o un asilo para locos, si una vez atrapado uno podía al menos albergar la esperanza de salir algún día y, en caso afirmativo, por medio de qué diligencias, Lemuel permanecía pensativo durante largo rato, diez o quince minutos, inmóvil o si se quiere rascándose la cabeza o la axila, como si tales preguntas no se las hubiera formulado nunca, o quizá pensando en otra cosa. Y sí Macmann, impacientándose o creyendo haberse expresado mal, se atrevía a tomar de nuevo la palabra, un gesto autoritario le obligaba a callar. Así era el tal Lemuel, considerado bajo un determinado punto de vista. O gritaba, con pataleos de un nerviosismo indescriptible: "¡Déjame reflexionar, mierda!" Y casi siempre acababa por decir que no sabía nada. Pero era presa de accesos de buen humor casi hipomaniáticos. Entonces añadía: "Pero preguntaré." Y sacando su

Librodot

agenda, que tenía las dimensiones de un diario de a bordo, tomaba nota, murmurando: "Privado o estatal, locos o como nosotros, cómo salir, etc."; Macmann podía tener la seguridad entonces de que no se hablaría más de ello. "¿Puedo levantarme?", dijo un día. Ya en vida de Moll había manifestado más de una vez el deseo de levantarse y de salir a tomar el aire, pero tímidamente, como cuando se pide la Luna. Lo cual le sirvió para descubrir que en efecto, si era prudente, podría sin duda levantarse un día e incluso salir a respirar el aire puro de la planicie, y que ese día, en la gran sala donde todo el personal se reunía al amanecer antes de entrar en servicio, o irse a acostar, según los casos, se vería colgada en el tablón de servicio una nota así concebida: "Que el ciento setenta y seis se levante y salga." Pues en todo cuanto se refería al reglamento, Moll se mostraba inflexible, y su voz era más fuerte que la del amor, en su corazón, cada vez que se dejaban oír al unísono. Por ejemplo, las ostras, que la dirección le había denegado recordándole el artículo que las prohibía, pero que ella hubiera podido fácilmente conseguir con la ayuda de complicidades del exterior, Macmann jamás logró ver ni de qué color eran. Pero Lemuel era de otra pasta, en lo referente a ese asunto, y lejos de aferrarse a los estatutos, no parecía conocerlos demasiado bien. Por otra parte, podía uno preguntarse, colocándose en un punto de vista más elevado, sí estaba en su sano juicio. Cuando las angustias de la reflexión no lo clavaban en el suelo, durante un buen rato, iba y venia sin cesar, con su andar pesado, furioso e indeciso, gesticulando y articulando con violencia palabras ininteligibles. Desollado vivo por el recuerdo, con el espíritu hormigueante de cobras, sin atreverse a soñar ni a pensar y a la vez incapaz de defenderse, sus gritos eran de dos clases: los que tenían como única causa el dolor moral y los que, aun siendo idénticos, le servían para prevenirse de aquellos. El dolor físico, por el contrario, parecía prestarle una preciosa ayuda, y un día, arremangándose el pantalón, mostró a Macmann su tibia cubierta de cardenales, cicatrices y llagas. Después se sacó presurosamente de un bolsillo interior un martillo y se asestó, justo en medio de sus antiguas heridas, un golpe tan violento que cayó hacia atrás. Pero la parte que se golpeaba más a gusto, con el mismo martillo, era la cabeza, lo cual se comprende, pues es una parte también ósea, y sensible, y fácil de alcanzar, y es allí dentro donde se hallan todas las porquerías y podredumbres; entonces uno golpea encima con más gusto que en la pierna por ejemplo, que nada le ha hecho; es humano. "¿Tengo derecho a levantarme?", gritó Macmann. Lemuel se quedó inmóvil. "¿Qué?", aulló. "¡Levantarme!, gritó Macmann. ¡Quiero levantarme! ¡Quiero levantarme!"

Han venido. Esto marchaba demasiado bien. Me había olvidado, perdido. No es cierto. Esto marchaba. Yo estaba en otra parte. Otro sufría. Entonces han venido. Para recordarme mi agonía. Si esto les divierte... El hecho es que no saben, yo tampoco sé, pero ellos creen saber. Un avión pasa, volando bajo, con un ruido de trueno. Un ruido

que no tiene nada de trueno, se dice trueno pero sin pensarlo, es un ruido fugaz y fuerte sin más, no se parece a ningún otro. Es la primera vez que lo oigo aquí, que yo sepa. Pero he oído aviones en otras partes e incluso los he visto volar, he visto volar los primeros y después a fin de cuentas los modelos más recientes, oh, no los últimos, los penúltimos, los antepenúltimos. Y más. Fui testigo de uno de los primeros rizos, lo juro. No tuve miedo. Tuvo lugar sobre un campo de carreras, mi madre me cogía de la mano. Decía: "Prodigioso, prodigioso." Entonces yo le llevaba la contra. A menudo no estábamos de acuerdo. Un día subíamos juntos por una cuesta extraordinariamente escarpada, cerca de la casa sin duda; las cuestas escarpadas se confunden en mi memoria. Recuerdo el azul. Digo: "El cielo está más lejos de lo que parece, ¿verdad, mamá?" Sin malicia, pensaba simple y libremente en las millas que nos separaban de él. Respondió: "Está precisamente tan lejos como parece." Tenía razón. Pero en aquel momento me confundió. Veo aún el lugar, frente a la casa de Tyler. Hortelano, era tuerto. Eso, eso, charlatán. Se veía el mar, las islas, los promontorios, los istmos, la costa alejándose hacia el Norte y hacia el Sur y los malecones encorvados del puerto. Veníamos de la carnicería. ¿Mi madre? Quizá sea una historia que oí, a alguien a quien le divertía. Me han contado otras, siempre divertidas, siempre divertidas, durante un rato. De todos modos, heme de nuevo en la mierda. El avión acaba de pasar a doscientas millas por hora quizá. Buena velocidad para la época. Estoy con él en espíritu, por supuesto, pero siempre he estado en espíritu con un montón de cosas. En cuerpo no, no soy tan tonto. He aquí en todo caso el programa, el fin del programa. Creen poder turbarme y hacerme perder de vista mis programas. Son verdaderos cabrones. Helo aquí. Visita, diversas observaciones, a continuación Macmann, vuelta a la agonía, a continuación Macmann, después mezcla de Macmann y de la agonía durante el mayor tiempo posible. No depende de mí, mi mina no es inextinguible, mi cuaderno tampoco, Macmann tampoco, yo tampoco pese a las apariencias. Que todo se vaya al cuerno al mismo tiempo, es todo cuanto pido, por el momento. Salvo imprevisto. Que quede claro. Estamos prevenidos. Visitante. He sentido un porrazo en la cabeza. Quizá llevara algún tiempo allí. No nos gusta esperar, nos hacemos notar como podemos, es humano. Había hecho sin duda las observaciones normales. No sé qué quería. Ahora ya se ha ido. Vaya idea la de golpearme en la cabeza. Después se hizo una especie de luz aquí, oh, no insinúo nada, débil y al mismo tiempo radiante, quizá me haya producido una conmoción cerebral. Su boca se abrió, sus labios se agitaron, pero no oí nada. Como si nada hubiera dicho. Sin embargo no soy sordo, el avión lo demuestra; si no he oído nada es que no ha dicho nada. Pero me he vuelto quizá a la larga poco sensible a los sonidos específicamente humanos. Yo, por ejemplo, no hago ningún ruido, bueno, tanto peor, ninguno. Y, sin embargo, respiro, toso, gimo, engullo, todo cerca de mi oreja, estoy seguro. Es decir, que ignoro a qué debo el honor. Parecía contrariado. ¿Debo describirlo? Por qué no.

Librodot

Quizá sea importante. Lo he visto bien. Traje negro de corte anticuado o quizá de nuevo a la moda, corbata negra, camisa blanca como la nieve, puños a lo clown pesadamente almidonados tapándose casi por completo las manos, cabello negro rizado, cara alargada, imberbe, melancólica y como enharinada, sombríos ojos apagados, estatura y corpulencia medianas, sombrero hongo sostenido delicadamente con la punta de los dedos contra el bajo vientre al principio, y después, en un momento dado, asestado en el cráneo con un gesto de una rapidez y seguridad extraordinarias. Un metro plegable sobresalía, al igual que una punta del pañuelo blanco, del borde de su bolsillo. Al principio lo he tomado por un empleado de pompas fúnebres, disgustado por haberse molestado prematuramente. Se ha quedado un buen rato, siete horas por lo menos. Esperaba quizá tener la satisfacción de verme entregar el alma antes de su partida, lo cual le habría evitado sin duda un viaje. Por un momento creí que iba a rematarme. ¡Ni por esas! Hubiera sido un crimen. Ha tenido que marcharse a las seis, terminada su jornada. Estoy en medio de una extraña luz desde entonces. Es decir, se ha ido una primera vez, después ha regresado al cabo de unas horas, después se ha ido definitivamente. Ha debido de permanecer aquí de nueve a doce y de dos a seis. Ha consultado varias veces su reloj, un callana. Quizá vuelva mañana. Fue por la mañana cuando me golpeó, hacia las diez probablemente. Por la tarde no me ha hecho nada, aunque no lo haya visto en seguida; estaba ya en su sitio cuando lo he visto, de pie junto a la cama. Hablo de mañana y tarde y de tal y tal hora, hay que ponerse en el lugar de las personas si se quiere hablar de ellas, no resulta muy difícil.

De lo que no hay que hablar nunca es de la felicidad de uno, no se me ocurre nada más ahora. Mejor ni siquiera pensar en ello.

De pie junto a la cama me miraba. Al ver moverse mis labios, pues he intentado hablar, se ha inclinado sobre mí. Tenía algunas cosas que pedirle, le habría pedido por ejemplo que me diera mi bastón. Se habría negado. Entonces con las manos unidas y lágrimas en los ojos le hubiera rogado que me hiciera ese favor. Tal humillación me ha sido privada gracias a mi afonía. Mi voz se apaga, el resto continuará. Hubiera podido escribir, en mi cuaderno, y mostrárselo: “Devuélvame mi bastón, por favor.” O bien: “Tenga la bondad de darme mi bastón.” Pero había escondido el cuaderno debajo de la manta, para que no me lo cogiera. Lo hice sin pensar que hacía ya algún tiempo que estaba allí (o no me hubiera golpeado) mirando cómo escribía, pues yo debía de estar a punto de escribir cuando él ha llegado, y por consiguiente habría podido fácilmente apoderarse de mi cuaderno si quería, y sin pensar tampoco que me observaba en el momento del fraude, y que por consiguiente yo no hacia en realidad más que atraer su atención sobre el objeto que quería ocultarle. Eso es razonar. Puesto que sólo me queda el cuaderno de todo cuanto tuve, me pego a él, es humano. La mina

también, naturalmente, pero, ¿qué es una mina sin papel? Ha debido decirse, mientras almorzaba: "Esta tarde le quitaré el cuaderno; parece muy apegado a él." Pero a su regreso, el cuaderno ya no estaba allí donde me vio esconderlo; a listo, listo y medio. Su paraguas, ¿he hablado de él? Un paraguas puntiagudo. Pasándoselo de una mano a otra a cada momento, se apoyaba en él, de pie junto a la cama. Entonces se encorvaba. Lo utilizó para alzar mis mantas. Creí que iba a matarme con él, con la larga punta afilada; no tenía más que clavármela en el corazón. Homicidio voluntario se diría. Quizá vuelva mañana, mejor equipado, o con un asistente, ahora que se ha familiarizado con la casa. Pero si él me miraba, yo también le miraba. Creo que nos hemos mirado fijamente sin exageraciones durante horas sin apenas pestañear. Imaginaba probablemente poder hacerme bajar la mirada, porque estoy viejo y cacoquímico. Pobre estúpido. Hacía tanto tiempo que no veía a uno de estos bichos que me lo comí con los ojos, como suele decirse, por temor a equivocarme. Yo me he dicho: "Cualquier día empiezan a roznar las ramas." ¡Y qué cara! Lo había olvidado. En un momento dado, molesto por el tufo probablemente, se ha escurrido por entre la cama y la pared para intentar abrir la ventana. No ha podido. Por la mañana no le quité los ojos de encima. Pero por la tarde he dormido un poco. Ignoro qué ha hecho entre tanto, hurgar en mis cosas probablemente, con su paraguas; ahora siembran el suelo. Por un momento creí que me había sido enviado por las pompas fúnebres. Quienes me han hecho vivir aquí hasta el presente velarán sin duda para que me entierren con un mínimo de ostentación. Aquí yace por fin Malone, con las fechas para dar una ligera idea del tiempo que empleó para hacerse perdonar y también para distinguirle de sus homónimos, numerosos en la isla y en ultratumba. Resulta inaudito que nunca haya conocido a ninguno que yo sepa. Tengo tiempo. Aquí yace un carcamal, a quien todo salió mal. Pero sólo un instante, quiero decir una media hora, a todo tirar. En seguida le he atribuido otras funciones, tan decepcionantes unas como otras. Curiosa necesidad la de saber quiénes son las personas y que hacen en la vida y qué os piden. A pesar de la soltura con que llevaba luto y manejaba su paraguas y la naturalidad manifiesta con que lucía el sombrero hongo, me ha parecido durante unos momentos disfrazado, pero de qué, si se me permite decirlo, y por qué. En un momento dado, uno más, ha tenido miedo, su respiración se ha acelerado y se ha apartado de la cama. Entonces he visto que llevaba zapatos amarillos, lo cual me ha producido tal efecto que no encuentro palabras capaces de expresarlo. Aparecían copiosamente salpicados de barro reciente y me he dicho: "¿A través de qué fangos ha llegado hasta mí?" Me pregunto si buscaba algo concreto, sería interesante saberlo. Voy a arrancar una hoja de mi cuaderno y a reproducir en ella, de memoria, lo siguiente, para mostrársela mañana, u hoy, o no importa cuándo, si no vuelve nunca. 1) ¿Quién es usted? 2) ¿Qué hace usted? 3) ¿Qué desea? 4) ¿Busca algo en concreto? ¿Qué? 5) ¿Por qué está enfadado? 6) ¿Le he hecho algo? 7) ¿Sabe algo respecto a mí? 8) No

debió golpearme. 9) Déme mi bastón. 10) ¿Trabaja por su cuenta? 11) De lo contrario, ¿quién le envía? 12) Ordene de nuevo mis cosas. 13) ¿Por qué me han suprimido la sopa? 14) ¿Por qué motivo ya no vacían mis bacines? 15) ¿Cree que tengo aún para mucho tiempo? 16) ¿Puedo pedirle un favor? 17) Sus condiciones serán las mías. 18) ¿Por qué sus zapatos son amarillos y dónde se los ha ensuciado tanto? 19) ¿No tendría un lápiz gastado para darme? 20) Numere sus respuestas. 21) No se vaya, tengo más cosas que pedirle. ¿Bastará con una hoja? Deben quedar pocas. Podría pedir una goma, puestos a pedir. 22) ¿Podría prestarme una goma de borrar? Después de su partida, me he dicho: "Pero ya lo he visto en alguna parte." Y las personas a quienes he visto os aseguro que también me han visto. Pero de quién no puede decirse: "Lo conozco." Sandeces. Y por la tarde, la mañana está tan lejos. Me había acostumbrado a él. No le miraba ya. Pensaba en él, intentaba comprenderle, no se puede hacer eso y mirar al mismo tiempo. Ni siquiera lo he visto partir. Oh, no se ha desvanecido, como si fuera un duende, lo he oído, el ruido de la cadena cuando ha sacado su reloj, el choque ufano del paraguas contra el suelo, la media vuelta, los pasos rápidos hacia la puerta, ésta vuelve a cerrarse sin ruido y por fin, ¿Me atreveré a decirlo?, un silboteo vivo y alegre al alejarse. ¿Qué omito? Pequeños detalles, naderías, que recordaré más tarde, me esclarecerán lo que acaba de suceder, me harán decir: "Ah, si lo hubiera sabido entonces; ahora es demasiado tarde." Sí, poco a poco lo veré tal como acaba de ocurrir, o tal como hubiera debido ocurrir para que pueda decirme, una vez más: "Demasiado tarde, demasiado tarde." Está previsto. O quizá haya sido sólo la primera de una serie de visitas, cada una diferente. Quieren relevarse y son varios. Mañana quizá lleve polainas, pantalón de montar y gorra a cuadros, con un látigo en la mano para compensar el paraguas y una herradura en el ojal. Todas las personas a quienes he visto de cerca o de lejos pueden desfilar a partir de mañana, es evidente. Quizá incluso vengan mujeres y niños, también los he visto, todos tendrán en la mano algo en que apoyarse y con que hurgar en mis cosas, me asestarán un buen golpe en la cabeza para empezar, después se pasarán el día mirándome con ira y disgusto. Será preciso rehacer el cuestionario de modo que sea aplicable en todo a cada uno. Entre ellos habrá quizá uno, un día, olvidadizo respecto a la consigna, que me dé el bastón. O podré quizá atrapar a alguno, una niña por ejemplo, y estrangularla a medias, qué digo, las tres cuartas partes, para que acceda a darme mi bastón, a darme la sopa, a vaciar mis bacines, a abrazarme, a acariciarme, a sonreírme, a darme mi sombrero, a quedarse junto a mí, a seguir el coche fúnebre llenando su pañuelo de lágrimas, sería encantador. Soy tan bueno en el fondo, tan bueno, ¿cómo no lo han comprendido? Una niña me iría bien, se desnudaría delante de mí, se acostaría conmigo, sólo me tendría a mí, yo empujaría la cama contra la puerta para impedirle salir, pero entonces se arrojaría por la ventana, cuando la supieran conmigo nos traerían sopa para dos, la aleccionaría sobre el amor y el odio, jamás me

olvidaría, yo moriría encantado, ella me cerraría los ojos y me pondría un tapón en el culo, de acuerdo con mis indicaciones. No te dispares, Malone, no te dispares, carroña. ¿Cuánto tiempo se puede ayunar impunemente? El alcalde de Cork ha durado un tiempo infinito, pero era joven, y además tenía convicciones políticas e incluso simplemente humanas tal vez. Y se permitía una gota de agua de vez en cuando, azucarada probablemente. Agua, por piedad. ¿Cómo puede ser que yo no tenga sed? Debo abrevarme por dentro, con mis secreciones. Sí, hablemos un poco de mí, eso me descansará de esa gentuza. Qué luz. ¿Será un placer anticipado del paraíso? Mi cabeza. Arde, llena de aceite hirviente. ¿De qué moriré al final? ¿De un ataque de locura? Sería el colmo. Como dolor, a fe mía, es casi insoportable. Jaqueca incandescente. La muerte debe tomarme por otro. El corazón tiene la culpa, como en el pecho del rey de los fósforos, Schneider, Schroeder, ya no lo sé. De todos modos también él arde, se ruboriza, por él, por mí, por los dos, se avergüenza de todo, excepto de latir aparentemente. No es nada, sólo nerviosismo. Y quién sabe si quizá sea la respiración lo que me falle en primer lugar. Después y antes de cada confesión, y a lo largo de ella, qué vértigo de bisbiseos. La ventana me da los buenos días, nubes lluviosas devanándose en hilas. Diviértase mucho. Lejos de esta sombra rojiza. Sí, respiro mal, el pecho se agita ansioso, el aire me ahoga, quizá carezca ligeramente de oxígeno. Macmann, pigmeo bajo grandes pinos negros y gesticulantes, mira a lo lejos el mar revuelto. Los otros están allí también, o en la ventana, como yo, pero de pie, es preciso que sean ambulantes, es preciso, transportables al menos, no, como yo no, no pueden ayudar a nadie, aferrados a los chopos temblorosos o a la ventana, escuchando. Pero lo mejor quizá sería acabar conmigo primero, en la medida de lo posible. La velocidad a la que esto gira es realmente incómoda, pero probablemente aumentará, esto es lo más interesante. Memorándum, añadir al cuestionario: “Si por casualidad tiene usted un fósforo, tenga la gentileza de intentar encenderlo.” ¿Cómo puede ser que no haya oído nada cuando él me ha hablado y que lo haya oído silbar al irse? Quizá sólo fingía hablarme, para tratar de hacerme creer que me había vuelto sordo. ¿Oigo algo en este momento? Veamos. No. Ni el viento, ni el mar, ni el papel, ni el aire que respiro con tanta fatiga. ¿Pero, y esta incontable palabrería, semejante a una multitud que cuchichea? No lo entiendo. Con mi mano lejana cuento las páginas que me quedan. Alcanzarán. Es mi vida, el cuaderno, ese grueso cuaderno de colegial, me ha llevado algún tiempo resignarme a ello. Sin embargo, no lo tiraré. Quiero poner en él por última vez a quienes llamé en mi auxilio, pero mal, de manera que no comprendieron, para que mueran conmigo. Descanso.

Llevando por encima de su larga camisa una gran capa rayada que le llegaba hasta los tobillos, tocado con el sombrero que Moll le había devuelto, Macmann tomaba el aire a todas horas, desde la mañana hasta la noche. Y muchas veces era preciso ir en su busca, en la

oscuridad, con linternas, para conducirlo de nuevo a su celda, pues primero se hacia el sordo a la llamada de la campana y a los gritos y amenazas de Lemuel, después de los demás guardias. Entonces los guardias, con sus trajes blancos, armados de bastones y linternas, se alejaban en abanico del edificio y batían los matorrales, los helechos y los boscajes llamando al fugitivo y amenazándole con las peores represalias si no se entregaba inmediatamente. Pero acabaron por notar que se escondía, cuando se escondía, siempre en el mismo lugar, y que tal despliegue de fuerzas era innecesario. Desde entonces era Lemuel quien se dirigía solo, en silencio, puesto que siempre sabía lo que debía hacer, directamente al matorral donde Macmann se había construido un refugio, cada vez que era necesario. Dios mío. Y a menudo permanecían allí un buen rato juntos, en el matorral, antes de regresar, acuclillados uno contra el otro, pues el nido era pequeño, sin decir nada, escuchando quizá los ruidos nocturnos, los búhos, el viento entre las hojas, el mar cuando estaba lo suficiente revuelto como para dejar oír su voz, y también los demás ruidos nocturnos cuyo significado se ignora. Sucedía también que Macmann, cansado de no estar solo, se iba solo y entraba en su habitación y Lemuel no lo alcanzaba hasta mucho después. Era un verdadero parque al estilo inglés, aunque lejos de Inglaterra, pero alcanzaba los límites de lo absurdo por su negligencia, allí todo crecía con ávida lujuria, los árboles se hacían la guerra, los arbustos también, y las flores salvajes y las malas hierbas, con una necesidad desencadenada de tierra y de luz. Una tarde en que Macmann regresaba con una rama arrancada a una zarza muerta, con la que quería hacer un bastón para apoyarse al andar, Lemuel se la quitó y le atizó palo tras palo, no, esto no va, Lemuel llamó a un guardia llamado Pat, un verdadero bruto aunque de apariencia débil, y le dijo: “Pat, mira esto.” Entonces Pat arrebató la rama de las manos de Macmann, quien, al ver el giro que tomaban los acontecimientos, la apretujaba entre sus manos, y lo golpeó hasta que Lemuel le mandó parar, y todavía más. Todo ello sin la menor explicación. De modo que un poco más tarde, Macmann, habiendo traído de su paseo un jacinto que había arrancado con el bulbo y las raíces con la esperanza de conservarlo así mejor que si lo hubiera cortado, se vio ferozmente apresado por Lemuel, quien le arrancó la hermosa flor de entre las manos y lo amenazó con entregarlo de nuevo a Jack, no, a Pat, Jack es otro. Y, sin embargo, el haber medio destrozado el arbusto, una especie de laurel, para poder esconderse, nunca le había acarreado la menor amonestación. No es de extrañar, no había pruebas en su contra. Si lo hubieran interrogado al respecto, habría dicho la verdad, seguro, creyendo no haber hecho nada malo. Pero era de suponer que sólo negaría y mentiría y que, por consiguiente, era inútil acorralarle a preguntas. Por otra parte, en San Juan de Dios nunca interrogaban, por el contrario, o bien simplemente castigaban, o bien se abstenían, según los supuestos de una lógica especial. Pues, pensándolo bien, ¿con qué derecho una flor en la mano achaca al portador la culpa de

Librodot

haberla cortado? ¿O acaso el hecho de tenerla ostensiblemente en la mano constituye suficiente delito, análogo al encubrimiento? En tal caso, ¿no hubiera sido mejor informar franca y lealmente a los interesados y de este modo hacer que la culpa cometida siga a la conciencia de la culpa, en vez de precederla? La pregunta parece bien planteada, muy, muy bien. Gracias a la capa a rayas azules y blancas, como la de los carniceros, no cabía ninguna confusión entre los Macmann, por una parte, y los Lemuel, Jack y Pat, por otra. Los pájaros. Numerosos y variados en los densos follajes vivían sin temor durante todo el año, sin otro temor que el de sus congéneres, y aquellos que en verano o en invierno volaban hacia otros horizontes volvían al invierno o al verano siguiente, vulgarmente hablando. El aire se llenaba con sus voces, sobre todo al amanecer y a la hora del crepúsculo, y los que por las mañanas se alejaban en bandadas, los cuervos o los estorninos, hacia lejanos labrantíos, regresaban por la tarde muy alegres al santuario, en donde sus centinelas les aguardaban. Cuando había tormenta eran muchas las gaviotas que hacían escala allí, en su fuga hacia el interior. Remolineaban en el aire endiablado gritando de rabia, después se posaban en la hierba o sobre el techo de los edificios, desconfiando de los árboles. Pero todo esto se aparta del problema, como tantas otras cosas.

Todo es pretexto: Sapo y los pájaros, Moll, los campesinos, aquellos que en las ciudades se buscan o se rehuyen, las dudas que no me importan, mi situación, mis pertenencias, pretexto para no ir al grano, al abandono, levantando el pulgar y largándose por las buenas sin ninguna explicación a riesgo de ser mal visto entre sus pequeños camaradas. Sí, es inútil decirlo, es difícil dejarlo todo. Los ojos consumidos por las injusticias se entretienen abyectos en todo aquello por cuanto han rogado durante mucho tiempo, en el último, el verdadero ruego al fin, el que nada pide. Y es entonces cuando un hálito de exaltación resucita las plegarias muertas y nace un murmullo en el mudo Universo, reprochándote afectuosamente haber desesperado demasiado tarde. Como viático no lo hay mejor. Profundicemos más. El aire puro.

A pesar de todo trataré de continuar. El aire puro de la planicie. En efecto, era una planicie, Moll no mintió, o más bien una eminencia sobre suaves rampas. La propiedad de San Juan ocupaba todo el casco y el viento soplaba allí sin detenerse, por así decirlo, hacía combar y gemir a los más robustos árboles, arrancaba las ramas, zarandeaba los matorrales, desataba los helechos, inclinaba las hierbas y arrancaba hojas y flores, espero no haber olvidado nada. Bien. Una alta muralla lo rodeaba y sólo cegaba a quien se hallaba muy cerca. ¿Cómo? Pues gracias, evidentemente a la prominencia del terreno, cuya cima, llamada la Roca a causa de la roca que había en ella, dominaba la planicie, el mar, la montaña, los humos de la ciudad y los edificios de la institución, macizos y vastos a pesar de la lejanía y donde a cada

instante nacían y desaparecían especies de pequeños copos que en realidad eran los guardianes yendo y viniendo, quizá mezclados iba a decir con los presos, pues la capa, vista desde lejos, no tenía rayas ni parecía una capa, de modo que sólo podía decirse, después de la primera sorpresa: "Son mujeres y hombres, en fin, personas, sin precisar." Un río que avanzaba a trancos de vez en cuando..., pero si se trata de la Naturaleza. Por otra parte me pregunto de dónde habrá podido surgir. De bajo tierra, quizá. Bien, un pequeño Edén para quien aprecie el estilo desaliñado. Macmann a veces se preguntaba qué le faltaba para ser feliz. El derecho al aire libre a todas horas, desde la mañana hasta al caer la noche, una vegetación que parecía tenderle sus ramas para envolverlo y esconderlo, cama y comida gratuitos y asegurados, soberbios panoramas desde todos los puntos de mira sobre el enemigo de siempre, el mínimo de burlas y brutalidades, el canto de los pájaros, ningún contacto humano salvo Lemuel, quien sólo pedía verle lo menos posible, la memoria y la reflexión, cualidades abrumadas por la marcha incesante y el fuerte viento, Moll muerta, ¿qué más quería? "Debo ser feliz —se decía—; es menos divertido de lo que creía." Y se alejaba cada vez más, hacia la muralla, sin acercarse demasiado, pues estaba vigilada, buscando una salida al desconsuelo de no tener nada ni a nadie, a la tierra de pan escaso, de refugios escasos, de los aterrados, a la negra alegría de pasar solo y vacío, sin poder nada, sin querer nada, a través del saber, la belleza, los amores. Lo cual expresaba diciéndose: "Tengo suficiente", pues era sencillo, sin inclinarse ni por un instante sobre aquello de lo cual tenía suficiente, ni compararlo con lo que había tenido suficiente antes de perderlo, y con lo que tendría suficiente de nuevo, cuando lo tuviera de nuevo, ni sospechando que aquello cuyo exceso se hace sentir a menudo, y que se honra con calificativos tan diversos, quizá en realidad sólo sea lo mismo. Pero otro se inclinaba por él y ponía fríamente el signo igual allí donde debía ponerse, como si eso pudiera cambiar algo. De modo que él podía contentarse con ese resoplido simple y tonto: "Basta, basta", siguiendo lentamente bajo la capa de la vegetación el contorno de la muralla y buscando una abertura por donde deslizarse, a merced de la noche, o rugosidades que le permitieran escalarla. Pero la muralla era compacta y lisa, toda ella coronada de cascos de botella. Pero veamos brevemente la verja, lo suficiente ancha para dejar pasar dos vehículos a la vez y franqueada por dos encantadoras casitas cubiertas de parras trepadoras y ambas habitadas por familias numerosas a juzgar por la nube de pequeños inocentes que jugaban cerca, persiguiéndose y lanzando agudos gritos de alegría, de rabia y de dolor. Pero el espacio rodeaba a Macmann por todas partes, estaba preso en él como en una red, con el infinito de los cuerpos apenas moviéndose, y debatiéndose si se quiere con los niños, las casas, la verja, y los instantes fluían como exudados por las cosas en un inmenso y confuso chorreo hecho de rezumos y torrentes, y las cosas apretujadas unas contra otras cambiaban y morían siguiendo cada una su soledad. Detrás de la verja,

en el camino, pasaban formas que Macmann no pudo identificar a causa de los barrotes y de todo cuando temblaba y trinaba a su espalda y a ambos lados, a causa de los gritos, del cielo, de la tierra que lo apremiaba a caer, y de su larga vida ciega. Un guardián salió de una de las casas, avisado probablemente por teléfono, vestido de blanco, con una cosa negra en la mano, una llave. Los niños se colocaron a ambos lados de la avenida. De pronto hubo mujeres. Todo se congeló y calló. Los pesados batientes se separaron, empujando al hombre que al principio retrocedió, después dio media vuelta y recuperó rápidamente el umbral. Apareció el camino, blanco de polvareda, bordeado de masas sombrías, limitado a corta distancia por un cielo estrecho y gris. Macmann abandonó el árbol que lo ocultaba y subió la pendiente, sin correr, pues caminaba con gran esfuerzo, pero lo más rápido que pudo, encorvado y abatido, ayudándose con los troncos y las ramas que se ofrecían para hacerle avanzar. Poco a poco volvió la niebla, y el sentido de la ausencia, y los prisioneros empezaron de nuevo a bisbisear cada uno por su lado, y fue como si nada hubiese sucedido, ni sucedería nunca.

Otros, al igual que Macmann, erraban desde la mañana hasta la noche hundidos bajo la pesada capa, por los escasos claros, entre los árboles que ocultaban el cielo y por los altos helechos donde parecían nadadores. Casi nunca se acercaban unos a otros, debido a su escaso número y a la magnitud del parque. Pero cuando el azar aproximaba a dos o más, lo suficientemente cerca para que se dieran cuenta, se apresuraban a retroceder o, sin llegar a tal extremo, cambiar simplemente de dirección, como si se avergonzaran de mostrarse a sus semejantes. Pero a veces se rozaban sin parecer percibirlo, con la cabeza escondida bajo el amplio capuchón.

Macmann guardaba encima la foto que Moll le dio y la miraba de vez en cuando, quizá fuera más bien un daguerrotipo. Aparecía de pie junto a una silla y apretaba las largas trenzas entre sus manos. Perduraban, detrás de ella, rastros de una especie de celosía por donde trepaban flores, rosas sin duda, les gusta trepar. Al dar a Macmann este recuerdo le dijo: “Tenía catorce años, recuerdo perfectamente el día, un día de verano, era mi cumpleaños, luego me llevaron a los títeres.” Macmann recordaba tales palabras. Lo que más le gustaba de aquella imagen era la silla, cuyo asiento parecía ser de paja. Moll apretaba los labios con aplicación, para esconder los enormes dientes salientes. Las rosas también debieron de ser bonitas, debieron de perfumar el ambiente. Macmann finalmente rompió la foto y arrojó los pedazos al aire, un día de mucho viento. Entonces se dispersaron, aunque todos sometidos a las mismas condiciones, diríase con prontitud.

Cuando llovía, cuando nevaba...

Al grano. Una mañana, Lemuel, habiéndose dirigido al salón antes de entrar en servicio, como exigía el reglamento, encontró, clavada en el tablón, una nota que le concernía. “Grupo Lemuel, excursión a las islas, si el tiempo lo permite, con la señora Pédale; salida, 13 horas.” Sus compañeros le miraban riéndose por lo bajo y dándose codazos. Pero no se atrevían a decir nada. Sin embargo, una mujer dijo: “Te embarcan”, lo que desencadenó una tempestad de risas tan violenta que se formaron parejas espontáneamente, se abrazaban, se tambaleaban, y cada uno se reía por encima del hombro de su compañero. Lemuel no era muy querido, se notaba. ¿Pero hubiese deseado serlo? Ahí está todo. Firmó la nota y se fue. El sol apenas se levantaba, con dificultad, y señalaba el comienzo de lo que quizá sería, gracias a él, un hermoso día de mayo o abril, mejor de abril, se trata sin duda del weekend de Pascua pasado por Jesús en los infiernos. Y quizá en honor de este último, la señora Pédale organizó, en beneficio del grupo Lemuel, una excursión a las islas, que iba a pagar cara, pero era una mujer rica y que adoraba hacer el bien y aportar un poco de alegría a los menos afortunados, que conservaba su sentido común y a quien la vida había sonreído, o mejor, para emplear su propia expresión, devuelto su sonrisa, ampliándola, como un espejo convexo o cóncavo, no sé. Lemuel miró el sol con asco, aprovechando la atmósfera terrestre que tamizaba el resplandor de los rayos. Se hallaba en su habitación, en el cuarto o quinto piso, desde donde, después de haberlo intentado varias veces, hubiera podido arrojarse con toda seguridad por la ventana si hubiera tenido un carácter más firme. El largo tapiz plateado estaba allí, acabando en punta, temblando a través del mar en calma, de una belleza repujada. La habitación era pequeña y estaba absolutamente vacía, pues Lemuel dormía en el suelo y también descansaba en él, ya en un lugar, ya en otro. Pero no se trata de Lemuel ni de su habitación. La señora Pédale no era la única en interesarse por los protegidos de San Juan o juandiosardos como simplemente los llamaban en la localidad, no era la única en llevarlos de paseo cada dos años como término medio por tierra y por mar a lugares famosos por su belleza o su grandeza, o les procuraba diversiones en el mismo establecimiento tales como sesiones de prestidigitación y ventriloquía, en la terraza, al claro de luna, sino que estaba secundada por otras damas partidarias de su punto de vista y sobradas como ella de tiempo y de dinero. Pero se trata de la señora Pédale. Al grano. Lemuel se dirigió a la cocina con dos cubos embutidos uno dentro del otro. Reinaba una gran animación. “Seis sopas salida”, refunfuñó. “¿Qué?”, dijo el cocinero. “¡Seis sopas salida!”, aulló Lemuel, lanzando los cubos contra el hornillo, sin soltar las asas, pues conservaba bastante sangre fría como para no tener que inclinarse pare recogerlos. Se hizo un gran silencio. “Está bien, está bien”, dijo el cocinero. La diferencia entre una sopa salida y una sopa corriente o de la casa consistía en que ésta era completamente líquida

mientras que aquélla contenía un pedazo de torrezno, para mantener las fuerzas de los excursionistas hasta su regreso. Una vez hubo llenado el cubo, Lemuel se retiró a un lugar apartado. Se remangó la manga hasta el codo, sacó del fondo del cubo seis pedazos de torrezno, uno tras otro, el suyo y otros cinco, los comió hasta la corteza y echó las cortezas, después de haberlas lamido, en la sopa. Cosa curiosa, bueno, sin exageraciones, le sirvieron seis sopas salida o extra con sólo pedirlas, sin exigir que las justificara. Las habitaciones de los cinco estaban alejadas unas de otras y dispuestas de manera tan astuta que Lemuel no pudo comprender nunca cómo debía proceder para visitarlas sucesivamente con el mínimo de cansancio e irritación. En la primera se hallaba un hombre joven, muerto joven, sentado en una vieja mecedora, la camisa levantada y las manos sobre los muslos, que parecería dormir si sus ojos no estuvieran tan abiertos. Nunca salía, excepto obligado por una orden de la superioridad, y entonces había que acompañarlo, para hacerle andar. Su bacín estaba vacío, mientras que la sopa de la víspera aparecía congelada en su escudilla. Lo contrario hubiera sido menos sorprendente. Pero Lemuel estaba acostumbrado, hasta el punto de no preguntarse de qué se alimentaba tal personaje. Vació la escudilla en su cubo vacío y con su cubo lleno la llenó de sopa recién cocinada. Después se fue, con un cubo en cada mano, puesto que hasta el momento una sola le había bastado para llevar los dos. Cerró la puerta con llave tras de sí, por exceso de precaución, a causa de la excursión. La segunda habitación, a cuatrocientos o quinientos pasos de la primera, encerraba a un ser cuya única característica chocante era la estatura, la tirantez y el aspecto de buscar algo preguntándose qué podía ser. Nada en él indicaba qué edad podía tener ni si estaba maravillosamente conservado o por el contrario prematuramente marchito. Le llamaban el Inglés, aunque distaba de serlo, quizá porque de vez en cuando se expresaba en inglés. Sin quitarse la camisa se había envuelto en dos mantas como en dos pañales, y había revestido ese grueso capullo con la capa que apretaba frioleramente contra sí, con una sola mano, pues necesitaba la otra para ayudarse en la inspección de todo cuanto parecía sospechoso. Por el contrario, sus pies aparecían desnudos. “Good morning, good morning, good morning —decía, con marcado acento extranjero, mientras lanzaba miradas escrutadoras a su alrededor—, ¿fucking awful busines this, no, yes?” Quizá temiera traicionar su pensamiento. Bruscos impulsos inmediatamente reprimidos lo alejaban insensiblemente de su óptimo puesto de observación en el centro de la habitación. “What!”, exclamaba. Su sopa, examinada sin duda gota a gota, había pasado tal cual al bacín. Ansiosamente observaba a Lemuel hacer lo necesario, vaciar y llenar. “Dream all night of that bloody man Quin again”, dijo. Acostumbraba salir de vez en cuando. Pero al cabo de algunos pasos se detenía, vacilante, se volvía y entraba de nuevo en su habitación, enloquecido por tanta opacidad.

En la tercera, un delgaducho iba y venía con vivacidad, la capa plegada en el brazo, un paraguas en la mano. Hermosa cabellera, blanca y sedosa. Se planteaba preguntas en voz baja, reflexionaba, se respondía. Apenas abierta la puerta, se precipitaba a franquearla. En efecto, pasaba sus días surcando el parque en todas direcciones. Lemuel, sin soltar los cubos, lo hizo rodar por los suelos de un manotazo en el hombro. Saliendo de su asombro, sin levantarse, apretando contra él la capa y el paraguas que no había soltado, se puso a llorar. En la cuarta, un enorme barbudo deforme, cuya única ocupación, intermitente, era rascarse. Sentado de través sobre la almohada colocada en el suelo bajo la ventana, la cabeza inclinada, los ojos cerrados, la boca abierta, las piernas separadas, las rodillas levantadas, apoyándose en el suelo con una mano mientras la otra iba y venia bajo la camisa, esperaba la sopa. Llena la escudilla, paraba de rascarse y tendía la mano a Lemuel, con la esperanza cotidianamente burlada de ahorrarse un desplazamiento. Todavía le gustaba la sombra y el secreto de los helechos, pero nunca salía. Así, pues, el joven, el Inglés, el flaco y el barbudo. No sé si han cambiado, ya no me acuerdo. En cuanto a los demás, que me perdonen. En la quinta, Macmann, adormecido.

Algunas líneas para recordarme que yo también subsisto. No han venido. ¿Cuánto tiempo después de mi visita? No sé. Mucho tiempo. Y yo. Innegablemente moribundo, un instante y se acabó. ¿Por qué tal seguridad? Trato de reflexionar. No puedo. Grandioso sufrimiento. Me hincho. ¿Y si reventara? El techo se aproxima, se aleja, en cadencia, como cuando yo era un feto. También he de señalar un gran ruido de aguas, fenómeno mutatis mutandis análogo quizá al espejismo, en el desierto. Ventana. No la veré más, pues por desgracia me encuentro en la imposibilidad de volver la cabeza. De nuevo luz saturnina, muy densa, acribillada de pequeños embudos por donde se escapa en remolinos hacia la claridad que la aspira, o quizá debería decir el aire. Todo está preparado. Excepto yo. Nazco en la muerte, si me atrevo a decirlo. Tal es mi impresión. Extraña gestación. Los pies ya han salido del gran coño de la existencia. Presentación favorable, espero. Mi cabeza morirá en último lugar. Repliega tus manos. No puedo. La amarga amargura. Detenida mi historia, aún viviré. Retardo prometedor. Se acabó hablar de mí. No diré más yo.

Con todo su pequeño mundo, que tras dos horas de esfuerzos no había logrado reunir por completo, Lemuel esperaba en la terraza la llegada de la señora Pédale. Lo había hecho todo solo, pues Pat se negó a ayudarlo. Una cuerda ataba, por el tobillo, al joven con el flaco por un lado, por el otro al Inglés con el barbudo, y Lemuel sujetaba a Macmann por el brazo. Era Macmann, en efecto, furioso por haber estado encerrado durante toda la mañana y no comprendiendo qué querían de él, quien se había resistido más que nadie. Se había negado a salir sin

su sombrero, con una energía tan feroz, que Lemuel, exhausto a causa de tantos preparativos, había terminado por decirle que podía conservarlo a condición de esconderlo debajo del capuchón. Macmann no se quedó menos nervioso ni triste, tratando de soltar su brazo y repitiendo: "¡Déjeme! ¡Déjeme!" Verse objeto de disposiciones y precauciones incomprensibles, en compañía de otros desdichados atados de dos en dos por el tobillo, lo irritaba. El joven, a quien el sol dañaba, trataba débilmente de apropiarse del paraguas del flaco, diciendo, "¡Para el Sol! ¡Para el Sol!" El flaco le arreaba palmotazos petulantes en las manos y el antebrazo. "¡Malo! —gritaba— ¡Auxilio!" El barbudo echaba los brazos al cuello del Inglés y se colgaba de él, las piernas fláccidas. El Inglés, vacilante, demasiado orgulloso para desplomarse, pedía explicaciones sin enfadarse. "Who is this shite anyway —dijo—, any of you poor buggers happen to know." "Formalidad", decía soñadoramente de vez en cuando el director, o su delegado, también presente. Estaban solos en la terraza. "¿Tendrá ella miedo de que cambie el tiempo?", dijo el director, volviéndose hacia Lemuel. Le he preguntado algo. El cielo estaba despejado, el aire inmóvil. "¿Dónde está el hermoso joven con barba de Cristo? Pero, en tal caso, ¿no habría telefoneado?", dijo el director.

El carro. En el pescante, la señora Pédale, junto al cochero. En uno de los bancos, colocados de cara, Lemuel, Macmann, el Inglés y el barbudo. Macmann también tiene una especie de barba. ¿Y luego? En el otro, frente a ellos, el flaco, el joven y dos colosos vestidos de marino. Al atravesar la verja los niños aplaudieron. Una brusca pendiente, larga y escarpada, hizo descender lentamente el carruaje hacia el mar. Sujetas por el tornillo de los frenos, las ruedas, más que rodar, resbalaban, y los caballos, tropezando, se encabritaban contra el empuje. La señora Pédale se afianzaba en el asiento, con el cuerpo echado hacia atrás. Era una mujer alta, gorda y gruesa. Margaritas artificiales con el centro de un amarillo brillante, brotaban de su sombrero de paja de anchas alas. Al mismo tiempo, detrás de un velillo con motas grandes como pastillas, su rostro rojizo y rollizo parecía verbenear. Los pasajeros se abandonaban, por común inercia, a la inclinación de los bancos y se hundían en desorden bajo el asiento. "¡Échense hacia atrás!", gritaba la señora Pédale. Nadie se movía. "¿Qué ganaremos?", dijo uno de los marinos. "Nada", dijo el otro. "¿Hay que hacerles bajar?", dijo la señora Pédale al cochero. "A la vuelta será necesario", respondió. Salvada por fin la pendiente, la señora Pédale se volvió afablemente hacia sus invitados. "Valientes muchachos", dijo para demostrar que no era orgullosa. Tomando velocidad, el carro avanzaba traqueteando. El barbudo yacía entre los dos bancos, sobre los tablones. "¿Es usted el responsable?", dijo la señora Pédale. Uno de los marinos se inclinó hacia Lemuel y dijo: "Se le pregunta si es usted el responsable." "¡Chitón!", dijo Lemuel. El Inglés lanzó un aullido que a la señora Pédale, al acecho del menor signo de animación, le pareció bien

tomar por una manifestación de alegría. “¡Eso es! ¡Canten! —exclamó—. ¡Aprovechen este hermoso día! ¡Olviden sus penas durante unas horas!” Y entonó:

Dulce mes de los nidos y las rosas
He aquí la risueña estación
El sol brilla en el horizonte
Todas las puertas están abiertas
Festejemos la alegre primavera
Festejemos...

Calló, desanimada. “¿Qué les ocurre?”, dijo. El joven, menos joven que hacía un momento, doblado en dos, la cabeza envuelta con los faldones de la capa, parecía vomitar. Sus piernas, exageradamente delgadas y zambas, chocaban una contra la otra al nivel de las rodillas. El flacucho, tiritando, aunque en principio sea el Inglés quien tirita, había reanudado su diálogo. Inmóvil y recogido entre las voces, las reforzaba con gestos apasionados que ampliaba el paraguas. ¿Y tú?... Gracias... ¿Y tú?... ¡Vamos!... Es cierto... ¿A la derecha?... Probemos... Regresemos... ¿Dónde?... Llueve... Pues no... Regresemos... ¿Dónde?... A la izquierda... Probemos... “¿Huelen el mar, hijos míos? —dijo la señora Pédale—. Yo lo huelo.” Macmann intentó arrojarse al mar, en vano. Lemuel sacó un hacheta de debajo de la capa y se golpeó varias veces el cráneo, con el lado contundente, por precaución. “Hermoso paseo”, dijo uno de los marinos. “Pistonudo”, dijo el otro. Sol, azul. “Ernest, déme los bollos”, dijo la señora Pédale.

La lancha. Hay sitio, como en el carro, para el doble de gente, el triple, el cuádruple, apretándose. Una tierra se aleja, otra se aproxima, isla grande y pequeña. Sólo el ruido de los remos, de los toletes, del mar azul contra la carena. La señora Pédale, sentada en la parte trasera, se rinde a la tristeza. “¡Qué belleza!”, murmura. Sola, incomprendida, buena, demasiado buena. Se quita los guantes y deja arrastrar su mano cargada de zafiros por el agua transparente. Cuatro remos, no hay mandos, los remos mandan. ¿Qué decir de los míos? Nada. Están allí cada cual como puede, como puede estar en cualquier parte. Lemuel mira las montañas que se alzan detrás de las agujas de los campanarios del puerto, son más bien...

Son más bien colinas. Se alzan suavemente, azuladas, fuera de la oscura planicie. Por allí, en algún sitio, ha nacido, en una hermosa casa, de padres buenos. Allí en lo alto hay matorrales y aliagas, con cálidas flores doradas, llamadas también retama. El martillo de los picapedreros produce un ruido de campanillas, desde la mañana hasta la noche.

La isla. Un esfuerzo más. Es pequeña, roída de caletas por el lado

del mar abierto. Se podría vivir en ella, estaría bien, quizá vivir en ella, sí la vida fuera algo posible, pero nadie vive en ella. El agua del mar llega hasta sus rincones más escondidos, entre los altos muros rocosos. Un día no habrá más que dos islas, separadas por un abismo, estrecho al principio, después cada vez más ancho a medida que se desgranen los siglos, dos islas, dos rocas, dos arrecifes. En tales condiciones resulta difícil hablar de los hombres. "Venga, Ernest —dijo la señora Pédale—, vamos a buscar un sitio para comer. Y usted, Maurice , añadió, quédese junto al barco." Llamaba barco a eso. El flaco tenía ganas de correr por la isla, pero el joven se había acostado a la sombra de un peñasco, y esto le prestaba cierto parecido, en menos orgulloso, con Sordello; le daba aspecto de león en reposo y se aferraba a él. "Pobres —dijo la señora Pédale—, suéltenlos." Como Maurice se disponía a obedecerla, Lemuel dijo: "Deje." El barbudo se había negado a abandonar la lancha, lo cual obligaba al Inglés a permanecer también en ella. Macmann tampoco estaba libre, pues Lemuel lo cogía por la cintura y lo apretaba contra él con un gesto casi afectuoso. "Bien, usted es el responsable", dijo la señora Pédale. Se alejó con Ernest. De pronto se volvió y dijo: "¿Sabe usted que hay vestigios druídicos en la isla?" Sus ojos iban de uno al otro. "Cuando hayamos descansado —dijo—, los buscaremos, ¿verdad?" Prosiguió su camino, seguida de Ernest, que llevaba la cesta en el brazo. Cuando hubieron desaparecido, Lemuel soltó a Macmann, se aproximó a Maurice por la espalda, quien, sentado en una piedra, llenaba su pipa, y lo mató a hachazos, a hachetazos más bien. Esto marcha, esto marcha. El joven y el barbudo no chistaron. El flaco tuvo un gesto curioso: rompió el paraguas contra el peñasco. Macmann intentó escaparse de nuevo, pero de nuevo en vano. El Inglés exclamó, inclinándose hacia adelante y golpeándose los muslos: "Nice work, sir, nice work!" Un poco después, Ernest vino a buscarlos. Al acercársele, Lemuel lo mató también, del mismo modo que al otro. Pero fue una muerte más lenta. Dos hombres valientes, apacibles, inofensivos, cuñados por añadidura, brutos como los hay por millares de millones. La enorme cabeza de Macmann. Se ha puesto el sombrero. El Sol se ocultaba tras las montañas. La voz de la señora Pédale, llamando, se dejó oír. Ella apareció, jovial. "¡Vengan, vengan todos! —gritaba—. Todo está preparado." Pero al ver a los difuntos marinos se desmayó y cayó al suelo. "Smash her!", aulló el Inglés. Ella se había levantado el velillo y tenía en la mano un sándwich muy pequeño. Al caer debió de romperse algo, quizá la cadera, las damas ancianas se dislocan fácilmente la cadera, pues en cuanto recobró el conocimiento empezó a gemir, como si fuera la única en el mundo digna de piedad. Cuando el Sol desapareció detrás de la montaña y las luces del puerto empezaron a parpadear, Lemuel hizo subir a Macmann y a los otros dos a la barca, y después subió él y se alejaron de la orilla, los seis.

Gluglú de desagüe.

Son ellos, este embrollo de cuerpos grises. En la noche, son sólo un único montón, silenciosos, apenas visibles, aferrándose quizá unos a otros, sus cabezas ciegas en sus capas. Están lejos, en la bahía. Lemuel ya no rema, los remos se arrastran en el agua. La noche está sembrada de absurdas

absurdas luces, las estrellas, los faros, las boyas, las luces de la tierra, y en la montaña los débiles fuegos de la retama en llamas. Macmann, mi pasado, mis pertenencias, no lo olvido, también está allí, quizá duerma. Lemuel.

Lemuel es el responsable, levanta el hacha, la sangre no se secará jamás en ella, pero no es para golpear a nadie, no golpeará a nadie, no golpeará a nadie, nunca más tocará a nadie, ni con ella ni con ella ni con ella ni

ni con ella ni con su martillo ni con su bastón ni con su bastón ni con su puño ni con su bastón ni con ni en pensamiento ni en sueños quiero decir nunca no tocará nunca

ni con su lápiz ni con su bastón ni

ni luces quiero decir

nunca eso es tocará nunca

nunca tocará

eso es nunca

eso es eso es

nada

FIN